

# HONORES PÓSTUMOS

TRIBUTADOS

POR EL

## PUEBLO PARAGUAYO

A la memoria del Ilustrísimo

S.<sup>R.</sup> D.<sup>R.</sup> D. LUIS LASAGNA

OBISPO DE TRÍPOLI



**ASUNCIÓN**

Tipografía de "La Opinión"—Plaza de Armas

1896



# HONORES PÓSTUMOS

TRIBUTADOS

POR EL

## PUEBLO PARAGUAYO

A la memoria del Ilustrísimo

S.<sup>R.</sup> D.<sup>R.</sup> D. LUIS LASAGNA

OBISPO DE TRÍPOLI



ASUNCIÓN

Tipografía de "La Opinión"—Plaza de Armas

1896

SA 8492.3

**HARVARD COLLEGE LIBRARY**  
GIFT OF  
**EDWIN VERNON MORGAN**  
*Dec. 1, 1915*







## INTRODUCCIÓN



La Nación Paraguaya no pudo arrojar flores, con mano agradecida, sobre la tumba del benemérito Obispo de Trípoli; pues la pala del sepulturero abrió su fosa en el seno de otra tierra.

Mas, si derramar no pudo sus lágrimas y sus flores sobre su ataúd, las derramó y derrama con profusión á impulsos de su memoria: Son lágrimas de gratitud, son flores de merecido aplauso.

No nos detendremos en dar las razones de estos honores póstumos: suficientemente la lectura de este folleto las dejará patentizadas.

Es humilde, como todo lo que se hace de prisa.

Para honrar la memoria del Prelado Salesiano que lo consagrara, S. S. Ilustrísima Sinfioriano Bogarín, concibió la idea del dicho folleto, así como para honrar su panteón, erigido en el Brasil, concibió

Doña Josefina R. de Aceval, una hermosísima placa de bronce, que lució en el catafalco de los funerales para el extinto.

Algunos se extrañarán de que se haya hecho tan tarde el funeral, y por consiguiente se imprimiera con atraso el folleto, en que debía ir descrito.

Es cierto que los funerales se han celebrado algo tarde; pero no podía ser de otro modo.

En efecto; muy larga fué la gira pastoral de Monseñor Bogarín, y cuando llegó á la Asunción, tuvieron lugar las fiestas de Navidad y Epifanía con sus octavas privilegiadas, lo que necesariamente retardó los funerales . . . . . El Presidente de una comisión destinada á recolectar pensamientos, poesías y discursos acerca del ilustre fallecido, para el citado folleto, fué el Dr. Venancio V. López, que lleno de entereza y con acierto sin igual cumplió con su cometido.

Después de una reunión con los miembros de la comisión: Ezequiel Jiménez (Secretario), Feliciano Drué y Juan B. Bidondo, envió á los más distinguidos personajes de la República la siguiente circular:

«Señor Don .....

Como fiel intérprete del sentimiento de la sociedad paraguaya para asociarse á las manifestaciones de duelo, hechas en las Repúblicas Argentina, Brasi-

lera y Uruguay, por la trágica muerte del virtuoso y llorado Monseñor Luis Lasagna, Obispo de Trípoli, se ha constituido una comisión encargada de reunir las composiciones literarias, en prosa ó en verso, y los pensamientos, con que las personas de buena voluntad quieran tener á bien prestar su valioso é ilustrado concurso, para un folleto, que se editará en ocasión de los solemnes funerales que se celebrarán en nuestra Santa Iglesia Catedral, por el eterno descanso del alma de tan ilustre prelado, que ha pasado al dominio de la eternidad, escoltado por las simpatías de cuantos tuvieron ocasión de conocerlo y tratarlo.

Interesando su cooperación para realizar dignamente tan elevado pensamiento, como un homenaje póstumo, tributado al que consagró su vida al ejercicio de las virtudes cristianas y á la enseñanza de artes útiles y profesiones, que dignifican al hombre, la Comisión aguardará su amable contestación hasta el 31 de Enero corriente.

Con tal motivo me es honroso saludar á vd. con toda consideración.

*Ezequiel Giménez*

Secretario

VENANCIO V. LÓPEZ

Presidente

Asunción, Enero 7 de 1896.»





*Fuè el agua de salud en el desierto:  
Su palabra, maná de las alturas,  
Y su memoria, aun muerto,  
Será rocío de las almas puras.*

GUIDO SPANO



# DELINEACIONES BIOGRÁFICAS

SOBRE

## EL ILUSTRÍSIMO OBISPO DE TRÍPOLI, LUIS LASAGNA.



Con justo motivo lloran, hoy, tres naciones á uno de esos séres, enviados á los hombres por la Providencia Divina, para bien de la humanidad y consuelo de los pueblos.

El Obispo Titular de Trípoli ha dejado de existir.

Lleno de celo y energía, con un tacto asombroso iba llevando á cabo el plan inmenso de sus proyectos bienhechores.

Su rara inteligencia, su perspicacia exquisita y su apostólica mansedumbre granjeaban á favor suyo los corazones, y su infatigable labor doquiera dejaba estampado el sello del trabajo, doquiera corporificaba sus elevadas ideas, y daba realidad á la fecunda multiplicidad de sus planes.

Sus obras nunca fueron embrionarias, ni se mecieron por largo tiempo en la cuna de un lento desarrollo: con prontitud y acierto sin igual las perfeccionaba, y con tal savia de vigor y lozanía las saturaba que pasman hoy por su crecimiento, y auguran una existencia sin ocaso.

Con mucha más razón que Epaminondas pudo el extinto decir á los pueblos que lo lloran: «Os dejo hijas inmortales» pues las de aquél cubiertas están de sangre y de lágrimas, mientras que las de éste oyen los vítores de varios miles de niños beneficiados, y el grato ruido de las herramientas del fructuoso trabajo.

En verdad, nos legó hijas muy robustas, nos legó sus obras, excelentes creaciones de su grande alma. Dos Repúblicas Sud-americanas son las afortunadas herederas que lo bendicen con justicia. Bendícelo también otra República del Sud, que acaricia los últimos designios de beneficencia del malogrado é ilustre fallecido, intentos formalizados con tanto tino y prudencia que pronto tendrán efecto de halagüeño porvenir.

Por esto le tributa esta República honras fúnebres; y nosotros, en las cortas páginas de estas delineaciones biográficas, reunimos sus principales trabajos, para formar con ellos una corona de honor para su memoria y un plantel de flores de virtudes para los lectores.

---

## ESTUDIOS. (DE 1863 Á 1873)

Corría el año 1863.

Los niños del Oratorio Salesiano de Turín, con la curiosidad propia de la infancia, miraban á un nuevo compañero recién llegado del Piamonte.

Era un jovencito de 13 años, de rubio cabello y de rostro vivaz.

El corte enérgico de sus rasgos, la dulzura de sus palabras y sus movimientos listos y delicados habían atraído la atención de la colmena de estudiantes, que como abejas zumbaban con mil preguntas en torno suyo.

Pronto su nombre y su vida pertenecieron al dominio público del Colegio.

Luis Lasagna había nacido en el año 1850.

La provincia del Piamonte le dió cuna en Montemagno, población considerable del Monferrato en la Italia Setentrional.

Eran sus padres muy respetables y religiosos, y no es extraño que el niño Luis, al calor de la piedad del hogar paterno, creciera cándido é inocente.

Sus gustos eran serios y amaba con pasión el estudio, al cual consagraba largos ratos.

De vez en cuando dejaba divagar sus pasos, con

algunos compañeros de su edad, en los campos de su pueblo, contemplando con fruición los hermosos bosques de su provincia, y los preciosos panoramas que ofrecen las elevadas cimas con que, en lontananza, los montes alpinos agujerean las nubes.

En uno de sus paseos detuviéronse el niño Luis y sus compañeros ante un bondadoso sacerdote que se les acercara.

Era Don Bosco, el piadoso fundador de los Talleres de Artes y Oficios, que acababa de llegar con algunos discípulos á Montemagno.

Tendió paternalmente Don Bosco sus miradas hacia el grupo infantil, y alborozóse de pronto al adivinar en el pequeño Luis Lasagna un buen hallazgo. Aproximósele, acariciólo dulcemente y lo invitó á ingresar en el Oratorio de Turín.

El niño consintió en todo: las maneras amables del venerable sacerdote lo habían como magnetizado, y ya no quería apartarse de su lado.

Con lágrimas en los ojos, pero con el corazón lleno de resignación ante los designios divinos, dejáronle sus padres tomar camino de Turín.

Don Bosco no vió defraudadas sus esperanzas.

Muy al contrario, el niño Luis era su encanto, el de los profesores y el de los compañeros de estudio.

De alma noble, jamás alimentó un apetito mezquino en sus ambiciones. Corría en el sendero de la virtud, y con los recursos de su amable conducta supo

atraerse el aprecio de todos sus discípulos aún el de los más descontentadizos. No rayaba sin embargo su condescendencia en debilidad, mezclándose, como desgraciadamente suelen hacerlo jóvenes de buena índole pero de escasa energía, en las faltas y trapisondas de mala traza de sus amigos por puro compañerismo; en tales circunstancias sabía ser severo y hasta temible su porte, hablando sin miramientos en contra y destruyendo en cuanto posible lo urdido.

De despejada y pronta inteligencia, hizo progresos asombrosos en los estudios, siendo el consuelo de sus profesores que veían placenteros que no sembraban en tierra estéril.

De vocación acendrada y firme, profesó en la Congregación de Don Bosco, cuyas obras eran su admiración, y hacia las cuales sentía que lo llamaban sus anhelos y sus dotes.

Los estudios de Luis Lasagna iban á espirar: en 1872 preséntase á la Universidad y obtiene el diploma de profesor en letras: y en 1873, á los 23 años de edad, henchida el alma de piedad y de júbilo, inmola por vez primera la víctima del Altar de Cristo.

---

## SACERDOCIO. (DE 1873 Á 1893)

El Presbítero Lasagna, reboando celo, arde ya por luchar contra los enemigos de la humanidad.

Su carácter vivo y ardiente apetece trabajos, y la grandeza de sus miras los quiere inmensos y conductos al progreso del pueblo.

Don Bosco no se había equivocado: el niño Luis había sido un buen hallazgo.

Descubriendo que sería inimitable propagandista de sus obras, quiso hacer fructificar sus talentos, y comenzó por enviarlo al Gimnasio del Colegio de Lanzo, permaneciendo en este establecimiento poco tiempo, pues casi inmediatamente pasó al Liceo del Colegio de Alassio.

Poco después de haber dejado el Gimnasio fué admitido como miembro de la Academia de la Arcadia de Roma, famosa asociación de genios ilustrados, creada á fines del siglo XVII para corregir el mal gusto literario de aquel tiempo.

Los superiores y los alumnos del Liceo citado cobraron cariño entrañable al joven sacerdote, que brillaba por su saber y dulzura, cual si fuera anciano cargado de años y de prudencia. Mas, la confianza de los superiores y el afecto y estima de los alumnos, después de unos dos años, no vieron á su queri-

do objeto, por que para una tierra lejana lo había destinado la Obediencia.

Considerando con detenimiento los actos de Lasagna, columbró en él Don Bosco al hombre de empresas, que no se doblegaría al peligro y despreciaría las dificultades; que siempre constante, habría de dar cabal cumplimiento á sus intentos, y siempre enérgico y emprendedor, los llevaría al apego sin demoras ni tropiezos.

Por eso le abrió campo más vasto, enviándole á la América del Sud en 1876, como superior de los primeros misioneros enviados al Uruguay.

Antes de despedirse de la casa de sus padres, besó los pies del inmortal Pío IX, prometiéndole que el primer colegio que fundaría lo habría de titular «Colegio Pío».

Dejó el feraz Piemonte y las bellas costas de su patria.

Atravesó el océano, donde la terrible convulsión de las aguas agitadas por deshecha tormenta casi destroza el buque.

En llegando á Montevideo quiere, como su divino maestro, rodearse de niños.

Concibe el plano de un establecimiento de educación, y presto las atrevidas líneas del edificio alegan á Villa Colón con un Colegio que, según sus promesas, llevó el nombre de Pío.

Llenóse, como por ensalmo, el nuevo Colegio; y

hoy muchos médicos, abogados, hombres de ciencia y muy ilustres talentos del Uruguay se glorían de haber ocupado sus bancas, como discípulos del fundador del Colegio Pío.

Extraño es que un extranjero sacerdote de 26 años se atrajera las simpatías de toda una república, que gozosa aplaudía los trabajos que incessantemente iban brotando de sus manos.

Los hijos del Uruguay anhelaban ser objetos de su enseñanza, y tan acertada era la dirección del joven levita, tanto poseía la difícil ciencia de la pedagogía, y tan versado estaba en el conocimiento del corazón del niño, que dejaba indeleblemente impresa su memoria en ellos.

Esta fué la razón por que se reunieran de vez en cuando los ex-alumnos del Colegio Pío, para tributar el aroma de sus recuerdos y gratitud á su ex-Director.

Mas, el Colegio no embebía todo su genio y cuidados: pues, á la sazón, prestaba también su auxilio para la fundación del diario titulado «El Bien», denodado adalid de la buena causa. Como colaborador publicó en él, durante muchos años, una serie de artículos contra las ideas positivistas y materialistas, que manchan los libros y se entronizan en las cátedras.

La energía de sus escritos suscitó más de una vez la rabia de los enemigos de lo verdadero, porque el



error es, como su padre, orgulloso, y muy poco amigo de las derrotas.

Los buenos felicitaronlo en las columnas de la prensa católica, y sus discípulos, compilando sus aplaudidos artículos, los publicaron en un volumen.

El joven Lasagna es todo fuego: tiene 27 años, y creyendo no haber hecho todavía nada, abre en 1877, en Villa Colón, una casa de Hijas de María Auxiliadora para educación de niñas, que fué la primera de las doscientas que cuenta la América Meridional.

En seguida estatutos formulados por él llegaron á hacer surgir quince sociedades católicas; y entre ellas una de obreros, que contó numerosos socios.

A la edad de 29 años crea las hermosas sociedades de los Oratorios Festivos, cuyos estatutos aprobó el Prelado de Montevideo, que dirigió una pastoral al clero y pueblo uruguayo, recomendando con encarecimiento las dichas sociedades, que tanto bien hoy hacen.

Dirigiendo una mirada compasiva á los pobres, esparció por doquiera las conferencias de San Vicente de Paúl, que además de aliviar al menesteroso, alimentan la caridad y la abnegación de los católicos más conspicuos de la sociedad.

Como se habrá podido barruntar por lo dicho, lo característico en Lasagna era el espíritu de empresas.

Cargado de trabajos, negocios y consultas, no qui-

so desoír aún los impulsos de su noble ambición, estacionando sus cuidados en lo hecho.

Con la confianza echada en brazos de la Divina Providencia, vuela á las Piedras, donde establece el Colegio San Isidro, convertido hoy en casa de noviciado; diríjese á Canelones y funda una casa de beneficencia; atraviesa cuatro provincias, llega á Paysandú, funda los colegios de N. S. del Rosario y Don Bosco: toma la dirección de la inmensa parroquia, en circunstancias muy críticas por los peligros y necesidades que se sufrían. Baja á Montevideo, y el Colegio del S. Corazón de Jesús, Talleres de Don Bosco y el Colegio-Taller de niñas pobres son sus obras: Diríjese finalmente á Mercedes y echa los cimientos del Colegio San Miguel. La educación diaria de unos dos mil quinientos niños es el fruto hermoso de su beneficencia evangélica.

En medio de tantos trabajos se acuerda del pobre é ignorante morador del desierto, con frecuencia criminal, pero generalmente noble gaucho. Envíale sus misioneros para distribuir entre ellos el pan de la divina palabra, que doma las pasiones, y cambia en perdón las venganzas.

Las colonias italianas de la República le debieron igual beneficio.

El cansancio parecía no poder rendir el alma de hierro de Lasagna.

En 1881 dispuso fundar observatorios meteoroló-

gicos. El más importante fué el fundado en Villa Colón, en el Colegio Pío que tuvo relaciones con el malogrado Padre Denza, Director del observatorio del Vaticano.

La inauguración fué presidida por Monseñor Mario Mocenni, Internuncio en el Brasil, antiguo amigo de Lasagna y hoy Cardenal.

Mensualmente sale de dicho Observatorio un boletín que á más de publicar minuciosas observaciones meteorológicas, trata de otros interesantes tópicos de ciencia, y se envía á los observatorios y centros científicos más importantes del mundo.

Uno de los padres del Observatorio ha hecho importantísimos descubrimientos, mereciendo uno de ellos llevar su nombre.

Bien recuerda Montevideo un hecho que honra al citado establecimiento. Los del Observatorio avisaron á la Capitanía, en cierta ocasión, que, á poco correr del tiempo, un terrible temporal había de agitar las aguas del mar. Aseguráronse los buques; pero algunos se rieron del vaticinio. Mas, como habían pronosticado los Padres, así sucedió, y los increíblelos vieron destrozados y hechos sus barcos juguete de la irritación de las aguas. Agradecido el Gobierno hizo regalo de algunos miles de pesos al Observatorio meteorológico del Colegio Pío.

Y no sólo en Montevideo debió la ciencia al P. Lasagna establecimientos meteorológicos, sino también

Buenos Aires se gloria en poseer uno cuyos cimientos y plano él concibiera.

No lo concluyó, pues la muerte lo llevó antes. Pero sus compañeros de congregación están ya por concluirlo, y llevará el nombre del que trazó sus escuetas líneas, y hoy habita en la mansión del descanso.

En el mismo año de 1881 confióle Don Bosco las misiones del Brasil.

Al punto se trasladó el infatigable misionero á su destino. Recorrió las provincias del Este y fundó establecimientos en Nictheroy, en San Pablo, en Lorena, en Minas Geraes y Pernambuco. Hizo venir Hijas de María Auxiliadora de Europa, y abrió colegios y oratorios festivos para niñas en Guaratinguetá, Lorena y Pindamonhangaba en el Estado de San Pablo. El incansable Lasagna no estaba aún satisfecho, y embarcóse para el Viejo Mundo con objeto de traer personal, y seguir su obra civilizadora.

Mas, detengámonos.

Una observación se nos ocurre.

El personaje que describimos es verdaderamente un personaje civilizador.

El campo de sus hechos no es pequeño, y el número de sus obras no es escaso.

Su alma está esparcida en todas las producciones de su genio, y las mantiene con la sabiduría de sus consejos; y sin embargo ese personaje es un humilde sacerdote.

¡Un sacerdote! ¿Cuándo el mundo lo recuerda en asuntos de civilización? Para él es un pobre desgraciado, ignorante y funesto, cuando no mártir inútil de un sacrificio voluntario y estúpido.

La frente de los que destruyeron naciones, ó sacaron una simple consecuencia práctica de las leyes de la naturaleza se laurea con frenético entusiasmo, y las sienes del sacerdocio católico que detuvo la barbarie y salvó las ciencias, las artes y las letras, que inculcó los principios de la verdadera civilización en el corazón del Universo coronase con la ingrata espina de la calumnia.

Con todo, el sacerdocio no se arredra.

Dios ha marcado su esencia y su destino, y cual todas las obras salidas de las manos del Omnipotente es perfecto; y mañana, como hoy y ayer, no temblará ni se avergonzará ante el mundo.

Lastima sin embargo el ver á los malos atrofiar las ideas del pueblo para que echen en olvido la voz del sacerdocio.

Cometen en esto un crimen contra la humanidad, de que debiera pedirles cuenta el pueblo; pues éste debe siempre recordar que la humanidad es él, y el sacerdocio su salvación.

---

## EPISCOPADO. (DE 1893 Á 1895.)

Apenas hubo llegado el P. Lasagna á Roma, recibió el siguiente encargo de la Sociedad Católica Italiana de Montevideo: «Queremos que digáis al Papa «que lo amamos, que lo veneramos, que somos hijos «suyos sumisos, que queremos que sea Patrón y Dueño en su casa, en su Roma y no esté *sub hostili dominatione constitutus*.»

Presentóse con alegría ante el Sumo Pontífice, y León XIII que bien conocía sus méritos, mirólo con afabilidad, y determinó honrar á la Congregación Salesiana elevando al Episcopado al digno misionero, al cual le confió las misiones de aquellas partes del Paraguay y del Brasil en que yace todavía el salvaje en la ignorancia.

En esta ocasión recordó el P. Lasagna una profecía de Don Bosco, de la cual era él objeto.

Cuando en 1883 volvía por penúltima vez á América con gran número de misioneros, recibió de Don Bosco una cajita en la que había un rótulo con la siguiente dedicatoria: «*Esto para Don Lasagna*». Él la tomó y sin saber que cosa fuera, la conservó como precioso recuerdo. Al recibir, dos años más tarde, la noticia de la muerte de Don Bosco, coordinando sus ideas, se acordó de la cajita y la abrió.

Encontró en ella *una cadena de oro* y una tarjeta de un noble Cooperador Salesiano: en un lado de la tarjeta se leía: «*Por una gracia recibida de María Auxiliadora*»: y en el otro: «*Para el segundo Obispo Salesiano*».

La ceremonia de la Consagración realizóse el Domingo 12 de Marzo, en la espléndida Iglesia del S. Corazón de Jesús de los salesianos, en Roma.

Su Eminencia el Cardenal Parocchi fué el consagrante, y los Obispos Asistentes fueron Monseñor Alejandro Grassi y el primer Obispo salesiano, el Ilustrísimo Cagliero.

Entre la inmensa muchedumbre distinguíanse los representantes de Montemagno, cuna del nuevo Obispo, que tenían colocación especial, y peregrinos del Paraguay, Uruguay y Brasil, que habían ido á asistir al Jubileo Episcopal del Papa.

Concluida la ceremonia, dirigióse el consagrado á la Sacristía, donde el P. Rua, su Superior, quiso besar el anillo de sus manos; mas el Ilustrísimo no lo permitió, arrojándose en sus brazos, como lo haría un hijo en los de su padre.

A la noche una preciosa sesión literaria, en honra del Ilustrísimo Luis Lasagna, llenó de animación el Colegio de Artes y Oficios del Sagrado Corazón, victoreándose, á los últimos, los nombres de Lasagna y León XIII.

Todos los que en el Nuevo Mundo supieron la con-

sagración del sabio sacerdote salesiano aplaudieron la elección; pues tál era la dulzura de su carácter, que amigos y adversarios lo apreciaban: sabía perfectamente hermanar las virtudes sociales con el cumplimiento de los deberes de su congregación, y aun siendo Obispo fué el más observante de la regla de los hijos de Don Bosco.

El 3 de Abril se embarcó el ilustre mitrado, y Montevideo se preparó para recibirlo.

Aportó el *Vittoria* el 30 de Abril en la capital del Uruguay; y el pueblo recibió con tanto entusiasmo al Ilustrísimo, que fué un verdadero triunfo. Los ex-alumnos del Colegio Pío lo acompañaron hasta Villa Colón, donde festejaron pomposamente su venida, imprimiéndolos en seguida, como recuerdo de día tan fausto, los discursos y poesías en un hermoso folleto.

Mas, el excelentísimo Superior de las Misiones Salesianas del Uruguay, Paraguay y Brasil no reparaba en el brillo de las alabanzas, y su pensamiento palpitaba en los trabajos de su misión futura.

Su espíritu organizador lo lanza repetidas veces al Brasil y al Paraguay, y donde quiera se lo acoge con muestras inequívocas de aprecio.

En el Colegio Santa Rosa de Nictheroy hizo-sele una recepción hermosísima. Vió en esta ocasión la luz pública un folleto muy lujoso en que, entre otras cosas, iban imprimidos un precioso discurso de un orador brasileiro, y una pequeña biografía del Prelado.

No podía ser de otro modo.

Las obras del dignísimo Príncipe de la Iglesia eran demasiado bellas para no atraer la atención, y arrancar aplausos.

En Matto Grosso estableció colegios para la instrucción de niños y niñas semi-salvajes y un pequeño taller de Artes y Oficios.

Hizo partir del Colegio Pío una expedición para plantear y dirigir una colonia agrícola en Corumbá.

En la Asunción lo introdujo el Cónsul paraguayo de Montevideo, Alonso Criado, con la notable nota de presentación al Gobierno de la República, la cual nos hacemos un honor de publicar al fin de esta biografía. Ordenó tres sacerdotes, y dió á la viuda Iglesia del Paraguay un nuevo esposo, consagrando al joven y activo presbítero, Juan Sinforiano Bogarín.

Determinó además fundar un Taller espacioso de Artes y Oficios en connivencia con el Gobierno, y para ello sólo esperaba la solución de algunas pequeñas dificultades, cuando la muerte vino á poner fin á su benéfica vida.

Varios asuntos llamábanlo al Brasil, y entre otros el de erijir en Cachoeira do Campo, en Ouro Preto y en Ponte Nova nuevos templos de beneficencia y de amor.

Parte, llega, pone en orden varios asuntos y se apresta á un viaje para Ouro Preto.

Era el 6 de Noviembre de 1895.

Sólo contaba 45 años el Ilustrísimo Obispo de Trípoli.

Antes del viaje asediábanlo vagos y fúnebres presentimientos.

Estaba muy triste, y con cierta indecisión subió en Barra do Piray al tren, que se había retardado por un incidente sufrido en el camino.

Con palabras acres obligó al guarda-tren al Obispo, á los sacerdotes, á los Coadjutores y á las Hermanas, que lo acompañaban, á ocupar un wagón cerca de la máquina.

Al pasar poco después sobre un terreno montañoso, armóse una terrible tempestad. Era torrencial la lluvia y los truenos ensordecían. Un rayo cayó sobre la locomotora y el tren se detuvo repentinamente.

En Juiz da Fora fueron insultados soezmente por individuos de mala catadura. Al cerrar las Hermanas las ventanas para no oír tan indignas injurias, dijeron aquellos, como aludiendo á algún siniestro: «Sí; cerrad;..... pero ¡dentro de poco, veréis?!».

Medio kilómetro antes de llegar á Mariano Procopio el wagón ocupado por Monseñor llenóse de astillas, de hierros y de polvo.

Acababa de acaecer un choque.

Cuatro hermanas y un sacerdote quedaron completamente destrozados, y el Ilustrísimo Obispo de Trípoli asfixióse entre las paredes de su coche y el

coche-correo que penetró en el suyo.

Casi fuera de sí, el P. Zatti Sal que á duras penas salvó se multiplicaba en todas partes, aliviando y absolviendo.

Los R. R. P. P. Redentoristas envolvieron los cadáveres en blancos lienzos, y los llevaron á su casa algo distante, donde los colocaron en ataúdes.

Á la mañana siguiente los féretros estaban en la Iglesia, casi completamente cubiertos de flores y de coronas que de todas partes enviaban.

Á las 8 y  $\frac{1}{2}$  celebróse el funeral.

El féretro del Prelado estaba en medio de los demás.

Nada tenía de tétrico el rostro del Pontífice. Estaba pálido, sus labios ligeramente cerrados, y en su frente plácida y serena parecía divagar la bendición y recompensa de los cielos, y dibujada la corona de los fuertes.

### *Un Sacerdote del Seminario*



## LLEGADA DE M. DR. LUIS LASAGNA AL PARAGUAY

Montevideo, Mayo 8 de 1894.

*A. A. S. S. Dr. D. Venancio V. López, Ministro de Relaciones Exteriores de la República del Paraguay.*

Asunción

Sr. Ministro: Aunque el principal deber reglamentario de mi cargo es el fomento de los intereses del comercio y de la navegación, no he creído ajena á mis funciones ninguna iniciativa que pueda redundar en beneficio del Paraguay.

Llamó siempre mi atención y fué objeto constante de mis estudios é investigaciones la desgraciada condición de los indios del Chaco y el abandono de una parte de la juventud en la Asunción y pueblos de la República donde vejeta aquella en los vicios é ignorancia más completa. Sin embargo estoy convencido por mis viajes al Chaco y á las principales poblaciones del Paraguay, que existen condiciones de mansedumbre en los indígenas y actitudes de natural despejo en nuestra juventud abandonada para regenerarlos y hacerlos útiles en la escuela del traba-

jo. Es obra de humanidad incorporar esos elementos á la civilización, asegurando el bienestar y progreso del Paraguay.

No siendo eficaz otra propaganda que la religiosa para iniciarlos en la civilización y conociendo las ventajas prácticas del cristianismo para llenar aquellos fines, careciendo hoy el Paraguay de toda cooperación en el Río de la Plata para mejorar sus condiciones morales y materiales, me dirigí oficiosamente á fines de 1892 á la Secretaría de S. Santidad León XIII, habiendo obtenido la siguiente contestación:

*«Sr. D. Matías Alonso Criado, Cónsul General del Paraguay.»*

Montevideo

«Ilustrísimo Señor:---Al acusar recibo del apreciable pliego de V. S. de fecha 6 de Noviembre próximo pasado me apresuro á participarle que inmediatamente hice una relación al S. Padre de cuanto en él me comunicaba.

«Tengo ahora que manifestarle que S. Santidad, dolorosamente impresionado por la descripción del deplorable estado en que se encuentran los indios del Chaco Paraguayo, me ha ordenado interesar al R. P. Rector General de los Salesianos para ver si es posible fundar una Misión en el Chaco dirigida por aquellos religiosos.

«He tratado de ejecutar con solicitud la orden re-

«cibida y espero que los deseos manifestados por V. S. puedan ser realizados y con sentimientos de distinguida animación me declaro de V. S. afmo. servidor. M. CARD. RAMPOLLA. *Roma, 15 de Diciembre de 1892.*»

La Orden Salesiana fué fundada en Italia en 1841 para consolar á los que sufren y para instruir y moralizar las clases pobres de la sociedad. Tuvo inmediatamente gran incremento en las principales naciones de Europa, y hoy tiene varias reducciones agrícolas de indios y escuelas de artes y oficios, y colegios de enseñanza elemental y secundaria en Méjico, Colombia, Ecuador, Perú, Chile, Argentina, Uruguay y Brasil.

El Paraguay no podía ser una excepción en América y sus clases desvalidas van á recibir pronto los beneficios de la progresista institución Salesiana.

Hoy salen de Montevideo para Asunción en el vapor «*Las Mercedes*» el Ilmo. Sr. Dr. D. Luis Lasagna, Obispo de Trípoli, y su secretario el Rdo. P. D. Juan Balsola para estudiar prácticamente la creación de una *Escuela de Artes y Oficios* para niños y niñas pobres en la Asunción, como las que funcionan en Almagro (Buenos Aires) y en la Estanzuela (Montevideo) y una *reducción agrícola* para los indios del Chaco, como las establecidas en las islas Damasón, Tierra del Fuego, Patagonia (Chile y Argentina) y Amazonas, Ceará y Minas Geraes (Brasil).

El Sr. Obispo de Trípoli es el Inspector General de la Orden Salesiana en el Brasil, Uruguay, Paraguay, Misiones, Corrientes y Entre-Ríos, y á sus relevantes dotes de inteligencia, virtud y actividad personal se deben las principales fundaciones salesianas que tanto bien han hecho á Sud-América. Desde Asunción, seguirá viaje el Dr. Lasagna para Cuyabá (Matto-Grosso) donde el Gobierno y Diocesano respectivos han dado las mayores franquicias, y apoyo moral y material para la instalación de los salesianos en aquel lejano Estado del Brasil tan ligado al Paraguay por su posición geográfica.

El ilustrado Gobierno de la Asunción, justo apreciador de las necesidades del país, debe dispensar á los Salesianos todo el apoyo que merecen su abnegada misión civilizadora y los beneficios que reportará al Paraguay, al que se le abre hoy una aurora de regeneración moral y social.

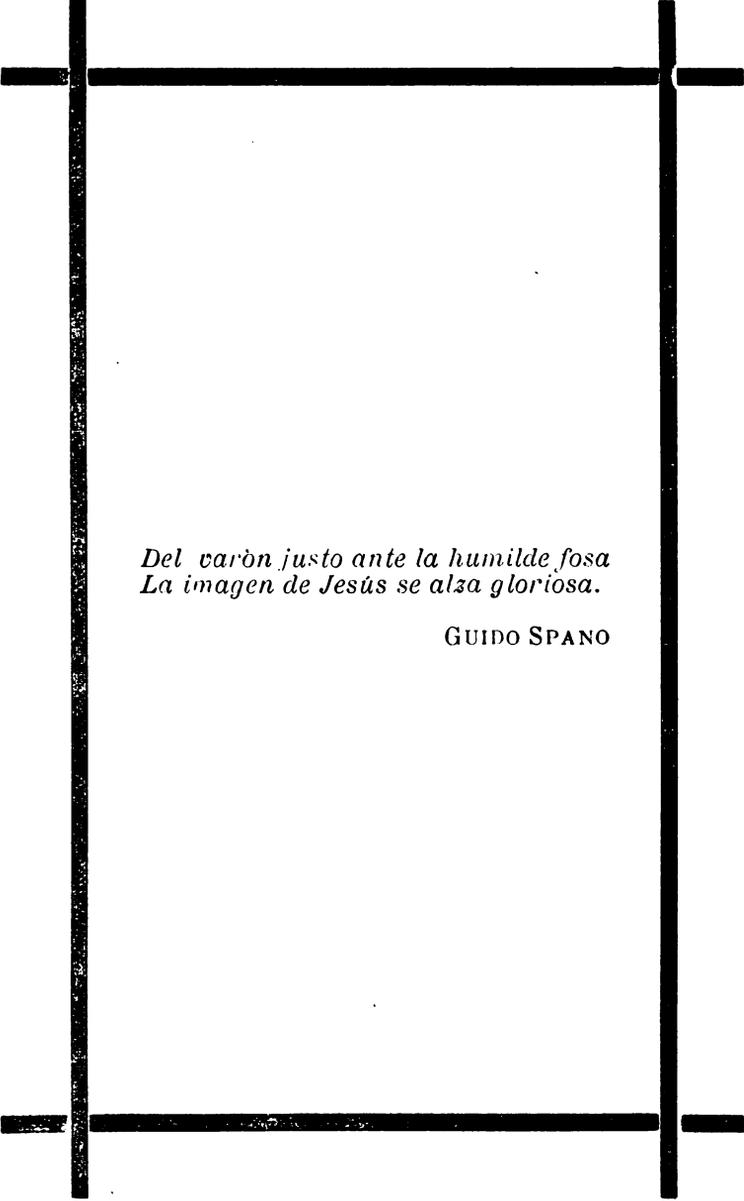
Tengo especial honor y satisfacción en recomendar eficazmente á V. E. el Ilmo. Obispo de Trípoli, esperando obtenga toda clase de facilidades por parte de mi Gobierno para realizar su misión evangélica en el Paraguay. Con este motivo reitera al Sr. Ministro el testimonio de su mayor consideración y aprecio. S. S.

*Matías Alonso Criado*

Cónsul General del Paraguay

---





*Del caròñ justo ante la humilde fosa  
La imagen de Jesús se alza gloriosa.*

GUIDO SPANO





## LOS FUNERALES



¡Oh muerte cruel! ¡Oh parca inexorable! Nada detiene su brazo, ni el valor, ni la fuerza, ni el ingenio. Nadie evita sus saetas envenenadas, ni los príncipes de la iglesia, ni los magnates de la tierra; no tiene consideración alguna, no hace pacto con nadie, derriba tronos, rompe cetros y báculos, arranca coronas, todo lo confunde, todo lo abate.

Ayer vimos en esta nación á un gran hombre con espíritu de acero y corazón de fuego, *un pontifex magnus* que devolvió á la mitra lo que de ella había recibido: el honor. Pasó entre nosotros con la rapidez de una estrella errante, y sin embargo pudimos admirar la bondad de su corazón, la afabilidad de su trato, la elevación de sus ideas, la elocuencia de su palabra, y su alma verdaderamente apostólica.

Hoy, bajó á la tumba: el pesado manto de la tierra cubre su cuerpo. Su sombra que se encarama hasta el pináculo del templo de la gloria, yace reclinada

sobre tureles funerarios; el polvo de sus huesos, descansa á la sombra de la Cruz, esperando el eco de la final trompeta que debe reanimarlo. El soplo de la muerte apagó la llama de su vida. Ajó aquel semblante en donde resplandecía plácida serenidad junto con marcial franqueza, apagó aquellos ojos que siempre reflejaron tierna bondad, enmudeció aquella boca, que nunca dejaba de sonreír, y empalideció con eterna palidez aquella frente do brillaba un destello de lozana juventud. Su voz ya no consuela ni enseña á los mortales. Su mano no se levanta para bendecir al pueblo cristiano.

¡Lasagna ya no existe! ¡Lasagna murió! desconso-  
lados repiten el púlpito y la prensa. El postrer aliento de aquel gran sacerdote sobrecogió á tres naciones, les arrancó un gemido de dolor y enlutó los corazones, que palpitaban noblemente, porque la civilización llora en él una hermosa lumbrera, y la iglesia á uno de sus augustos pontífices.

Hace un año: la primera iglesia de esta nación deponía los tristes ornamentos de su larga viudez, y se presentaba adornada con todas sus galas, y con todas sus riquezas. Monseñor Lasagna celebraba las bodas de la Iglesia paraguaya, consagraba al Ilmo. Sr. Bogarín. El prelado salesiano creía echar entonces la primera piedra de sus trabajos en este país; pero en los juicios inexcrutables del Eterno se despedía de él.

Por esto el Paraguay está de duelo, viene á depositar en su tumba la hermosa flor de la gratitud y elevar al eterno, llevada en las alas de las nubes de incienso, una oración fervorosa para el eterno descanso de su alma.

Las campanas ya no suenan con ese repique alegre, espontáneo, acorde, formando una cascada de notas vibrantes, armoniosas, verdaderos gritos metálicos de alegría, que penetran en todos los hogares, y despiertan todos los corazones.

Sólo producen un sonido grave, pesado, melancólico, triste como los lamentos de una viuda que llora á su esposo, entrecortados como los sollozos de un hijo que perdió á su padre, sereno como la oración de una alma que se eleva sobre el bullicio de las sociedades, lastimero como la súplica de los finados que piden á los vivos la limosna de sus sufragios.

La casa del Señor se ha despojado de sus ornamentos, ha dejado sus galas, se ha vestido de luto, se ha cubierto con el negro crespón de la muerte, demostrando que la iglesia sabe llorar como esposa la muerte de aquellos que ha honrado con el dulce nombre de esposo.

Dos cortinas negras bajaban desde el dintel de la puerta mayor hasta su umbral, oscilando suavemente al paso de los fieles y del viento. Seis coronas pendían del cielo cuadrado del templo, de las cuales partían cuatro bandas de percalina negra á los capi-



teles de los pilares inmediatos, forman lo en toda la extensión de la nave central seis graciosos doseles; otras bandas del mismo género cubrían las columnas. Todas estas fúnebres colgaduras sembradas de lágrimas blancas, llevaban en el medio una calavera sostenida por dos canillas dispuestas en cruz del mismo color: tristes restos de los despojos de la muerte. Un gran telón negro ocultaba todo el retablo del altar mayor. Estaba cubierto de blancas lágrimas, indicando las que arrancó la muerte del prelado salesiano á tantos nobles corazones; en el centro llevaba una calavera blanca sostenida por dos canillas en cruz, y más arriba una hermosa cruz del mismo color con esta inscripción: *spes nostra*: nuestra esperanza: Esperanza especialmente del extinto, á cuya sombra descansan sus cenizas, después que la amó en su juventud, la abrazó en su edad madura, y la llevó dignamente en sus últimos días, como su único blasón, como su única insignia.

El altar aparecía solo, separado de su retablo destacándose en un fondo negro, con sus grandes ciriales de plata y una magnífica cruz de metal dorado en el medio.

A la entrada del coro se levantaba el túmulo para la ceremonia de la absolución, grande, magestuoso, imponente, como el mausoleo de un héroe, vestido de paño negro, con franjas de oro y plata y cenefas blancas. Una primera pieza, de forma rectangular,

descansaba sobre tres escalones de madera, que rodeaban el catafalco, ésta sostenía otra de menores dimensiones, y encima de todo, el sarcófago vestido de raso negro coronado con una cruz y con un plumaje negro en cada esquina.

Cuatro columnitas, una en cada ángulo, sostenían cuatro hachones fúnebres, produciendo esa luz discontinua, macilenta, cadavérica, semejante á los fuegos fatuos, que en las noches oscuras iluminan las tinieblas de los sepulcros.

Inmediatas á estas, otras cuatro de mayores dimensiones, sostenían grandes candelabros con tres círculos concéntricos de velas cada uno. En frente, entre haces de luz, estaba una mitra blanca y encima de ella, la placa de bronce, que las damas de la Asunción, bajo la iniciativa de la Señora Josefina Rivarola de Aceval, hicieron grabar, destinándola al futuro mausoleo, que debe contener los preciosos restos del extinto obispo de Trípoli.

El dibujo de la dicha placa es debido al arte del presbítero Yribarnegaray. En la parte inferior representa dos locomotoras en el acto de chocarse, rotas, descarriladas, indicando la causa que ocasionó la muerte del Prelado; á la derecha, pilares aislados, ojivas destacadas del edificio á que pertenecían, trozos de columna esparcidos en el suelo: triste pero verdadero símbolo de las ruinas que cubren los caminos de la muerte; á la izquierda, algunos árboles: úl-

timos compañeros del hombre; y entre aquellas ruinas y estos árboles, un sarcófago, encima de él un pontífice acostado, revestido de sus ornamentos; y á su cabecera un ángel sobre un pelestal, teniendo en las manos una hacha apagada, representando al ángel custodio de aquel hombre insigne que ni en su muerte lo abandona, ó quizás al ángel de la resurrección esperando el sonido del clarín del juicio para recoger sus preciosas cenizas. El todo se representa en una noche de luna tranquila y despejada como el sueño de los justos.

Del suelo hasta arriba el catafalco estaba atestado de candeleros, ciriales y blandones con sus velas encendidas y enlutadas, produciendo, lo mismo que las lámparas, aquella luz pálida amarilla, que marea la vista, oscilando en sus pábilos y mecheros, y contrastando con el luto de las colgaduras.

Tal era el modo como se adornó la iglesia para la celebración de las solemnes exequias en honor del Ilmo. Sr. D. Luis Lasagna.

Pontificó su Señoría Ilma. Monseñor Bogarín, asistiendo el Presidente de la República, Juan B. Eguzquiza, el Vice-presidente y todo el Ministerio, el Jefe Político del distrito, los oficiales del ejército, y los principales Señores, Damas y Señoritas de la Asunción. Pocas veces nuestra catedral ha tenido una concurrencia más selecta y piadosamente recojida.

El órgano, cuando el prelado diocesano entraba en

el templo, abrió la ceremonia con una marcha fúnebre de Battman, grave, solemne, á veces magestuosa, cual el canto de victoria de los justos sobre la muerte.

Estaba acompañada de un Contrabajo tocado por el célebre músico Cantalicio Guerrero y por una flauta tocada por Simeón Carísimo, los cuales acompañaron también la misa.

La misa era de Monseñor Costamagna cantada por el coro de niños de la catedral, por el Rector del Seminario, y por los señores: J. B. Bidondo, Carvin y Canony.

El *Dies irae* de Charon fué cantado á cuatro voces notándose especialmente el bajo magnífico de Carvín y la bella voz de tenor de J. B. Bidondo. Este canto fué imponente, con su vaga sublimidad y su magestuosa lentitud, recordando los misterios de ultratumba, infundiendo religioso pavor en el corazón, llenando el alma de celestial emoción, y conturbando la imaginación aún de los que ignoran el latín.

El espíritu se sentía trasportado al término de los siglos, oía resonar la final trompeta en el silencio de los sepulcros. El juez ocupa su trono; las conciencias se manifiestan; el alma tiembla, ruega, suplica y, después de oscilar entre el temor y la esperanza, estalla en un grito de confianza.

La oración fúnebre estuvo á cargo del Dr. Herme-

negildo Roa, el cual en un estilo animado, patético, puro, correcto, florido habló del paso del difunto prelado por el Paraguay, de las circunstancias de su muerte desastrosa, de los honores tributados á su memoria; luego como indicando las causas de las demostraciones hechas en su honor, exaltó sus grandes cualidades, su elevado talento, sus benéficas obras, los proyectos que abrigaba para la civilización del Paraguay. Concluyó pidiendo una oración para el eterno descanso de su alma.

En fin, durante una hora logró mantener la atención de su selecto auditorio, á pesar de lo avanzado de la hora y de un calor sofocante.

Concluida la misa, el prelado y sus asistentes se dirigieron al túmulo, con cuatro sacerdotes revestidos de capa para cantar los cinco responsos, que ordena el pontifical en las exequias para un obispo.

El Dr. Bienes y Girón cantó el primero; el padre Antonio Scarella cantó el segundo; Francisco Solano Franco cura de la catedral el tercero; Adolfo Velasquez el cuarto y su Señoría Ilma. el último.

Terminó la ceremonia con una marcha fúnebre de Battman, grave, como la meditación de la muerte, mientras el prelado se despojaba de sus ornamentos, y los fieles regresaban á sus hogares.

Las velas se apagaron, sólo quedó en el templo el perfume del incienso semejante al perfume de la

oración, que un corazón puro envía al cielo y después nada quedó sino el vacío, que deja la muerte en pos de sí, el vacío que dejó en la tierra la desaparición de un hombre como Monseñor Lasagna.

*Un Profesor del Seminario*

---



*Su tumba, que se abriera en un segundo,  
Seméjase á la bíblica cisterna,  
Donde beber podrán doctrina eterna  
Los peregrinos todos de este mundo.*

GUIDO SPANO



**En las solemnes exequias celebradas en la Iglesia Catedral  
de la Asunción**

**EN HONOR DEL ULTIMO Y LMO. D<sup>o</sup>. P. LUIS LASAGNA**

**OBISPO DE TRÍPOLI**

**EL 13 DE FEBRERO DE 1893**

Timenti Dominum, in die defunctionis benedicetur.—El que teme al Señor será bendecido en el día de su muerte.

*Ecci. I, 13.*

In cognatione sapientiae est immortalitas—  
En unión con la sabiduría se halla la inmortalidad.

*Sap. VIII, 17.*

**ILMO. SEÑOR:**

**EXCMO. SEÑOR:**

**RESPETABLES SACERDOTES:**

**CATÓLICO PUEBLO:**

Un año apenas hace que la Iglesia Paraguaya se despojaba del luto de su viudez, para vestirse con las galas de la desposada, y aun recordamos con placer el día 3 de Febrero de 1895, en que todo un pueblo presenciaba con santo alborozo la unción sagrada, que investía con la plenitud del sacerdocio al

nuevo Pastor, que debía ocupar la cátedra pontifical de esta católica Diócesis, la cual pudo sentir en aquel día convertidas en lágrimas de consuelo, las lágrimas de su larga orfandad.

Y ¿quién era el mensajero de esa felicidad? ¿Quién era ese enviado del Cielo, que así venía á enjugar su llanto?

¡Ah! vedlo: en su semblante se refleja la bondad de su alma; en su frente se cierne la llama del genio y la de la caridad abrasa su corazón; su carácter es enérgico al par que amable; su educación fina sin afectación; magestuoso su porte sin el menor asomo de orgullo; compasivo con los pobres, cariñoso con los niños y sociable hasta con los enemigos de sus ideas. Su conversación es atrayente, porque es afable; interesante porque es instructiva.

Era el ilustre Monseñor Lasagna; cuyas relevantes prendas como Obispo, como hombre y como apóstol de la civilización, le granjearon, desde un principio, las simpatías del pueblo paraguayo, como le granjearan las de los demás pueblos, que fueron testigos de sus méritos. Así se comprende como el solo hecho de ser él el elegido para ceñir la frente de nuestro joven Prelado con la mitra del Pontificado, hiciera subir de punto el regocijo público en aquella circunstancia de feliz recordación.

Pero ¡quién lo creyera! ese mismo pueblo que, rebosando santa alegría, lo contemplara ejerciendo

el más augusto oficio del Pontífice, en medio de la magestad de las sagradas ceremonias, un año después se reúne para llorarlo muerto y contemplar á su mismo Ungido celebrando sus exequias fúnebres. Ese mismo pueblo que escuchara con religiosa veneración los acentos de su voz y las modulaciones de sus plegarias, que subían al cielo entre ramolinos de incienso, entre los alegres acordes de la música y los festivos tañidos del sagrado bronce, rodea hoy su catafalco, en donde apenas si podrá entrever, á la luz mortecina de los cirios, su sombra veneranda, evocada por los ecos melancólicos de los redobles, por el lúgubre aparato del templo, por la sencilla gravedad de las ceremonias litúrgicas, por las tristes modulaciones de la música, que convierten los cánticos sagrados en lamentos del alma.

Sí, católico pueblo paraguayo, ¡Monseñor Lasagna ha muerto!.....y ya no oirás resonar su nombre sino para arrancar lágrimas á tu corazón. La noticia de su muerte en todas partes ha encontrado almas que impresionar y lágrimas que verter; pero tuyo es el deber de pagarle ese tributo con más amor, porque él á ninguno profesó más cariño: eras el Benjamín entre sus hijos, y por eso, el hijo mimado de su amor.

Y no exagero, señores, al afirmar que el Paraguay ha perdido en Monseñor Lasagna á un sincero amigo, á un hombre, en sumo grado, interesado por su felicidad.

Desde la primera vez que pisó el suelo de nuestra Patria, esta despertó en su noble corazón el más grande entusiasmo, y casi alivinando el que despertaría también en el corazón de sus hermanos de congregación, ya desde entonces la llamaba: «*la tierra suspirada de tantos corazones salesianos*» (1), á la que, en el anchuroso horizonte de sus esperanzas, hacía ya figurar como «*el sitio en que sin duda se abrirá el campo más vasto á la laboriosidad y al celo de la congregación salesiana*» (2) y cuya pasada grandeza, convertida hoy en montones de escombros, arrancaba de su pluma tan sentidas reflexiones como estas: «Es aquí donde en los pasados siglos los Jesuítas obraron aquellos prodigios de celo y de heroísmo, que han sido y serán la admiración de las gentes. Á la entrada de estas florestas, se descubren todavía los restos de sus renombrados Colegios, y las ruinas de sus doradas Iglesias y soberbios torreones. Mas en vano procura el corazón despertar los concertados ecos de aquellos himnos y cantos, que un día se alzaban al cielo de miles de simples y sencillos corazones; en vano busca la vista aquellos campos cultivados por millares y millares de indios, gana los por su inimitable celo á la Religión y á la civilización cristiana. Todo ha desaparecido; todo ha sido destruido». (3).

(1) Carta que escribió á D. Rua, desde Asunción, el 19 de Mayo de 1894.

(2) Lug. cit.

(3) Carta de Monseñor Lasagna á D. Rua, en su primer viaje á Matto Grosso.

Pero no creáis que estas tristes emociones que despertaron en su noble corazón tan grandiosos recuerdos, encerrados en tanta ruina de tanta gloria, fueran el estéril llanto de un poeta sobre los restos de antiguas maravillas: es, sí, el llanto de un corazón, en que arde la llama del entusiasmo y retemplado por la esperanza de reconstruir sobre las mismas bases toda aquella antigua grandeza. Por eso veréis, cómo no interrumpe los lamentos de su corazón, sino para hacer un generoso llamado á los beneméritos hijos de D. Bosco con estas palabras tan entusiastas y entusiasmadoras: «Y ahora, vosotros, ¡oh jóvenes electos! que sentís arder en vuestro pecho la llama del cielo, vosotros que os sentís llamados por Dios á altas y arduas empresas por la salvación de los pueblos y la gloria de Jesucristo, volveled aquí (*al Paraguay*) vuestra vista; enderezad á estos lugares vuestros pasos. Nó, no os faltará ciertamente abundante mies, sacrificios y triunfos, punzantes espinas y celestiales consolaciones, la corona de la victoria ó la palma del martirio. Nuevos horizontes se abren á los intrépidos apóstoles.....nuevos mundos abren sus puertas á los ángeles propagadores de la cristiana civilización, á los héroes del Evangelio». (1).

Arranques de entusiasmo como estos con la prueba más acabada de la mucha simpatía que profesaba

(1) Lug. cit.

tan grande hombre hacia nuestra amada patria, de los grandiosos planes que ya tenía formados sobre su futura reorganización religiosa y social, de los proyectos ya elaborados y madurados en su mente, todos tan reclamados por nuestras necesidades, todos tan adecuados á desarrollar rápidamente la vitalidad moral, intelectual y material, tan exuberante, pero aún latente, de nuestro país; entre los cuales figuraba, según lo sabéis, como próximo á realizarse, el de un colegio de Artes y Oficios, cuya sola idea ha sido acogida con las bendiciones de miles de pobres niños, que hoy pueblan las calles sin educación, sin trabajo, sin aspiraciones, sin porvenir y sin haber conocido siquiera los encantos del hogar.

Nada, pues, más justo, nada prueba mejor la nobleza de vuestro corazón que estos solemnes honores fúnebres que tributáis á la memoria de tan distinguido Prelado, porque nadie más acreedor que él á la gratitud pública, virtud característica y nunca desmentida del pueblo paraguayo.

Yo por mi parte, creyendo interpretar el juicio que ya tenéis formado sobre lo que constituye la nota característica de la gloria del ilustre finado; os lo presentaré como al hombre, que por haber hermanado en sus obras y en su vida la virtud con la sabiduría, se ha hecho acreedor en su muerte á las bendiciones de los pueblos y á la inmortalidad.

Sé muy bien que mi tosca lengua no hará sino des-

lucir la gloria que rodea su tumba, y contrastará tristemente con la elocuencia de vuestras lágrimas; pero espero me lo sabréis disimular ante lo modesto de mis pretensiones y lo recto de mis intenciones, que no son otras sino proclamar desde esta cátedra sagrada que entre las bendiciones que de todas partes resuenan á la memoria del ínclito Prelado y entre las lágrimas que riegan su tumba, no son ni menos abundantes ni menos sinceras las que parten del corazón paraguayo.

## I

SEÑORES:

La sociedad no es una mera espectadora de los grandes acontecimientos, que se desarrollan en su seno: reclama también para sí y ejerce indefectiblemente, en una hora dada, el derecho de juzgar á los hombres, que, de una manera ú otra, influyen en su desarrollo vital. Si tiene teatros que ofrecer á las grandes luchas de la civilización contra la barbarie, de la ciencia contra la ignorancia y el error, de la virtud contra el vicio; también tiene un tribunal desde donde dispensa justicia. Ese tribunal se llama el tribunal de la historia, y su fallo, según que sea favorable ó condenatorio, constituye por sí solo la más justa recompensa ó el castigo más temible que la humanidad discierne á los hombres, que ejercen cual-

quiera influencia sobre su marcha. Uno de los estímulos más nobles y poderosos, que deciden á los buenos á poner al servicio de la sociedad el contingente de sus virtudes, es la esperanza, es la seguridad de esa recompensa, y los malos no atentan nunca contra los intereses y derechos públicos, sino ahogando en su corazón el grito amenazador de la conciencia, que, cual voz de alerta, les predice ese terrible castigo de la reprobación pública.

Pero sucede en el tribunal de la historia, lo mismo que en los tribunales ordinarios de la justicia humana: no se pronuncia nunca una sentencia sino después de un largo y minucioso proceso, que justifique la inocencia ó la culpabilidad de las partes, deslinde los derechos, aquilate los méritos de la causa y sirva así de segura base á la justicia del fallo.

La vida y los hechos, he aquí lo que constituye ese gran proceso, según el cual serán juzgados los hombres en el tribunal de la historia; proceso que no termina sino cuando el reloj de la muerte ha marcado la hora de la sentencia. Diríase que mientras no suena esa hora fatal, la humanidad se mantiene en expectativa y en actitud observadora de la vida de los hombres, cuyo último acto antes de bajar á la tumba puede borrar todo un pasado de gloria ó de ignominia.

Una necrología, más llena de juicios críticos que de datos históricos, es la primera palabra con que la sociedad inscribe su fallo sobre la tumba de los hom-

bres, al mismo tiempo que el amor de los deudos esculpe sobre ella su última palabra, en una inscripción lapidaria; con la diferencia de que aquella es casi siempre la expresión fiel de la verdad, y ésta una piadosa mentira.

Á esta ley de la humanidad obedece, Señores, el hecho de que, desde el primer momento que cundió la dolorosa noticia de la muerte del Ilustre Monseñor Lasagna, los pueblos que fueron testigos de sus virtudes, como heridos por una misma corriente eléctrica, se conmovieran unánimemente, y como movidos por una misma atracción magnética, dirigieran sus pensamientos y sus corazones á su gloriosa tumba para cubrirla de bendiciones y lágrimas. El fallo justiciero de esa ley calificó desde un principio esa muerte, como un glorioso martirio: porque mártir es quien cae en la brecha y con las armas en la mano, peleando las santas batallas de la civilización cristiana; mártir es quien muere persiguiendo el noble ideal de plantar en la cúspide de la sociedad humana el estandarte del progreso; mártir es quien sacrifica su vida en aras de su deber y de los intereses religiosos y sociales; mártir es quien, como Monseñor Lasagna, cae más bien que herido por la guadaña de la muerte, abrumado bajo el peso de proyectos bienhechores y grandiosas esperanzas.

Estas manifestaciones tan espontáneas como universales son la inmediata y la más justa recompensa,

que las naciones supieron rendir al que fué su insigne bienhechor, así como la garantía más segura de que la historia colocará su nombre entre los más ilustres que registran sus páginas. Es el homenaje que los pueblos rinden á la virtud, cuyo ascendiente es una fuerza moral, que es siempre capaz de confundir todos los sentimientos y todas las opiniones para colmarla de bendiciones. *Timenti Dominum in die defunctionis benedicetur.*

Y el Paraguay, que animado de una noble emulación, se ha esforzado en sobrepujar á las demás naciones hermanas, en los honores póstumos, tributados á la memoria del que profesó como un culto el amor á la virtud, ¿qué más hace sino asociarse al fallo de la justicia pública, que acaba de sellar el nombre de Monseñor Lasagna con el glorioso timbre de la inmortalidad?

Sí, católico pueblo paraguayo, tus lágrimas dejarían de ser un homenaje si el verterlas no fuese un deber de justicia. Serían, á lo sumo, el efecto de un sentimentalismo exagerado, que se emociona ante cualquier espectáculo triste, y no hijas de un corazón noble y varonil, que así como sabe entusiasmarse ante lo bello y lo sublime, también sabe llorar ante la pérdida de un gran bien; serían lágrimas, á lo más, de un amor muelle y de una ternura meramente fisiológica, más bien física que racional, y no manifestación de ese dolor de estética sublime, que saben con-

cebir los corazones nobles y generosos ante una desgracia.

Nó, el llanto de la nación paraguaya, no es el llanto de las hijas compasivas de Jerusalén, que movidas más por la impresión de los sentidos que por la sublimidad del martirio de Jesús, lo lloran en la calle de amarguras, en vez de llorar por sí mismas y por sus hijos; es sí un llanto, como el que ese mismo Jesús, el más fuerte de los varones, dejara escapar de su pecho sobre la suerte de Jerusalén, cuya caída importaba la desaparición de todo un pueblo, con todo un pasado de gloria y con todo un porvenir de esperanzas.

Y ¿sería, por ventura, atrevimiento afirmar que también la muerte de Monseñor Lasagna importaba la desaparición de todo un porvenir de esperanzas para los pueblos que lo conocieron? Si su personalidad cautivaba todas las miradas por los atractivos de sus virtudes individuales; por sus virtudes, que podríamos llamar, sociales, por su espíritu eminentemente emprendedor, por su genio organizador, supo explotar hábil y útilmente las más nobles ambiciones en favor de su causa, que era la causa del verdadero progreso é identificar sus empresas con las tendencias benéficas de su siglo.

Cayó el héroe de la civilización y su último pensamiento fué seguramente un acto de sublime sacrificio: el sacrificio de sus esperanzas, en aras de la vo-



luntad de Dios. Y esas esperanzas eran también las de los pueblos, que en esa muerte vieron rota la columna maestra, que servía de sostén á tantas y tan hermosas aspiraciones, vieron hechos pedazos una palanca poderosa del progreso, vieron extinguirse, con el soplo de la muerte, la antorcha, que desde la cúspide de esa columna iluminaba extensos horizontes de acariciados ideales.

Sólo así se explica como esa muerte pudo causar una consternación, que traspasando los límites de la amistad y de las relaciones personales, afectara tan profundamente la sociedad entera: es porque entre ésta y la existencia que acaba de extinguirse se había establecido la más estrecha solidaridad en la magna obra de la civilización de las naciones. El rayo que hiere la añosa encina, hace necesariamente estremecer el suelo en que descansa el robusto tronco, y abrasa la hiedra que entrelazada á ella sube con ella á las alturas, y seca la verde yerba que, bajo su sombra crece, y caleina las plantas y arbustos que en torno suyo se levantan. De la misma manera la figura de Monseñor Lasagna erguía en el campo de la sociedad, con la magestad propia del genio y de la virtud, y en brazos de su caridad elevaba el nivel moral de las clases desheredadas y hacía florecer bajo la sombra de sus instituciones las artes y las profesiones útiles y con la instrucción y la educación cultivaba, cual preciosas plantas, la inteligencia y el

corazón de la juventud. Vino á herirlo el rayo de la muerte y á su golpe fatal la sociedad se resiente profundamente, al sentir desaparecer de su seno al hombre, que tan bien supo interpretar y satisfacer sus necesidades, y que con tan rara habilidad supo apoderarse de los resortes más vitales del organismo social para imprimirle un rápido y certero movimiento hacia el verdadero ideal de la civilización. Por eso el duelo causado por tan trágica muerte ha sido un duelo eminentemente popular. Por eso esa muerte ha sido acompañada con las lágrimas, y rodeada la memoria del ínclito extinto, con las bendiciones, no sólo de su amada familia sino también de todos los hombres de buena voluntad: *Timenti Dominum, in die defunctio- nis benedicetur.*

La sociedad, lo mismo que los individuos, tan sólo entonces aprecia debidamente los beneficios de que goza, cuando se vé privada de ellos. Cuando los posee los disfruta, pero reflexiona poco sobre su valor, no sabe medir todo su alcance, desconoce su verdadera importancia.

Así vemos cómo los enfermos enaltecen los días, en que gozaban de vigorosa salud; cómo los ciegos recuerdan con suspiros y llaman felices los días, en que podían contemplar la hermosa luz del cielo; cómo á los cautivos y encarcelados centuplica el peso de sus cadenas el triste pensamiento de la libertad perdida.

Así vemos también que la paz nunca se presenta tan amable para las naciones como cuando el genio de la guerra la ha desterrado de su seno; que las libertades públicas nunca son invocadas con tantas ansias, como cuando la tiranía las ha sacrificado á sus arbitrios.

Y ¿no os parece que algo semejante ha sucedido con la muerte de Monseñor Lasagna? Ayer no más, cuatro naciones, ávidas de progreso, disfrutaban de los beneficios de su sublime apostolado, ó compartiéndose los frutos de sus colosales empresas ya realizadas ó disputándose las esperanzas con que les brindaba su genio. Lo veían recorrer de un extremo á otro sus extensas regiones, dejando por do quiera y en toda la esfera de la sociedad las huellas de su acción civilizadora. La sociedad *lo poseía* entonces, y no echaba de ver, ó al menos no proclamaba tan alto los beneficios de que le era deudora. Hace ya tres meses, que la muerte vino á tronchar, en la mitad de su carrera, tan preciosa existencia, y desde entonces oímos su nombre repetido por todos con respeto y veneración, colmada de bendiciones su memoria, recordadas sus obras con gratitud universal, y sancionadas por la aceptación pública los principios de progreso por él implantados en el seno de la sociedad. Es el tributo póstumo que la gratitud de los pueblos siempre sabe rendir á sus bienhechores. Es la recompensa natural que Dios mismo suele depa-

rar á los que lo temen: *Timenti Dominum, in die de-  
functionis benedicetur.*

Si durante su vida el ilustre extinto hubiese recibido tantas demostraciones de afecto, como después de su muerte, ¿no os parece que hubiera encontrado en ello el mejor estímulo en la persecución de sus ideales? ¿No os parece que esa satisfacción hubiera sido la más justa correspondencia con que los pueblos podían retornarle sus beneficios? Pero nó, que los hombres verdaderamente virtuosos practican la virtud *por la virtud misma*, sin otro móvil que la conciencia del deber, sin otro premio inmediato que la satisfacción de ese deber cumplido, sin otro objeto que el agradar á Dios y hacer bien á la humanidad. Pero esta misma independencia de todo móvil humano, propia de la virtud cristiana, es su mejor gloria, y los pueblos parece que lo comprendieran, siendo así, que durante la vida de sus bienhechores escatiman para con ellos sus elogios, reservándose prodigárselos, cual merecen sus virtudes, después de su muerte. Diríase que temen ofender la modestia de la virtud ó que sus alabanzas fueran tachadas de adulación si la elogiasen en su presencia; pero cuando la muerte viene á establecer la ausencia eterna de la tumba, la apología de la virtud se impone como un deber.

Pero el secreto de la universal impresión que causó la muerte de Monseñor Lasagna consiste no sólo, en que él promovió los verdaderos intereses de la

sociedad, sino principalmente porque supo interpretar y satisfacer las necesidades peculiares de los tiempos y de los pueblos en que vivió, sin desmentir el espíritu de la institución á que pertenecía. Un duelo popular supone una simpatía también popular, y á esta nadie habrá sido más acreedor que el que empleó los recursos de su talento para estudiar, y los de su caridad para remediar las necesidades de los pueblos.

Tal fué el insigne Prelado cuya muerte lloramos. Educado en la escuela de Don Bosco, ilustre fundador de la Institución Salesiana, le costó poco inbuirse en el espíritu de ese ardiente Apóstol de los tiempos modernos, dadas las bellas prendas de que le dotó la naturaleza, y que constituían como un fondo bien preparado en que podía retratarse fielmente la grande alma de aquel, con sus realces más hermosos.

Si el uno era un buen maestro, el otro era un buen discípulo. Si aquel un modelo perfecto, este un fiel imitador. Testigo de ello es el Colegio Salesiano de Turín, que tuvo el honor de contarle entre sus alumnos, entre los que sobresalió por su piedad, talento y aplicación.

Teatros de fecunda labor ofrecían al celo de Don Bosco las Repúblicas del Plata, cuyos bosques seculares resonaban todavía con los alaridos de las tribus salvajes, lunares bochornosos de la civilización americana; cuyas ciudades cosmopolitas, si eran em-

porios del comercio mundial, eran también otros tantos Panteones, donde encontraban favorable acogida todos los ídolos del moderno naturalismo; cuyos soberbios estuarios, recorridos y cruzados por humeantes chimeneas, servían también de fácil vehículo á todas las ideas subversivas del orden religioso y social.

Era necesario despachar para allá una fuerte expedición de sus denodados hijos, que ya tantos triunfos habían reportado en otras partes; pero era necesario también darles un experto capitán cuya sabia táctica pudiese hacer frente á todas las contingencias de la noble lucha, cuyo temple de alma fuese capaz de arrostrar todas las dificultades, cuyo talento y actividad pudiesen comprender y satisfacer á tantas necesidades.

Ese hombre era el P. Lasagna. Así lo comprendió D. Bosco, y he aquí que sin vacilar le confía la difícil misión, tocándole al Uruguay recojer las primicias de su apostolado.

Con la fe de Apóstol y con el aliento que siempre inspira la conciencia de la bondad de la causa, emprendió la peligrosa navegación, y después de una horrorosa borrasca, que puso á riesgo de hundirse en los abismos tantas esperanzas, desembarcó en Montevideo en 1876, en cuyas cercanías echó desde luego los cimientos del primer Colegio Católico, en la hermosa Villa Colón, que fué después como centro

desde donde aquel genio irradiaba luz en torno suyo y comunicaba vida á otras creaciones suyas.

Era como la primera batalla librada contra los avances del naturalismo, cuyos principios deletéreos ya empezaban á inficionar todas las capas sociales, merced á la escuela sin Dios, que abierta ó subrepticamente iba introduciéndose en los establecimientos de enseñanza.

Descubrir los defectos y las falsas tendencias de la educación moderna; indicar las funestas consecuencias de la instrucción, cuando se le sustrae su verdadera base; demostrar que toda enseñanza que excluye la educación religiosa ó prescinde de ella es vana y perjudicial; que al contrario la instrucción religiosa es la única que desarrolla cumplidamente todas las facultades del hombre y las coloca en condiciones de ser utilizadas por el individuo y la sociedad; desmentir prácticamente la pretendida incompatibilidad de la Religión con la ciencia, señalándolas, al contrario, como dos sublimes destellos de un mismo foco eterno de luz, que es Dios; halagar en una palabra, la avidez de instrucción, que caracteriza á los pueblos jóvenes, haciendo á esta más amable con presentarla despojada de todos sus defectos y adornada con sus más bellas prendas; he aquí lo que hizo el P. Lasagna para utilizar en pro de la civilización cristiana esa noble aspiración de los pueblos.

Vió que estos estaban sedientos de instrucción, pero también comprendió que los falsos apóstoles de la ciencia sacaban gran partido de ahí, para inocular en las inteligencias el veneno de sus doctrinas, que los jóvenes bebían en las escuelas, á título de ilustración, sin reparar en lo que en esta había de peligroso y funesto. Era el tósigo mortal que se les propinaba en doradas copas. El P. Lasagna venía, en cambio, á ofrecer á la juventud las puras y saludables aguas de las doctrinas católicas, que al mismo tiempo que satisfacen sus aspiraciones, las enderezan al verdadero ideal de la ilustración.

Su primer afán fué, por eso, apoderarse de las inteligencias, mediante la educación. Y como, especialmente en los países democráticos, esa educación debe ser eminentemente popular, abarcando toda la esfera social, desde las clases más altas hasta las más bajas, no contento con haber deparado para aquellas el primer centro de educación secundaria en Villa Colón, su asombrosa actividad hizo surgir, como por encanto, numerosos establecimientos de enseñanza para estas, en la República Oriental primero, y después en el Brasil, que en el año 1881, Don Bosco quiso también confiar á su incansable celo.

Villa Colón, Montevideo, Las Piedras, Paysandú; Canclones, Mercedes, en la República Oriental; San Pablo, Nicheroy, Lorena, Guaratinguetá, Pinamohangaba, Pernambuco, Ararás, Cuyabá en los Esta-

dos Unidos del Brasil, poseen importantes centros de enseñanza para niños de ambos sexos, que son los más elocuentes testimonios del ardiente afán y celo desplegados por el ilustre finado por la educación de la niñez. Y los resultados no tardaron en coronar las esperanzas que, desde un principio, hicieron concebir instituciones tan útiles. De los Colegios Salesianos, en un tiempo relativamente corto, ya salieron numerosos jóvenes, que hoy son la gloria de la literatura, honrados magistrados, sabios legisladores, valientes médicos, denodados adalides de la buena propaganda en la prensa católica y, especialmente, hombres virtuosos y buenos patriotas.

Y tantos niños, como su caridad arrancó á la perdicción callejera, e lucándolos en los Talleres, en los Colegios de Artes y Oficios, en los Oratorios festivos, en los Hospicios, que son otras tantas escuelas de virtud y de trabajo, abiertas á la juventud desheredada, son hoy honrados ciudadanos, dignos obreros del trabajo, elementos de orden y progreso.

Semejante á tiernos brotos y lozanos retoños, que, cultivados por experta mano, se convierten luego en árboles cargados de frutas sazonadas, toda esa juventud crecida un día al calor de la caridad y bajo los exquisitos cuidados de ese gran educacionista y ya incorporada hoy al gran cuerpo social, que recoge y utiliza los frutos de esa educación, bendice la memoria de aquél, como no cesará de bendecirla, mientras

otras manos intrusas no vengan á inocular en sus fibras savias venenosas, que destruyan sus gérmenes de vida. *Timenti Dominum, in die defunctionis bene dicetur.*

Y tantas conquistas, como han reportado para la civilización las Misiones Salesianas, dirigidas por el ilustre Obispo de Trípoli, ¿no son dignas de figurar entre sus glorias más puras? ¿No harán resonar su nombre entre las bendiciones de los pobres hijos de las florestas, convertidos por los celosos misioneros, lo mismo que sus demás obras lo perpetuarán en los pueblos, que viven á la sombra de la civilización?

¡Ah! ¡las misiones católicas!, esas pacíficas cruzadas de la civilización cristiana contra el salvagismo, sin otra arma que la virtud de la Cruz, constituían para aquella grande alma el objeto del más sublime apostolado. Los continuos viajes que hacía para dar impulso á las obras salesianas encomendadas á sus cuidados, eran otras tantas excursiones apostólicas, de que él, espíritu eminentemente observador como era, sabía aprovechar para recoger abundante cosecha de observaciones útiles y datos importantes sobre las necesidades de los pueblos; las que, desde luego, despertaban en su alma generosos propósitos, si columbraba aunque sea la más lejana esperanza de remediarlas, ó arrancaban de su corazón caritativo amargos suspiros, si tal esperanza no había. Pero nada le causaba tan honda impresión, como el triste



espectáculo que ofrecían á su vista las hordas salvajes, que encontraba á su paso, en sus largos viajes terrestres ó fluviales. Cuando se lee las interesantes relaciones, que de ellos escribía al Superior General, ¿quién no se enternece al ver cómo suspiraba tan vivamente por la reducción de aquellos infelices, cómo sus palabras están impregnadas de las lágrimas que vertía sobre la suerte desgraciada de aquella porción de la humanidad, y cómo su mismo estilo, de ordinario tan sencillo, llano y fácil, vuélvese repentinamente sentimental, patético y elevado, cuando llega á describir esas tristes escenas? Entonces cada una de sus palabras espresa un sentimiento, cada frase un propósito, un lamento, una plegaria. Diríase que no pudiendo resistir á la necesidad de dar un desahogo á su corazón, desgarrado á la vista de tantas miserias, despreciara hasta el arte y se olvidara de la unidad y orden de su relación tan amena, interrumpiendo para ello las poéticas descripciones de los caudalosos ríos, de las dilatadas llanuras, de los bosques seculares, escenas todas, cuya sublime elocuencia embelesaban su alma impresionable.

La vista de un solo cacique de los Lenguas, escoltado por cuatro de los suyos, le arrancó este amargo suspiro que al mismo tiempo es una sublime oración: «¿Cuándo, cuándo amanecerá el día, en que también sobre estas tierras, como en las regiones patagónicas, se pueda multiplicar las misiones, hermanas de Ma-

ría Auxiliadora, buenos catequistas, honrados agricultores, para plantar la civilización y salvar á estas desgraciadas tribus? Á aquel Dios, que sabe sacar de las piedras hijos de Abrahán y ablandar los corazones empedernidos, suplicamos nos mande cuanto antes buenos misioneros y limosnas, para sostener con fruto estas cristianas empresas, y para conquistar á estos pobres hijos de la floresta.» (1)

¡Infeliz y verdaderamente pobre hijo de la floresta! Diríase que cual otro rey mago viera las sombras de sus mansiones repentinamente iluminadas por la estrella de la redención, al sólo pasar cerca de ellas el Apóstol de la civilización cristiana, y que guiado por su resplandor divino fuera en busca de ésta, para aprender de él á donde tenía que dirigirse para adorarla, pero menos feliz que los magos del Oriente tuvo que volverse «triste y cabisbajo», porque la estrella que viera no era aún la de la redención para él y los suyos, sino la que guiaba la vida de ese mismo Apóstol, próxima ya ¡quién lo pensara entonces! á ocultarse en su ocaso. «¿Qué habrá pensado entre sí, pregunta entonces ese gran amante de la humanidad, qué habrá pensado entre sí aquel infeliz hijo de la floresta? Si él hubiera podido leer en mi corazón, habría visto que más grande era mi tristeza y dolor por no poderle acompañar.» (2)

(1) Carta de Monseñor Lasagna á Don Rúa en su primer viaje á Matto Grosso.

(2) Lugar cit.

Pero sí, ha leído en tu corazón, oh ilustre Lasagna, se de gracia lo, y en su misma torpe ceguedad no pudo comprender las nobles miras que tu caridad alimentaba en favor de su raza; en tus palabras, abrasadas de amor, reconoció la voz del Apóstol, que no distingue cristiano é infiel, judío y gentil, civilizado y bárbaro, sino que á todos consuela con el mismo amor; en los mismos regalos con que lo despediste apreció más que el valor material la significación moral en ellos encerrada: la de tu tierna solicitud por la conquista de tan míseras tribus á la Religión y á la civilización. Por eso, cuando sepan que dejaste de existir y que contigo se extinguió la primera esperanza que los consolara, en su mismo salvajismo no les faltará una chispa de sentimiento noble para llorar tu muerte y bendecir tu memoria, lo mismo que lo hicieron los pueblos civilizados. *Timenti Dominum, in die defunctionis benedicetur.*

Y ¿quién pudo negar su admiración, quién negará su lágrima, á un hombre que fué toda una esperanza para los pueblos, un sincero amigo del pueblo, un insigne protector de la niñez, un hábil educacionista, un apóstol de la civilización cristiana? ¡Ah! estos honores fúnebres, estos homenajes póstumos no son más que una deuda de gratitud, que los pueblos no podrán desconocer, sin que las ciencias, las artes, la patria, la familia, la civilización, Dios mismo se lo enrostre un día como un crimen. *Timenti Dominum, in die defunctionis benedicetur.*

## II

Las obras de Monseñor Lasagna constituyen no sólo su mejor gloria, sino también la prenda de inmortalidad para su nombre, porque eran creaciones de un gran genio, frutos de la sabiduría, única que con la virtud tiene derecho á ese patrimonio divino. *Immortalitas est in cognatione sapientiae.*

Era el extinto el mejor representante del genio de Don Bosco, en estas naciones encomendadas á su celo. Dotado de una perspicacia y penetración asombrosas, estudió el espíritu de la institución salesiana y nada le costó comprender la misión providencial que le estaba reservada á cumplir en el mundo; comprendió que era una de aquellas obras que Dios suele suscitar en cada período histórico, para remedio de los males peculiares de cada época.

Nadie podrá negar, ni los mismos culpables de ello, que la gran cuestión del día, la gran calamidad social, que, amenaza caer sobre los pueblos, aplastándolos como una bóveda de plomo que se derrumba, es la cuestión social, para cuya solución ya ha contribuido tan abundantes luces el magisterio divino de la Iglesia, tan dignamente representado por el genio de León XIII, indicando como único medio de salvación el retorno de los pueblos á los principios católicos, que son el único freno moral, que puede mantener á raya las pasiones concitadas de las masas populares.

La gran necesidad de la época presente, es, por tanto, ocuparse preferentemente del pueblo, descender hasta la clase proletaria y llevar el alimento de las doctrinas evangélicas á esa porción desheredada de la sociedad, que en mejores tiempos, podía al menos endulzar sus penas y sobrellevar pacientemente sus miserias con el pensamiento del cielo. Pero vino el filosofismo moderno y le dijo: «No hay tal cielo: la nada, hé aquí el fin del hombre.» Mas, el pueblo supo convertir contra los autores de doctrina tan absurda la lógica fatal, que de ella se desprende, y les contestó: «Vosotros me arrebatáis el cielo; pues bien: yo os arrebataré la tierra, y allá veremos si son más poderosas vuestra filosofía y vuestra política que mi dinamita, mi puñal y mi tea incendiaria.»

Y tenía razón el pueblo de increpar de esa manera á sus pretendidos *relentores*, á los mentidos *vindicadores de sus derechos*, porque no han hecho otra cosa que despojarlo del único pero inapreciable tesoro que poseía: de la esperanza cristiana; y para calmarlo no hay más medio que devolverle esa esperanza, indicándole el cielo.

Para eso era necesario una institución religiosa, que, por su fin y por los medios de que se vale, fuese eminentemente *popular y social*. La portentosa fecundidad de la Iglesia, había ya dado origen á toda clase de órdenes, congregaciones y asociaciones, que encarnando su moral y su doctrina tan sublimes, las

aplican á la vida práctica de los pueblos, siendo todas muy beneméritas no menos de la civilización que de la Religión; pero eso de mejorar la condición moral y material de la clase proletaria, eso de apoderarse de la niñez desvalida, para convertirla en una generación de ciudadanos útiles y honrados; eso de arrancar, con la sola fuerza moral de la Religión, el puñal homicida al hijo del pueblo, para colocar en sus manos los instrumentos agrícolas y fabriles; eso de hacer amable el trabajo *por el trabajo*, si bien ha constituido siempre uno de los objetos de los maternales cuidados de la Iglesia, nunca lo habíamos visto convertida en una institución y en un apostolado religioso, bajo la forma y organización tan perfecta, que se admira en la Congregación Salesiana. Todo en ella es popular y admirablemente adoptado a la regeneración y salvación de las clases pobres y desvalidas. Populares las escuelas y talleres, en que se educan niños pobres de ambos sexos; populares los Colegios de Artes y Oficios, en que los hijos del pueblo aprenden las profesiones útiles, que los dignifican; populares las escuelas agrícolas, en que se avezan al trabajo los brazos del campesino, al mismo tiempo que se les enseña los conocimientos prácticos que les hacen abrazar y amar la agricultura, como una profesión noble y digna del hombre; populares los oratorios festivos, en que se santifican y utilizan los días de descanso en pro de la instrucción; populares la

prensa y las lecturas, que bajo una forma fácil y accesible á la inteligencia del pueblo, alimentan las almas de los pobres con la moral y la doctrina evangélicas.

Todo esto no debía escaparse á la penetración y talento prematuro de Luis Lasagna, ni podía menos de despertar en su corazón generoso la más franca simpatía, desde que llegó á conocer á esa benemérita congregación. La abrazó con toda la decisión de su alma y con la más ardiente fe se dedicó desde un principio á embeberse en su espíritu durante el tiempo, que consagró á los estudios, sea como alumno en el Colegio Salesiano de Turín, sea como profesor en el Gimnasio de Lanzo y en el Liceo de Lassio, gloriosas palestras, en que dió á conocer las prendas de su privilegiado talento.

La obra salesiana de D. Bosco, que ayer no más naciera, hoy ya es un coloso y ha hecho rápidos progresos en todas partes del mundo; pero es porque su dirección está encomendada á genios, que saben interpretar su espíritu y desarrollar sus fuerzas vitales. Por lo que toca á las Repúblicas del Plata ese genio era Monseñor Lasagna.

De todas las obras salesianas, de las que sólo muy pocas hemos podido mencionar, era él como el alma; todo dirigía con su prudencia; todo impulsaba con su actividad; á todos estimulaba con su ejemplo; hacía amable á sus súbditos la obediencia, porque la impo-

nía más que con la fuerza de su autoridad, con el ascendiente de sus virtudes, sabiendo ser severo en cumplir y hacer cumplir el deber sin dejar de ser suave en el modo como obraba en su carácter de superior. Todo lo cual nos revela que poseía con perfección la difícil arte de gobernar, que supone en él no sólo un perfecto conocimiento de las múltiples incumbencias de su difícil oficio, sino también un gran criterio práctico que lo hacía superior á todas las dificultades en el ejercicio de su autoridad y en el gobierno de una institución de vida tan exuberante, como es la salesiana, y si ésta hoy muestra tanto vigor y lozanía en estas Repúblicas, es debido no sólo á su organización y actividad propias, sino también á la sabia dirección, que le supo imprimir su hoy finado Superior, cuyo nombre vivirá cuanto sus inmortales obras, rodeado, como éstas, de la simpatía de los pueblos y nunca se ocultará en la noche del olvido, porque será siempre iluminado por el resplandor de su talento. *Immortalitas est in cognatione sapientiæ.*

Hemos visto como el Ilustre Obispo de Trípoli, cimentando la instrucción sobre la sólida base de la Religión, contrarrestó los avances de la moderna incredulidad; pero las mismas conquistas ganadas por él á la Religión debieron suscitar más y más las iras de aquella y la lucha era inevitable. Tantos jóvenes, tan bien preparados para la Religión y la Patria, co-

mo salían de los Colegios Salesianos, se encontraban frente á frente con los enemigos de su creencia, y era de temerse que, una vez que se encontraban fuera de esos asilos de la virtud y del trabajo, flaqueasen en su fe y cediesen á los embates de la impiedad. Pero al talento del gran Lasagna no podían faltar recursos para conjurar este nuevo peligro y hacer frente á esta nueva necesidad, y hé aquí que desciende á la arena al lado de sus antiguos discípulos, para ayudar en la noble lucha á los que él mismo había avezado á las batallas del Señor, y sin desatender en lo más mínimo el régimen interno de su Congregación, se le ve manejar la pluma del polemista católico con habilidad sólo igual á su prudencia como Superior y á su talento como educacionista. *El Bien Público*, valiente adalid de la prensa católica de Montevideo, para cuya fundación había él contribuído poderosamente, registra en sus columnas numerosos artículos, con que, por muchos años, la sabia pluma de este gran hombre combatió victoriosamente las teorías positivistas y materialistas, tan difundidas entonces en las cátedras y en los libros: producciones verdaderamente magistrales, en que se admira la lógica contundente y profunda penetración del filósofo, la vastidad de conocimientos del hombre erudito, la pureza de doctrina del teólogo consumado, el buen gusto, estilo galano y lenguaje castizo del literato. Sus antiguos discípulos y todos los amantes de la verdad, tan

luminosamente defendida en esos escritos, se sentían con su lectura como confirmados en sus creencias, juzgando que sería indigno dejarlos enmohecerse en la colección de un diario, los recopilaron en un solo volumen, para que pudiera figurar en las bibliotecas de los sabios, como un perenne testimonio del talento de su autor, mirado siempre por sus ex-alumnos como maestro y por todos como un sabio. *Immortalitas est in cognitione sapientiæ.*

El mismo talento, la misma vastidad de conocimientos, la misma facilidad de dicción veréis camppear en otros escritos de diversa índole, salidos de su privilegiada pluma, como las interesantísimas cartas ó relaciones que escribía á su Superior de Italia, en las que no se sabe qué admirar más, si lo ameno de su forma, ó lo sólido de su fondo, tan nutrido de observaciones y datos, dignos de ser utilizados por las ciencias naturales, la etnografía, la geografía, la historia y la arqueología.

Y ¿tendré necesidad de recordaros sus relevantes prendas como orador sagrado? Ah! algunos de nuestros templos han resonado también con los acentos de su elocuencia, sublimemente sencilla como el Evangelio, destituida de los falsos atavíos del lenguaje humano, pero llena de unción, convincente y persuasiva á la vez. Hasta en su elocuencia podía decirse que era popular ese gran hombre, en la que buscaba únicamente el provecho espiritual de sus



oyentes y no los vanos aplausos del mundo. Nunca su palabra profanó la santidad del Evangelio y de la doctrina y moral católicas, patrimonio exclusivo de los corazones sencillos y simples; nunca la prostituyó a nobles ambiciones, porque no tenía más que la nobilísima y santísima de los Apóstoles, de alimentar con la palabra divina á los pobres y á los que tenían hambre de la verdad. Si, pues, son gloriosas las huellas de los que anuncian el bien, de los que anuncian la paz, no cabe dudar que la elocuencia de este ilustre Apóstol de la verdad evangélica, le haya conquistado un título más de inmortalidad. *Immortalit is est in cognatione sapientia.*

La verdadera sabiduría, en su concepto tanto científico como divino, no es un simple *conocimiento* de la verdad: es *la fruición* de la verdad conocida, la cual, á su vez, consiste en la satisfacción de las facultades espirituales, una vez en posesión de su objeto; y como esas facultades son esencialmente *comunicativas*, no sería completa esa satisfacción, no sería entera esa fruición, si el hombre no pudiese utilizar sus conocimientos en pro de sus semejantes. Mas si esto es así, ¿quién podrá disputar al insigne Prelado Salesiano el título de sabio, que le consagra la opinión pública? Nadie mejor que él supo poner al servicio de la humanidad y de la Religión el cuadal de sus conocimientos. Una generación entera de juventud, que ayer bebiera en las aulas las doctrinas que fluían de

sus labios, hoy honra en él aun después de muerto, á su padre intelectual; el pueblo lo llora como á su bienhechor, no sólo porque á su caridad debe el tesoro inestimable de la fe, que vale más de lo que valdrían todos los bienes de que carece, sino también porque su industriosa sabiduría encontró el secreto de hacerle accesible la educación y de que la instrucción no fuera un patrimonio exclusivo de las clases elevadas; los mismos gobiernos le dispensaron favores y libertades inesperadas, porque su ciencia y prudencia han sido miradas por ellos como la mejor garantía del bien público. Y para que no le faltaran medios de ejercer su benéfica influencia sobre todos los elementos, tan eterogéneos, de que constan las naciones americanas, Dios le concedió, no solo el don de la palabra y del talento, sino también el de lenguas, de las que, además de la natal y las antiguas, la griega y la latina, llegó á poseer con perfección la española, la francesa, la inglesa y la portuguesa, las que le servían como de órganos de fácil comunicación, para ponerse en inmediato contacto con los hombres de las diversas nacionalidades y razas. Y ¿cabe suponer que caerá en olvido la memoria de un hombre, que tan bien supo verificar en sí el concepto bíblico de la sabiduría? Nó, porque: *Immortalitas est in cognatione sapientie.*

La afición y competencia, que demostrara el extinto en todos los estudios útiles, no podían menos de ser

tenidas en cuenta por los sabios, en las observaciones meteorológicas que tanto desarrollo han tomado en estos últimos tiempos, dada la circunstancia de que era el Superior de una extensa misión, que abrazando una gran parte de la América del Sud, podía fácilmente, bajo su inspección, ocuparse de esos trabajos científicos en las varias zonas y países de su comprensión. En efecto, á raíz de una decisión del Congreso Geográfico, habido en Venezuela, bajo la presidencia del célebre Fernando Lesseps, en 1880, y por voluntad de Don Bosco, tocóle establecer, en unión con sus hermanos de congregación, una red de observatorios meteorológicos, destinados á estudiar los fenómenos, que se desarrollan, en la parte más meridional de la América del Sud, á saber, desde el Río de la Plata hasta el Estrecho de Magallanes y Cabo de Hornos. Tanta fué la decisión con que se dedicó á dichos trabajos, que en menos de un año ya pudo ver la inauguración de un observatorio de primer orden, en Villa Colón, efectuada en presencia de las personas más distinguidas por su posición y ciencia, y de Monseñor Mocenni, Internuncio Pontificio, entonces, en el Brasil, á quien quiso dedicar el acto, como á representante del Papa, amante y decidido protector de las ciencias.

Los trabajos verificados en ese observatorio han pasado ya por el crisol de la crítica científica y no han merecido sino honrosos juicios de parte de los

sabios. El Boletín Meteorológico, que allí se publica mensualmente y se envía á los principales centros científicos del mundo, por las minuciosas observaciones hechas y las cuestiones de alta importancia, que en él se tratan, presta á esa ciencia cuantioso contingente de luz y ya ha hecho célebre el nombre del sabio Director, el P. Morandi, llamado por el docto Obispo de Montevideo, en un documento de carácter público, «*el profeta de la ciencia*», por los felices resultados obtenidos en sus estudios sobre la previsión de las tempestades, sin que faltara otro sabio, como el distinguido ingeniero y astrónomo D. Carlos Honoré, que haya popularizado su nombre, denominando «*ley Morandi*» la periodicidad de los cuatro grandes temporales, que, durante el año, suelen desencadenarse sobre las costas ríoplatenses, fenómeno descubierto por el mismo docto sacerdote.

Omito la enumeración de otros observatorios de menor importancia, establecidos á iniciativa del Ilustre Lasagna en varios otros puntos; sólo diré, que todas estas conquistas científicas reportadas por el humilde hijo de Don Bosco, el célebre P. Morandi, son otras tantas glorias que naturalmente se reflejan sobre el extinto Prelado, que fué el iniciador principal de todo, y que mientras vivió no omitió esfuerzos ni sacrificios para dar mayor desarrollo á ese importante establecimiento científico de Villa Colón, habiendo entrado en sus miras dotarlo también de la sección

astronómica, además de la meteorológica, sismográfica, eléctrica y magnética ya existentes, y esto al mismo tiempo que tenía entre manos la erección de otro de igual importancia, en el colegio de Almagro, en Buenos Aires. Ahora sus dignos hijos han concebido la feliz idea de concluirlo cuanto antes para bautizarlo con el nombre de Luis Lasagna. Nada más justo que un nombre, que ya ha pasado con el timbre de la inmortalidad á los fastos de la ciencia, brille también allí donde ésta brilla con especial esplendor, como un perenne testimonio de los servicios que le prestara el sabio finado. *Immortalitas est in cognatione sapientie.*

No creáis sin embargo que la ambición de estas glorias fuese la que engendró en él ese entusiasmo por los estudios científicos. Como todo sabio verdaderamente cristiano, alcanzó mucha gloria, aún humanamente hablando, pero sin buscarla, porque móviles más nobles, fines más santos lo guiaban en todos sus actos y en todas sus empresas, móviles y fines como los que expresan estas palabras suyas, que escribiera á su Superior de Italia: «Por todo esto, bien podrá vd. comprender, amadísimo Padre, que á más del bien real que se hace á la ciencia en general y á estas poblaciones en particular, con semejantes estudios, nosotros nos proponemos desterrar el rancio prejuicio, tan extendido en América, por obra de la Masonería, que los curas son retrógrados y oscuran-

tistas, que la Religión es enemiga de la ciencia y del progreso, que la fe corta las alas al genio y es incompatible con la civilización; cosas todas repetidas hasta la saciedad y cantadas en todos los tonos por la prensa sectaria y por las novelas y los libelos de los modernos sabiondos, pero que ante la elocuencia de la evidencia y de los hechos se evaporan como la niebla ante los rayos del Sol.—No me cabe la menor duda que vd. se alegrará, sabiendo que sus hijos, al mismo tiempo que se afanan en ganar almas á Jesucristo, mantienen alto el sagrado signo de la cruz, que hacen amar y respetar como símbolo de civilización y verdadero progreso.» (1)

Y me detengo, señores, en estas últimas palabras, porque ellas os revelan al hombre, cual yo me propuse retratároslo en este mi humilde discurso fúnebre: al hombre que supo hermanar en su alma y en sus obras la virtud con la sabiduría, haciendose acreedor á la bendición de los pueblos y á la gloria de la inmortalidad: *Timenti Dominum in die defunctionis benedicetur—Immortalitas est in cognatione sapientie.*

Ninguna inscripción podía estar mejor sobre esa placa, que habéis dedicado á su memoria, y vosotros al inscribirla en ella, no habéis hecho otra cosa que

---

(1) Carta escrita por Monseñor Lasagna á Don Rúa, de Villa Colón, el 18 de Junio de 1895.

trasladar sobre el bronce el fallo, que las generaciones, adelantándose á la historia, ya han esculpido sobre la losa funeraria que cubre sus gloriosos despojos.

*Resquiescat in pace:* que en paz descanse, hé aquí la oración, que unido á la voz de la Iglesia, debes elevar al trono del Altísimo, oh pueblo paraguayo, como el último obsequio, que espera de tí el que tanto te amó.



*De su sepulcro en el mármoreo lecho  
Dormido para siempre el justo amado,  
Parece se han cerrado  
Los brazos de la Cruz sobre su pecho.*

**GUIDO SPANO**





## • CORONA FÚNEBRE DE PENSAMIENTOS

---

MONSEÑOR LASAGNA

---

¡Paraguay! Tierra mía querida, urna sagrada de héroes ¿quién podrá medir la magnitud de tu desgracia, y cortar de una vez esa larga agonía, en que yaces, para levantarte de tu postración?

Tus pasadas y gloriosas tradiciones embellecerán siempre las páginas de la Historia, y por más que seas pequeño, serás siempre querido y adorado por los que pisan tus playas. Muchos son los que llevados de ese misterioso imán que posees, te han visitado con el fin de mejorar las condiciones en que te redujo una guerra de cinco años; muchos son los que, deseosos de tu bien, han procurado engrandecerte, trayendo á tu seno la industria y el trabajo.

Entre los que te han profesado un verdadero cariño descuella el Ilustrísimo y Reverendísimo Luis La-

sagna, virtuoso prelado de la Iglesia Católica, adalid valeroso de la verdadera civilización, que después de haber sembrado beneficios mil en las naciones vecinas, y recorrido el magestuoso Paraná y el caudaloso Paraguay, vino á anunciarte que estaba dispuesto á añadir otras glorias á las que ya ceñían tu bella y noble frente, y á labrar con su poderoso auxilio tu regeneración moral.

Mas ¡ay! una nube siniestra ha venido á oscurecer tu horizonte.

No había aún depositado en tu seno la primera piedra de sus benéficas instituciones, llamadas á hacerte más feliz, cuando, cerniéndose la implacable muerte sobre él, concluyó con su vida, arrebatando al cariño de sus celosos misioneros y al aprecio de tus hijos un manantial de recursos, un alma y un corazón de amor.

¡Ah! ¡Qué proyectos grandiosos ha concebido en el Paraguay el inolvidable Prelado cuya muerte lloramos!

Establecer una escuela de artes y oficios, mejorar la suerte de la porción más menesterosa de nuestra sociedad, colocarla en la posibilidad de ser útil á su patria, crear acaso una escuela de agricultura é incorporar á la vida civilizada las tribus indígenas del Chaco, radicando en todos esos corazones la semilla de la virtud y el amor al trabajo, ha sido su más vehemente aspiración. . . . .

¡Oh vosotros todos en cuyos corazones arde el fuego del amor á la Patria, vosotros que ansiáis verla colocada en la cumbre de la felicidad en todos los ramos que abarcar cumple al progreso! llorad la muerte del que con verdadera abnegación y generosidad se ofreciera á contribuir á su bienestar. Regad con lágrimas de la más sentida gratitud sus cenizas, y hacéd brotar con ellas un digno sucesor de pensamientos tan grandes, de espíritu tan intrépido que sepa calcar las huellas, concebir los planes, y realizarlos cual lo hubiera hecho el incomparable extinto, el intrépido Lasagna.

Sí, con todas las fuerzas de mi espíritu deseo que vuestras lágrimas sean eficaces, y que no vayan á perderse en el vacío que su tumba ha dejado entre nosotros.

No ceséis de golpear á las puertas del cielo, no os canséis de invocar las divinas misericordias para que sin tardanza, se lleven á efecto las nobles ideas de ese grande apóstol de la civilización cristiana, de ese ilustre Pontífice de Cristo, de ese varón fuerte, cuya memoria, en la realización de sus proyectos, nos será una bendición y un aliciente eficaz.

† JUAN SINFORIANO.

Obispo del Paraguay.

Al asociarse el pueblo al profundo duelo que ha producido la muerte de Monseñor Lasagna y discernir honores á su memoria, cumpla con un deber de gratitud y hace justicia á las virtudes de un hombre que ha demostrado gran interés en beneficio de las clases desvalidas de esta sociedad.

JUAN B. EGUZQUIZA.

Presidente de la República.

---

◆◆◆

## RECUERDOS ÍNTIMOS

---

El Obispo Lasagna fué un verdadero apóstol cristiano. Tenía el espíritu infatigable de San Pablo, cuyo sublime ideal abrazaba la regeneración moral de la humanidad entera, y ha muerto trágicamente al pie de su sacrosanta enseña, como los héroes en el campo de batalla. Su tumba debiera erigirse allí donde el terrible siniestro le hirió súbitamente como el rayo, víctima del deber, para recordar á las generaciones de la posteridad su noble y grande sacrificio.

Conoció por vez primera en Montevideo. Ya había concebido el propósito de venir al Paraguay para realizar su acariciado pensamiento. Pocas palabras me bastaron para reconocer la grandeza de su alma y alenté con entusiasmo, asegurándole que su via-

je á este país sería de fecundísimos resultados. Su determinación estaba tomada y podía considerarse como un hecho la fundación proyectada de la primera escuela, en la capital de la República, para la enseñanza de la juventud en las artes y en los oficios que constituyen una de las tantas bases de la prosperidad y riqueza de los pueblos.

Más tarde, volvíme á ver con él en esta ciudad y recibíme con el abrazo afectuoso del hermano. ¡Qué encuentro aquél de gratas reminiscencias para mi alma! Nos habíamos comprendido íntimamente y una simpatía común nos ligó estrechamente por el consorcio de las mismas ideas y propósitos humanitarios. Ofrecíle mi pequeño concurso para la empresa que perseguía con laudable tesón y nos despedimos cariñosamente, llevando yo risueñas ilusiones de su próximo regreso.

Recuerdo todavía su fisonomía dulce, sonriente y tranquila iluminada por la intensa llama de la fe y por el sentimiento del deber, cuando estreché su mano en la mía con el afecto efusivo que inspiran la amistad y la admiración.

Aquella despedida debía ser sin embargo la última: la fatalidad tronchó desapiadadamente su existencia, como el huracán furioso abate los árboles gigantes de la selva secular. La noticia de su muerte cundió en el Paraguay como una honda calamidad y el pueblo que ama á sus bienhechores le ha llorado como á

uno de sus hijos predilectos y como el símbolo querido de una de sus más bellas esperanzas.

Difícil es medir la inmensidad del vacío que deja el Obispo Lasagna; pero sus ideas no morirán y sus dignos compañeros sobrevivientes proseguirán la obra de su glorioso iniciador. Los grandes ejemplos son los faros luminosos que alumbran en su marcha á la humanidad y alientan el espíritu de las naciones.

El Obispo Lasagna, virtuoso prelado, cuya irreparable pérdida lamentamos, no necesita de otros encomios: su vida y su muerte son su verdadera apoteosis. Perteneció á la raza de los varones fuertes que como los apóstoles de los primeros tiempos fundaron el cristianismo por la ferviente fe, por la abnegación y el sacrificio.

Había comprendido que la misión más augusta del sacerdocio es la enseñanza práctica del Evangelio. Elevar el nivel moral de las clases pobres y desheredadas de la sociedad; mejorar sus condiciones de bienestar por el trabajo que dignifica y emancipa al hombre de la esclavitud; educar la juventud preparándola para las conquistas del progreso y la civilización moderna; propagar las buenas doctrinas morales como bases inconmovibles de toda organización social—hé ahí resumidos en breves palabras sus más caros ideales y legítimas aspiraciones.

Al consagrar este recuerdo de cariño y gratitud á la memoria de tan ilustre mártir, rendimos el más

elevado tributo de justicia al mérito y á la virtud, firmemente convencidos de que el pueblo paraguayo no olvidará jamás el nombre querido y venerado de su bienhechor.

**JOSÉ S. DECOUD.**

Ministro de Relaciones Exteriores.

Asunción, Enero 24 de 1893.

—:—

## MONSEÑOR LASAGNA

He repetido muchas veces que desde la conclusión de la guerra del Paraguay, este país no ha perdido un hombre en el cual la sociedad haya cifrado tantas esperanzas—¿Por qué?—Porque educar y moralizar la parte más menesterosa de la sociedad es la mayor aspiración de los pueblos civilizados.

**EMILIO ACEVAL.**

Ministro de Guerra y Marina.

Enero 20 de 1896.

Considero que la misión más útil y más noble del sacerdocio y que tanto se armoniza con el espíritu del siglo, es la redención de la clase desheredada de la sociedad, por medio del trabajo y del ejemplo de la virtud.

En este concepto el ilustre prelado, Monseñor Lasagna, ha sido uno de los apóstoles abnegados de esta bellísima aspiración de la caridad cristiana, y su alta personalidad constituía la esperanza de los unos y el cariño de los demás.

RUFINO MAZÓ.

Ministro de J. C. ó T. Pública.

Asunción, Febrero 10 de 1896.

El Cristianismo es la Religión de la Caridad—Sus dogmas y preceptos son esencialmente filantrópicos, acordando la preferencia de su gracia y consuelos no á los poderosos sino á los humildes y á los que sufren—La identidad de origen de los hombres y su igualdad ante el Tribunal Supremo son dogmas cristianos democráticos, protectores de la libertad civil y contrarios á toda opresión—Los Apóstoles de esta Santa Religión que caen trabajando por su propagación como Monseñor Lasagna, son dignos de los homenajes que se les tributan á los héroes que se sacrifican por el bienestar y libertad de su Patria, y más dignos porque sus ideales no tienen límites y porque caen sin herir á sus semejantes.

J. J. ITURBURÚ.

## MONSEÑOR LASAGNA

¡Oh gran Dios, que en tu sabiduría infinita has resuelto instituir el sacerdocio católico que continuase en la tierra la admirable y maravillosa obra de la Redención!

¡Oh Sacerdocio Católico! Yo reverente te saludo en la ilustre y distinguida persona del extinto Prelado Monseñor Lasagna, que «hecho todo para todos, atraía á todos á Dios»!

¡Monseñor Lasagna! ¡qué nombre tan grato á los oídos de cuantos han tenido la felicidad y el dulce placer de conocerlo!

Con razón sobrada puede decirse de él que fué en su vida la sal de la tierra, «*sal terræ*» y la luz del mundo, «*lumen mundi*»; pues su corazón grande, semejante á un jardín florido, en que brotaran á porfía verdes y lozanas plantas, en que aparecieran bellísimas flores de sanas costumbres y grandes virtudes, se trasfundía, si puede decirse, en cuantos tenían la ocasión de rozarse con él, esparciendo en su rededor las suaves fragancias de la santidad; y así conservaba los corazones exentos de las infecciones del vicio y de la corrupción.

Siendo como fué la sal de la tierra, era también la luz del mundo.—Con su vasto ingenio, profundos conocimientos é ilustración singular, iluminaba con

los vivos fulgores de la verdad á millares de entendimientos: pobres y ricos, ancianos y niños, salvajes y civilizados, todos sentían el benéfico influjo de los rayos de luz que proyectaba la grande inteligencia del inolvidable Monseñor Lasagna!

En sus conversaciones se deslizaban frecuentemente de sus labios ya una máxima, ya un pasaje de las Sagradas Escrituras; por manera que, instruyendo al ignorante, corregía el vicio.—Más, ¡oh desgracia irreparable! ¡Oh impenetrables juicios de Dios! ¡En los momentos mismos en que pensaba volver á este querido suelo del Paraguay, una terrible y repentina muerte lo arrebató de en medio de sus más queridos amigos!

¡Monseñor Lasagna ha muerto! más sus grandes y elevadas miras no morirán; ni su memoria, ni las gratas impresiones que infundiera en nuestras almas se desvanecerán jamás! ¡Murió, es verdad; pero vive en el Paraguay con quien contrajo simpatías afectuosas y tiernas.

Monseñor! Des le el alto cielo, echad una mirada sobre nosotros, enviadnos vuestra luz, animad nuestros corazones é inflamadlos del amor de Dios, para acabar como Vos, cual valerosos soldados luchando y combatiendo por Aquél á cuyo lado vivís para siempre.

JUAN B. COLMAN.  
Cura párroco de la Encarnación.

## LAUDEMUS VIROS GLORIOSOS

Eccli. XLIV.



### Á LA MUERTE DE LASAGNA.

¡Gran Dios! Levántate, Señor, á confundir á los que han dicho que Luis Lasagna ha muerto. . .

¡Morir él! Y ¿no pertenece á la raza de los varones ilustres, cuya misericordia y caridad jamás permitirán caiga en el olvido, sino que le inmortalizarán por siempre?

¡Morir él! Y ¿no vive en sinnúmero de hijos, que forman una República Santa, en alianza con Dios, y heredera de la inmortalidad?

¡Morir él! Y ¿no es, de los que son ricos en virtudes, celosos del decoro del Santuario?

Descanse en paz, en buen hora, su inocente cuerpo, allá en el lugar del reposo. . . , pero él, sacerdote, vuele á la inmortalidad, para desde allí predicar virtudes.

Celebren los pueblos que le conocen, su sabiduría, su carácter laborioso y afable: resuenen sus alabanzas en las asambleas sagradas.

¡Morir él! Y ¿no ha amado mucho al Paraguay, para quien tenía ya trazados en su mente, grandes planes y proyectos benéficos?

¡Señor!

Como un hijo del Paraguay, yo proclamo, con la Patria, que no ha muerto; y si murió, protesto contra su muerte.

Pero, si soy yo quien me engaño, perdona, Señor; y recoge las lágrimas sinceras que los hijos de esta Nación vierten sobre su tumba, y concedele los grandes beneficios, que él tanto la deseara.

M. I. MALDONADO.

*Pertransiit benefaciendo. . . , quoniam Deus erat cum illo! . . .* (Actor. X, 38) Quis?—ALOISUS LASAGNA, EPISCOPUS TITULARIS Á TRIPOLI, unus e paucis quibus dignus non erat mundus! . . . (Hebr. XI, 38).

*Memoria ejus cum laudibus!*

F. MAÍZ.

## MONSEÑOR LASAGNA

Apenas habrá transcurrido un año con algunos meses. Con verdadero placer de mi alma, ví á un distinguido Prelado de la Iglesia Católica pisar por vez primera las playas de mi patria querida, el Paraguay.

Tanto mayor fué el gozo que sacó en aquellos momentos mi espíritu, cuanto que su digna y venerable presencia me auguraba con certeza días prósperos y felices para la Iglesia Paraguaya, que entonces lloraba en su orfandad y viudez la ausencia de su pastor.

Un poco más, y ya lo veo recorriendo las calles de la ciudad, con ánimo tranquilo y sereno, con semblante dulce y afable, con modales finos y atrayentes, y principalmente, con actitud digna de un Jefe de elevada distinción jerárquica. Era el nunca bastante llorado Monseñor Luis Lasagna, ilustre Obispo de Trípoli, que hace poco ha sido arrebatado por una repentina y funesta muerte, á las simpatías y cariño de sus hermanos y amigos. Su distinguida educación social lo indujo desde luego á visitar al primer Jefe de la Diócesis, al Sr. Presidente de la República y demás altos funcionarios públicos, dejando escapar bien pronto vivos reflejos de un carácter sumamente social, de una bondad enteramente paternal, de una ilustración poco común, y de un corazón grande y dispuesto á comunicar los beneficios inapreciables de su apostólica misión.

Simpática y atractiva como le era la educación de la niñez; acostumbrado como estaba á vivir entre tiernos corazones desde los primeros años de su vida, no tardó en visitar el extinto colegio de «San Vicente de Paúl», que á la sazón concentraba niños de las primeras familias de la capital asuncena. Hallá-

banse éstos, congregados en la Capilla del Seminario, elevando sus inocentes plegarias á la madre de Dios, durante el hermoso mes de María, cuando iba llegando hacia ellos Monseñor Lasagna. Alguien había suplicado al bondadoso Prelado dirigiera á aquellos piadosos niños algunas palabras apropiadas á las circunstancias. Nada más grato para el cariñoso padre que semejante propuesta. Paréceme escucharlo aún, explicando con singular sencillez y bondad las palabras dirigidas á María, que acababan los niños de hacer resonar en sus angelicales cánticos:

«Venid y vamos todos  
con flores á María, . . .»

Explicábeles lo que simbolizaban aquellas expresiones; hacíales comprender que eran flores espirituales de virtudes, flores de buenas acciones, flores de obediencia, docilidad y trabajo las que debían como buenos y cristianos niños presentar á la Reina del Cielo y no flores materiales y sensibles, para que más tarde llegaran á ser buenos hijos, ciudadanos íntegros y honrados y amantes padres de familia. ¡Oh niñez, porción predilecta y escogida de Dios y de la humanidad, de cuya sana formación, de cuya buena educación y dirección, de cuyo esmerado cultivo dependen la regeneración de la sociedad, la morigeración de las costumbres, la verdadera civilización y cultura, el verdadero progreso y engrandecimiento

de los pueblos; oh niñez, objeto de tantos desvelos, de tan ímprobos labores y sacrificios por parte del ilustre extinto, llorad lágrimas de sangre sobre sus restos venerandos; llorad, sí, porque habéis perdido en él á un sincero amigo, á un verdadero padre, á un abnegado maestro, á un apóstol celoso! Y, principalmente, vosotros niños desheredados de los bienes de la tierra, ¡oh, sí, llorad vuestra incomparable desgracia, porque se ha deslizado de vuestras manos el verdadero tesoro de felicidad que habéis encontrado en Monseñor Lasagna, porque ha vuelto á oscurecerse el horizonte risueño y encantador de vuestro porvenir grande y feliz!

Además de amante de la niñez, Monseñor Lasagna era un verdadero apóstol de la caridad. En efecto, la caridad era lo que lo impelía á emprender por do quiera obras muchas veces superiores á sus fuerzas y á realizarlas con el más espléndido éxito. Por lo mismo, no podía menos de volver sus miradas sobre un centro esencialmente caritativo, «Las Conferencias de San Vicente de Paúl.» Con placer presidió un día á una de sus reuniones; y al dirigir á sus dignos miembros con su acostumbrada sencillez algunas palabras de aliento, hizo resaltar tanto los grandes beneficios morales y materiales de dicha institución, engrandeció de tal modo la Caridad, la presentó tan agradable á los ojos de niños, que bien pronto dejó traslucir, que una de las virtudes que brillaba con

más vivos fulgores en su alma grande, y que había echado más profundas raíces en su corazón era, la Caridad. Esta misma virtud lo encaminó á otros centros de beneficencia. Visitó los Hospitales de la Caridad y el Asilo de Mendigos: se acercó á los miembros dolientes de Cristo, los enfermos; y, con palabras llenas de unción y dulzura, los alentaba á sobrellevar sus penas y á fijar intrépidas sus miradas en las recompensas celestiales. En sus visitas, hallábase rodeado de sacerdotes, hermanas de Caridad, padres y madres de familia, militares, niños, de personas, en fin, de toda condición. Y ¡cosa extraña! Tales eran su afabilidad y bondad, tan mansas sus palabras, tan atractivo su lenguaje, que cualquiera podía acercársele sin temor, encontrando en él un bonaladísimo padre: en fin, en todos infundía sentimientos de alegría y consuelo: en los sacerdotes, porque veían en él un poderoso elemento que iba á abrirse paso rápidamente para obrar el bien; en los padres de familia, porque comprendían se acercaba para sus hijos un porvenir halagüeño y feliz; en todos, porque se despejaban á sus miradas horizontes amplios de dicha y bienestar. Más, ¡oh desdichada suerte! ¡El risueño cielo de nuestras esperanzas se ha empañado; una muerte imprevista y fatal que nos arrancó con la velocidad del rayo á Monseñor Laagna, ha desbaratado todos nuestros planes! ¡Bendecido sea sin embargo Dios en sus impenetrables designios!

Algunos meses después de haberse retirado del Paraguay el malogrado Obispo, hallábase entregado á sus múltiples tareas del Brasil, cuando se hace necesaria aquí la presencia de un Pontífice que consagre al nuevo Pastor de la Diócesis. Invitado para tan solemne acto, se presta generosamente, apesar de las distancias que lo separaban y de los asuntos urgentísimos que absorbían todo su tiempo. Sin demora, hónranos por segunda vez con su vida; y, vedlo ya rodeado de un aparato grandioso, de un inmenso oleage de gentes, ejerciendo el más sublime oficio de su vida episcopal, el oficio de Pontífice consagrante en la Iglesia Catedral. ¡¡Quién lo dijera!! ¡Era el primero y el último de los actos más culminantes de su carrera apostólica; era la obra la más santa que llenaba y ajustaba todas las demás de sus días; era la corona resplandeciente que orlabá su despejada y serena frente!

Había enjugado las lágrimas de nuestra Madre, la Iglesia del Paraguay, la había despojado de sus fúnebres vestiduras de luto, suministrán-dole un pastor, que vigilara sobre sus hijos huérfanos.—Con este paso, Menseñor La Sagna echaba entre nosotros los fundamentos de su obra, pues contaba con un distinguido Prelado que poderosamente había de cooperar para dar cima á sus trabajos.

Vastos campos todavía se abrían á su encendida caridad. Abrasado por el celo de la casa de Dios, ex-

clamaba con el real Profeta: *Zelus domus tue comedit me.* (Ps. 68-10). El celo de tu casa, Señor, me devora; el ensanche de tu gloria, el aumento de los que te conocen, adoran y aman; el deseo de hacer brotar en tiernos corazones la semilla de la verdad, de los verdaderos bienes, apremian mi corazón. Y, en alas de aquella caridad, propia de un verdadero representante del Hombre-Dios, surcaba los mares, cruzaba inmensos y solitarios desiertos, se sobreponía á los males físicos que venían minando lentamente su existencia, renunciaba al descanso y tranquilidad tan gratos del hogar, abandonaba la compañía de sus hermanos queridos, disminuía el sueño y recorría de día en día regiones y patrias desconocidas, con tal de propagar el bien y hacer felices á sus semejantes.

Esta prodigiosa actividad que desplegaba en todos tiempos, su larga experiencia y sus grandes conocimientos, alimentaban nuestros corazones de las más bellas esperanzas, cuando de improviso, Monseñor Lasagna desapareció del escenario de la vida, muriendo en medio de los horrores de una espantosa catástrofe.

Monseñor Lasagna ha muerto, es verdad; pero ha muerto como el soldado con las armas en las manos; murió en la brecha, murió mártir en el cumplimiento de sus santos deberes de misionero, sacerdote y Pontífice; murió con la muerte de las almas justas, con la abundancia de virtudes, de buenas y meritorias obras.

¡El Señor lo envuelva cuanto antes en los esplendores de su Luz inextinguible, y le haga gozar de las recompensas eternas preparadas para los que han obtenido victoria!

ENRIQUE VALIENTE.

ACRÓSTICO

Posando los pies ¡Oh infeliz mendigo!  
 A los siniestros Bordes del sepulcro,  
 Zarpa tu fe; no mires en la fosa  
 A tu sostén, que Sueña con los muertos;  
 Levanta ¡oh tú sin Padres pobre niño!  
 Una mirada al trono del Increído;  
 Infancia infeliz, Desvalida y Sola,  
 Seca el lloro; de muerte el triste canto,  
 Lozana juventud, no ya modales;  
 Alza la vista obrero de la huérfana,  
 Súbela á los cielos luminosos:  
 Allí está vuestro Padre amante y tierno,  
 Grato está por vosotros siempre orando.  
 No lo lleguéis, pues, á olvidar ya Nunca  
 Al magnánimo Luis, al gran Las Agnal

UN SACERDOTE DEL SEMINARIO.

Quaecumque fiant, juxta verba paulina, (1<sup>a</sup> Cor. c. X, v. 31)  
omnia ad majorem Dei gloriam nobis facienda.

---

Velle alicuius homini, per se e autem bonum non invenire (Rom. c. 7), nisi ei datum esset desuper, multo notius est, quam ut oporteat pluribus verbis explicari.

Ad hanc igitur quod attinet rem, nobis est argumentum, nemine prorsus dubitante, præstantissimus Tripoliticus Antistes, cui nomen: Aloysius Lasagna, infeliciter, exinsperateque morti occubitus.

Enimvero: Iter ingressurus præclarissimus ac sapientissimus Episcopus Lasagna operi manum admovendi ergo, ut de Paraguayensi ipsemet præclare, quantum in eo situm fuerit, divina opitulante gratia, promereretur Republica, disponente vivos et mortuos judicaturus: «Raptus est, ne malitia mutaret intellectum ejus, aut ne fictio deciperet animam illius. . . Propter hoc properavit (Deus) educere illum de medio iniquitatum.» (Sap. c. 4).

Det Sacerdoti Magno Tripolitico, Ludovico Lasagna Dominus invenire misericordiam in illa die tremenda, quando cæli movendi sunt et terra. (2<sup>a</sup> Tim. c. I, v. 18).

FACUNDUS BIENES ET GIRÓN.

Zamorensis, in sort. in Domini vocatus,  
Theologicæ lauræ insignitus.

Præsentem igitur vitam ita finiamus, ut in exitu  
canatur sapientia. Faxit Deus.

Datum apud Remplicam Paraguayensem die XIX Cal. Mart.  
ann. Dmni. MDCCCLXX XXVI.



## IN MORTE

DI

**MONSIGNOR LUIGI LASAGNA, Vescovo di Tripoli**

### TERZARIMA

Volava per le sfere un serafino  
Tutto di luce riconfuso e bello  
Col cuore in fiamme dell' amor Divino.

Per quanto dava ai démoni rovello,  
Dava al signore, a cui rotava innanti,  
In ogni ratto, un palpito novello,

Che sul labbro so spinto in suoni, in canti  
E fraganza spargevasi pel cielo  
Meraviglia e stupor di tutti i Santi.

Da Dio, che lo mirava, un ampio velo  
Di Santità pioveagli e lo rendeva  
Piú fiammeggiante di sidereo zelo.

Allor su le grand' ale egli si ergeva  
Che sempre aperte le tenea volando,  
E Amore al Nume dava e riceveva.

Poscia al suono di un pletro alto ammirando  
Con voce che i beati entusiasma  
La Epopea divina iva cantando.

E diceva—Il Signor dal nulla alzava  
Quella gran mole che chiamiamo mondo  
E su i poli posolla, e poi rotava.

Peró com' astro in suo splendor giocondo  
Mentre la vista allegra, in un momento  
In altro lato involasi errabondo,

Cosí quel Serafin dal firmamento  
Scomparve e venne al suol, che il deseava,  
Guidato dalla mano del portento.

La ignoranza, e l' error lo tribolava,  
E la gente nell' ugnò del ribasso  
Un passo solo a progressar non dava.

Un guardo Iddio volse dall' alto abbasso,  
Vede Israel che geme e che si lagna  
Per sue miserie già sfinite e lassò! . . .

Ed ordinò dall' Alta sua Montagna  
All' Atleta maggior perché qui venga,  
E fú l' Illustre Monsignor **Lasagna**.

Quando fé quel grand' uom. . . parmi che tenga  
 Degli eroi lo splendor che furo un giorno,  
 E il tempo par che ossequi e che non spenga.

Dove il rigor del vizio urlava intorno  
 Come belva affamata minacciando,  
 Spantavan le virtudi a quei di scorno.

A nuova vita risorgea brillando  
 La gente dell' America latina  
 Per opra di **Lasagna** uomo ammirando.

In ciel volava, e volontà Divina  
 Qui lo trasse a pugnar e in sue bataglie  
 Per sentier di vittorie egli cammina.—

Tornato é in cielo il Serafin; le scaglie  
 Del serpente infernal son fratturate  
 Perché piú non offenda; in merti e vaglie.

É possente nel ciel—memorie grate  
 Lasciava nell' America latina;  
 E dalle tante imprese perpetrate  
 Tornó á cantare la Epopea Divina.

JOSÉ CAMARDELLA.  
 Presbítero.



Ay. . . ! *¿Quién nos diera cubrir con lágrimas el mármol que lo oculta en sarcófago sagrado. . . ?*

El tiempo, ese gran devastador de los acontecimientos en el mundo; ese gigante inmortal que, en su vertiginosa carrera, arrastra en pos de sí á todos los seres de la creación, y que, sin reparo ni compasión roe, carcome y disipa, como por encanto, la vida de los Pueblos así como la existencia de los grandes hombres, ha cumplido, una vez más, su inexorable ley, arrancando del escenario mundanal al ilustre Prelado, al distinguido Monseñor Lasagna, cuya preciosa cuna meció en su regazo la grande Italia y cuyos restos venerandos guarda ahora en sus entrañas, cual reliquia sagrada, el afortunado mundo de Colón.

Monseñor Lasagna murió . . .

Sí, ha rendido también como todos los mortales su tributo á la terrible parca: La inexorable ley de la muerte le ha trasladado á la eternidad.

Un hecho trágico y ay! é inesperado ha concluído para siempre con su preciosa vida, dejando una sensible pérdida y un triste pesar en el seno del mundo Católico; un inmenso vacío en la célebre, sabia y bienhechora Congregación Salesiana y ocasionando una honda sacudida en el corazón de los Brasileños y Orientales, Argentinos y Paraguayos que, justamente lloran, en la muerte de Monseñor Lasagna, la irroparable pérdida de un infatigable benefactor.

Pero el hombre de gran corazón que ama sinceramente la virtud y la practica; que predica por do quiera el bien y en todo tiempo lo pone en obra, es y será por siempre en vida y en muerte, amado de Dios y venerado de los hombres.

Por eso, la memoria de este ilustre Prelado, nunca podrá extinguirse de los corazones juveniles, y el recuerdo de su nombre repercutirá á través de las edades. El tiempo que con saña fiera, entregó su vida á los estragos de la tumba, ya no podrá ejercer sobre su imperecedera fama, la funesta influencia de su irresistible poder.

Aun no han cumplido dos años que, con algazara y general regocijo se brábamos en la Capital Asuncena la bienvenida del coloso Misionero que, por vez primera pisaba las hospitalarias playas del Paraguay, y ahora . . . ¡triste condición y fatal destino de la pobre humanidad! celebramos sobrecogidos de dolorosa sorpresa . . . sus exequias funerarias.

Llegado entre nosotros, la primera mirada que lanzara sobre esta Nación querida, por cierto, conmovió su grande y noble espíritu; y sintiendo su corazón agitado por los resortes más finos de su apostólico celo, ofrecióse espontáneamente á sembrar en el surco fértil de las inteligencias paraguayas la semilla de la ilustración y á dar un primer arranque al estudio de las artes.

Pero . . . ¡un fatal desenlace ha venido á retardar

quién sabe cuanto tiempo los planes concebidos por aquel eminente Prelado! Santa resignación en la adversa suerte!

Si el agradecimiento y la gratitud exigen que se llore sobre la tumba de un bienhechor, mío es el deber de derramar lágrimas sobre las cenizas del extinto que, entre otros beneficios, tuve el alto é inmerecido honor de recibir de sus manos la sagrada investidura del sacerdocio, y la dicha de jurar en su augusta presencia que lucharía con Él en los santos combates del Señor.

La segunda y última vez que arribó á las playas de nuestra querida Patria, no fué ya para ordenar á un simple sacerdote, sino, cual nuevo Aarón y Pontífice Supremo, á ungir al elegido del Altísimo, á conferir la plenitud del sacerdocio á nuestro querido Prelado, al Ilustrísimo Señor Obispo del Paraguay, Don Juan Sinfioriano Bogarín.

Las honras fúnebres con que nos asociamos á las manifestaciones de duelo de las demás Repúblicas vecinas, son una visible ostentación del cariño que hemos profesado al preclaro personaje ya difunto, y la distinguida Comisión encargada entre nosotros de transmitir los honores póstumos al malogrado Obispo de Trípoli, no hace sino seguir un impulso natural, manifestar á las claras, un rasgo preeminente y característico del corazón paraguayo que, siempre magnánimo, generoso y noble, sabe reconocer y apre-

ciar en su justo y verdadero valor el mérito de los grandes hombres.

Estas pocas líneas, que por su insignificancia no son más que una gota de rocío en las profundidades del grande Océano; sean, no obstante, tenidas para mi nunca olvidable Monseñor Lasagna, como un vivo testimonio de eterna gratitud y una expresión fiel de un corazón paraguayo profundamente agradecido.

Un *æternum vale in Domino* . . . al que fué gran amigo de la juventud y frustrado bienhechor nuestro.

JOSÉ TOMÁS AVEIRO.

Presbítero.

Cura del Santuario de Caacupé.

---

La obra más grande y exclusiva del cristiano es preservar del error y de la corrupción al hombre; por esto Nuestro Señor Jesucristo llama al verdadero ministro de la Religión *lux mundi, sal terræ*: luz que ilumina la inteligencia y sal que preserva los corazones, porque las notas características del hombre son el entendimiento y la voluntad. Con razón pues, el nombre del Ilustre extinto, que lloramos, LUIS LASAGNA, podríamos interpretar: *Lux sal Agnis*—Vemos en su escudo el emblema de este ideal, así como vemos la realización del mismo en su historia. ¡Cuán-

tos corazones é inteligencias ha redimido y preservado de los vicios y de los errores, predicando las virtudes, con la palabra y el ejemplo, y enseñando las doctrinas verdaderamente cristianas.

NATALICIO ROJAS.

Presbítero.

Aun recuerdo el plañido de la fúnebre campana anunciando que el negro manto de la muerte se ha extendido sobre un rostro. ¿Á quién habrá dejado yerto y frío como el mármol de un sepulcro? y cerca de un ataúd que mi mente se representaba resonó cual doloroso gemido: Luis Lasagna ha espirado. Grito que atravesó cual saeta los corazones. La juventud risueña, dulce como la esperanza la veo enlutada porque contempla cubierto su amor con un velo sepulcral. . . En hondo silencio . . . en pie . . . junto á su tumba, le diré aunque no me oiga: El tiempo no borraré tus huellas, ni la yerba sepulcral cubrirá las letras que el agradecimiento grabó. ¡Duerme en paz! tú que nunca has contemplado con ojo enjuto las escenas del dolor.

UN PROFESOR DEL SEMINARIO.



## ORACIÓN DE UN PUEBLO



¡Oh Tú, que en los espacios infinitos  
al yugo de tu ley los orbes atas,  
que al polvo que se agita por el éter  
concedes los fulgores de la llama,  
y órbitas á los astros  
al rededor de centros de oro trazas:

¡Oh Tú, que rayos pintas y centellas  
en la revuelta faz de la borrasca;  
que sacudes las nubes con las ondas  
al relampaguear de tu mirada,  
y el genio de las ruinas  
cobijas de los vientos en las alas:

¡O Tú, que al ángel puro de los cielos  
en los edenes de tu esencia bañas;  
que la frente de Satanás humillas  
en el hondo lugar de tus venganzas,  
y uncida á tu carroza  
la horrible muerte por doquier arrastras:

¡Oh Tú, que en el reloj de la existencia  
los minutos á las naciones marcas,  
y tejido al laurel de la victoria  
llevas siempre el ciprés de las desgracias!

escucha compasivo  
de un gran pueblo la funeral plegaria.

«Me columpia la hermosura,  
«y me adorna la natura  
«en un lecho de verdor;  
«me coronan las palmeras,  
«y me calzan placenteras  
«las corolas de la flor.

«Sierras, montes me recaman,  
«y mis bosques embalsaman  
«rosas, lirios y azahar.  
«Paraguay me llama el orbe,  
«y al poeta el estro absorbe  
«mi bellissimo solar.

«Son mis hijos cual titanes,  
«y sus pechos son volcanes  
«de patriótico valor:  
«Tengo de ellos recogidas  
«mucho sangre, muchas vidas  
«en las aras de mi amor.

«Mas, sangriento y cruel un hado  
«que las tumbas han creado  
«me persigue sin cesar.  
«Hace lustros que lo veo  
«cual levanta su trofeo



«con sardónico cantar;

«Cual mi suelo apesadumbra  
 «en la lúgubre penumbra  
 «de su tétrico dosel;  
 «cual al ceño de su frente  
 «me destrozan atrozmente  
 «las desgracias á tropel.

«Es un genio maldecido,  
 «que en mis réales ha venido  
 «á verter la maldición.  
 «Lo acogió la tiranía,  
 «lo acogió la guerra impía,  
 «hoy lo acoge la aflicción.

«¡Ay! mi hermoso y rico suelo,  
 «que embellece y viste el cielo  
 «de colores y de luz,  
 «¿de ese genio tenebroso,  
 «sin alivio, sin reposo  
 «que llevar tendrá la cruz?

«¿Ó mis flores por ventura  
 «las produce la natura  
 «para ornar el ataúd?  
 «¿Ó será mi síno horrendo  
 «en las huesas ir tañendo  
 «de los muertos el laúd?

«¿Qué? ¡¿No bastan las corrientes  
 «que de sangres inocentes  
 «el puñal delineó,  
 «cuando allá, en noche horrosa,  
 «el tirano de la fosa  
 «las cavernas ensanchó!?

«¿Qué? ¡¿No bastan los estragos,  
 «los despojos tan aciagos  
 «de una lucha desigual,  
 «que llagando mis hogares  
 «han impreso en mis cantares  
 «són de queja sepulcral?!

«¡Oh Dios mío! á quien adoro;  
 «en mis penas yo te imploro  
 «con ardiente y firme fe.  
 «No desoigas los acentos  
 «que levanto en mis lamentos  
 «de tu alcázar hasta el pie.

«Mira cuál se deshojaron  
 «y cuán pronto se acabaron,  
 «á manera de una flor,  
 «los que ayer alimentaba,  
 «y en mis sueños contemplaba  
 «bellos iris de color.

«Era un sér de rostro noble,

«más enérgico que el roble,  
«y de inmensa rectitud;  
«era un ángel de la infancia  
«y sus actos la fragancia  
«del florón de la virtud.

«En mi suelo la alegría  
«derramó su mano pía  
«y su genio redentor;  
«y mis hijos lo aplaudieron,  
«como siempre así lo hicieron  
«al que fuéles bienhechor.

«Era un sér de sacrificios,  
«adversario de los vicios  
«y ministro de tu altar.  
«Era el dulce y gran Lasaña,  
«cuya gloria no la empaña  
«de la mancha ni un lunar.

«Mas, mis sueños de ventura  
«los borró la sepultura  
«de ese grande y noble sér;  
«y en mis lares sus crespones  
«las amargas aficciones  
«empezaron á extender.

«¡Ay mi Dios! á quien adoro;  
«en mis penas yo te imploro

«con ardiente y firme fe.  
«No desoigas los acentos,  
«que levanto en mis lamentos  
«de tu alcázar hasta el pie.

«Yo no quiero que el maldito  
«en mi seno lance el grito  
«del que reina vencedor.  
«Yo no quiero que el averno  
«á mis hijos dé fraterno  
«un abrazo seductor.

«Yo no quiero que á mis niños  
«les prodigue sus cariños  
«la maléfica impiedad;  
«y oscurezcan sus conciencias  
«educadas sin creencias  
«la pasión, la indignidad.

«Nó: Yo quiero tu enseñanza,  
«Religión de la esperanza,  
«del progreso y del amor;  
«y suspiro por el día  
«en que seas tú mi guía  
«y no el falso resplandor.

«Que si alumbras mis hogares,  
«y disipas mis pesares  
«con el brillo de tu luz,

«mis patricios corazones  
 «depondrán sus aficiones  
 «á la sombra de la cruz.»

UN SACERDOTE DEL SEMINARIO.

Humaitá, Febrero 9 de 1896.

«Tanto viro nullum par elogium».

Dirán los materialistas que Monseñor Lasagna ha muerto; pero no ha muerto; vive, y vivirá eternamente en la memoria de los Sud-americanos; vivirá eternamente en el seno de Dios, galardón debido á sus magníficas obras.

Monseñor Luis Lasagna no ha muerto: la máquina impía le anticipó el abrazo eterno de Aquél á quien tanto amó.

Monseñor no ha muerto: se despojó de la vestidura mortal, para vestirse de la inmortal; seguro de su conciencia pronunció las palabras del Apóstol de las gentes: «Cupio dissolvi et esse cum Christo».

La máquina, sin quererlo, precipitó el momento de su verdadera felicidad.

ANSANO SCARPELLINI.

Presbítero.

¿No habéis visto un caudaloso río, cuando corre impelido por una gruesa avenida, con qué pronta facilidad, atropella la pesada roca, que le disputa el paso; troncha el robusto tronco que se lo estorba y corre á su destino, cargado con los despojos de su fortaleza?; pues, hé aquí, un emblema perfecto del que en vida fuera, Monseñor Luis Lasagna, Obispo de Trípoli.

¿Sospecháis, que es atrevida la figura? Acompañad á Monseñor Lasagna, en sus viajes apóstolicos, y veréis en él, uno de esos genios brillantes, que aparecen como estrellas en el zenit de las naciones, para darles mayor lustre y engrandecimiento. Consagrada su vida, al ejercicio de la virtud y á la enseñanza de las artes, su nativa inspiración dió á las Repúblicas Argentina, Brasileña y Uruguay, guerreros para las conquistas, sabios para las academias, artistas para los museos, apóstoles para el cristianismo. Si sus manos no saben más que obrar el bien, su lengua, sólo se ocupa en predicarlo y bendecirlo; si sus ojos lloran á la vista del infortunio, su alma se devora en presencia del pecado; y celoso de remediar tantas desgracias, es á un tiempo mismo, el Sacerdote y el médico, el ángel de la Religión y el hombre de la beneficencia; el apóstol del cristianismo y el mártir de la hospitalidad y de la enseñanza.

Seguid, y lo veréis arribar á las playas de la Capi-

tal asuncena, correr, lleno de celo apostólico, derramando paz y justicia, ciencia y virtud en el corazón de la República; llegar á los poderes constituidos, superar dificultades, arrollar obstáculos, para el establecimiento de una casa, donde las ciencias divinas y humanas se dilaten y engrandezcan, las artes se perfeccionen, el indigente, el desvalido y el menesteroso, encuentren una mano cariñosa que socorra su desgracia y después de conseguirlo, correr, á su destino, con los triunfos de su fortaleza y de su constancia.

¡Oh! si aquellos sitios amados de la naturaleza hubieran debido encomiar uno por uno, las virtudes y trabajos del Obispo Lasagna, las puras auras argentinas y asuncenas, no hubieran tenido arrullos bastantes, para saludarlo; ni los bosques, hojas bastantes, para tejerle coronas, ni los ríos, extensión bastante, para difundir su fama.

*Consummatus in brevi, explevit tempora multa.*  
Vivió poco, pero llenó muchos tiempos; demostrando en su ciencia, en sus virtudes, en su doctrina y gigantescas empresas que fué un genio inmortal, suscitado en nuestro siglo, para dar un nuevo impulso á las letras y á las ciencias.

Justos son los laureles que se consagran á su heroísmo: ofrezcamos al virtuoso prelado, las hermosas guirnaldas de nuestra gratitud, y vosotros, sitios amados, que recogisteis las primeras espigas de sus

trabajos, sabed, que la República del Paraguay está de luto por la pérdida de uno de sus más queridos bienhechores, y que las flores y siempre-vivas de sus jardines, al colocarse sobre ese catafalco, han sido regadas, con las lágrimas de sus damas.

Luis Lasagna ha muerto para el tiempo. Viva Luis Lasagna para la eternidad.

LUIS M. GARCÍA.

Cura párroco.

San Estanislao, 5 de Febrero de 1896.

---

Á LA MEMORIA DE MONSEÑOR LASAGNA

( Q. E. P. D. )

---

LA EDUCACIÓN CRISTIANA

---

T E S I S

---

El progreso bien entendido de las naciones, el progreso moral que ha de dirigir al progreso material, como el alma gobierna al cuerpo, para poner á los individuos en estado de valerse á sí mismos en concierto armónico con la vida social y en conformidad á los fines primordiales de la destinación humana, mejo-

rando incesantemente todo lo humano perfectible y buscando la mayor suma de dicha verdadera, que es dado alcanzar á los hombres en su peregrinación sobre la tierra, es, ha sido y será, siempre, un resultado directo del esfuerzo hecho por cada generación, para preparar, la que ha de sucederle, a la realización del bien por medio de la ciencia, de la virtud y del arte.

Los grandes pensadores de la antigüedad griega y romana, que dieron á la sociedad moldes y formas que aún perduran, consagraron la educación como la función principal del Estado. Juzgaban que las aptitudes humanas para el bien, se mantienen, crecen ó menguan según sean los hábitos que la educación desarrolle en los individuos, y reconocían que todo pueblo está llamado á ser fatalmente, de mejor ó de peor condición, según el modo con que se eduque. El más sublime de todos aquellos nos trazó el ideal de una república perfecta que debía conservarse sin leyes, y sin otro resorte que el de la educación, cuidadosamente atendida por el Estado.

Pero el Cristianismo al dar nuevo espíritu á las sociedades antiguas, afirmando su base en la familia, hizo de ésta el órgano eficaz de la educación. Desde entonces la imprescindible función social de preparar la juventud de cada pueblo para recibir, conservar y aumentar el tesoro de bienes adquirido por la humanidad, se ha desempeñado en primer término por la familia y en segundo por el Estado como auxi-

liar ó patrono de la instrucción pública. Y no es dudoso que combinadas felizmente las dos fuerzas en una nación, aparecerá con seguridad en ella el progreso, aunque á través de las luchas que son inevitables para depurar á los hombres y á los organismos sociales de sus imperfecciones

#### CONTRATESIS

Mas esa combinación ¿es siempre posible? La máxima de que el Estado instruye y la familia educa, siendo verdadera en sí misma ¿se halla exenta de inconvenientes?

—Imagínese un pueblo de civilización cristiana que por ciertas y determinadas causas locales se nos aparece en estado patológico y para mayor agravante privado de la regularidad de la familia sobre muchos de sus individuos, que crecen y pululan multiplicándose rápidamente hasta formar por su número el nervio principal de la República.

Hecha esta suposición, un problema se presenta. ¿Quién es más apto para educar á ese pueblo, el Estado ó la familia?

—Si se cree que es la segunda por virtud de aquella máxima, repárese antes como existe.—¿Residirán las esperanzas en tí, pobre y ruda pobladora del campo que con muchas otras iguales formáis y dáis tipo al conjunto popular, madre amorosa y desvalida que



apenas logras lo necesario para prolongar miserablemente tu vida y la de tus pequeñuelos, hasta encontrar en la piadosa muerte la redención de tus dolores?—¿Cuál es tu fuerza para imprimir en tus hijos los hábitos del bien, y para sofrenarlos en la pendiente del mal?—Con qué medios cuentas para cambiar en ellos los instintos en sentimientos, los sentimientos en propósitos, los propósitos en aptitudes, las aptitudes en hábitos y los hábitos en virtudes tales como las necesita la dignidad humana?

—Reconociéndote de buen grado lo que la naturaleza te ha concedido espontáneamente á condición de que cultives el ideal que sublima el noble sentimiento de la abnegación, el de la piedad, la resignación en los sufrimientos, el valor de las contrariedades, los afectos generosos y otras hermosas dotes del alma ¿quién dudará que todas ellas han de perder su trascendencia en el medio ambiente en que vives y dentro del cual se mueven tus hijos por impulsos libremente naturales?

La imitación, única fuerza educativa de la familia en ese estado, propende irresistiblemente al triunfo de los siete pecados capitales. . . . y después. . . . ¡Dios lo sabe!

Habrá que llamar á la otra puerta: donde no esté preparada la familia para la educación, el Estado debe adjudicarse el cargo de educador.

—¿Pero cómo?

—Instruir no es lo mismo que educar. Se concibe la función administrativa de montar escuelas, colegios y facultades, dotándolos mejor ó peor de aquello que necesiten; todos esos establecimientos tienen sus fórmulas de organización mas ó menos idénticas, mas ó menos adecuadas á las necesidades de la cultura intelectual en todo pueblo; su acrecentamiento y depuración son obra del tiempo y del conato gubernativo y á medida que crezcan la población y la riqueza. Empero, el Estado, en esa sociedad individualista, ni sabe ni puede hacer otra cosa que abrir las puertas de la enseñanza oficial á una mínima parte de su población infantil, á ciencia y conciencia de que la inmensa mayoría de ella queda segregada de la instrucción más rudimentaria. El alma nacional, si tal puede llamarse lo que es el concierto general de las aspiraciones individuales hacia todo mejoramiento de las esferas de vida y de cultura, no encuentra en el Estado el organismo que necesita para existir perfeccionándose en lo finito y en lo infinito, en lo real y en lo ideal, en lo transitorio y en lo permanente, en lo humano y en lo divino.

La fórmula con que gobierna el Estado á los individuos tiene mas de negativa que de positiva. Es un conjunto de limitaciones y de prohibiciones: después de marcar á cada esfera personal su radio de acción, le impone una sanción penal para cada extralimitación que cometa. Así se ha concebido eso que se lla-

ma el orden público. La parte positiva, ó sea la dirección de la fuerza personal para producir actos, no es de la incumbencia del Estado, sino de la finalidad individual estimulada por el interés egoísta, dentro del criterio de la libertad. La consecuencia es clara: el Estado no organiza la actividad humana, no la concierta ni aun para fines determinados, como lo hace la familia; y en una palabra, el Estado no educa.

El problema se resuelve con esta sentencia: la educación es obra de la libertad. Mas esta sentencia es otro problema, mejor dicho, es un mundo de problemas.

#### SÍNTESIS

En un pueblo de instituciones libres donde el Estado y la familia sean malos educadores y no puedan atender á las necesidades de organización y de espíritu de la juventud, ésta, ha de adquirir por impulso propio lo que se llama educación personal, que es una de las manifestaciones de la libertad.

La educación personal tiene por notas, si ha de ser verdadera educación, la cultura de la moralidad, de la religiosidad, de la inteligencia, siendo además social y práctica en modo que ponga las acciones del hombre al nivel de sus necesidades, proporcionándole, por sus aptitudes, abundantes recursos de subsistencia.

Ni la moralidad, ni la religiosidad, ni la inteligencia, ni la sociabilidad, ni la utilidad, que son los caracteres de la educación personal, surgen de la libertad si ésta no obra bajo la dirección del principio que le sirve de guía y de precepto.

Se dice que toda libertad supone esclavitud, y que la peor de todas las libertades esclavas es la que, cifrándose en la ignorancia del principio, de la guía y del precepto de la libertad, tiene pervertido su estímulo.

¡Bendita seas Caridad Divina, que llevas los admirables institutos de tu Iglesia, allí donde la educación personal entregada á sus propios impulsos, está sufriendo los peligros infinitos de la libertad esclava!

¡Dios te bendiga Congregación Salesiana que existes para educar los hijos de los pobres!

¡Alma cristiana que pusiste los ojos en este pueblo, ansiando traerle los beneficios de la educación de los pobres, para que su juventud fuese moral, religiosa, instruída, social y útil, el Paraguay inscribe tu nombre en la lista de sus bienhechores para guardar perenne respeto á tu memoria.

RAMÓN ZUBIZARRETA.

Asunción, Enero 31 de 1896.



## Á MONSEÑOR LASAGNA

Mi pobre mente, ilustrísimo Prelado, recorre los vastos campos de lo infinito buscando frases con que formar la apoteosis de vuestra vida; más, todo en vano.—Tanta magestad encierran vuestros actos, que ante el inesperado desenlace de vuestra existencia, arcano insondable de los designios de Dios, quedo oprimido y no puedo sino exclamar: «Hágase, Señor, tu voluntad».

Sumido, pues, bajo el peso del dolor no me queda otro consuelo que derramar tiernas lágrimas sobre el sepulcro que os encierra y acudir á la oración para pedir al Todopoderoso que os conceda la corona de los mártires, pues mártir sois de la Caridad y de vuestros deberes.—Y para [nosotros, ¡oh! sublime apóstol de Jesús! también os pido imploréis la gracia de que podamos aprovechar aquellos sabios y virtuosos consejos que supisteis inculcarnos á nosotros humildes socios de esta naciente conferencia de «San Vicente de Paúl» cuando nos honrasteis presidiendo una de sus reuniones, y merecer algún día un asiento á vuestro lado en la mansión de los bienaventurados.

SANTIAGO ZAMBONINI.

Presidente de la sociedad «San Vicente de Paúl»

Asunción, Febrero 24 de 1896.



Cristo sacrificado en la cruz á la religión y Monseñor Lasagna en la locomotora propagando la luz de sus beneficios, encarnan la sublimidad del Cristianismo muriendo por la Humanidad.

ERNESTO C. PÉREZ.

Argentino.

Asunción del Paraguay, Febrero de 1896.



## MONSEÑOR LUIS LASAGNA

No hay duda que el Paraguay, cuna de tantos héroes, está destinado á sufrir grandes decepciones antes de llegar á la cúspide de su progreso.

Las más lisongeras esperanzas para su bienestar, día á día vense desaparecer como tronchadas por alguna acción oculta del infortunio.

Muchos de sus jóvenes hijos, que constituían la mejor garantía para su porvenir, han muerto prematuramente.

Monseñor Lasagna, tan interesado como aquellos en la suerte próspera del Paraguay, no pudo llevar á cabo su generoso pensamiento, porque un accidente desgraciado, surgido en su camino, cortó su provechosa existencia.

La Nación Paraguaya debe llorarlo como á un

bienhechor, y la Iglesia, como á un hijo virtuoso y abnegado propagandista de la fe y religión cristiana.

MARCELINO FLEITAS.

---

El unísono sentimiento experimentado en el mundo entero por la catástrofe victimaria del Ilustrísimo Señor Obispo Monseñor Lasagna y sus acompañantes, responde principalmente á la pérdida del padre cariñoso y protector de los indigentes; roguemos por aquellas almas al Todopoderoso, pidiéndole el recuerdo eterno de sus hechos, y paz en su tumba.

A. PEÑA.

---

Asunción, Enero 25 de 1896.

*Sr. Dr. D. Venancio V. López.*

Tengo el honor de expresarle mi sincero agradecimiento por la deferencia que se ha dignado dispensarme, solicitando mi grano de arena para el fin tan grandioso que se ha impuesto esa honorable comisión, que se ha hecho fiel intérprete de los sentimientos de la sociedad paraguaya, asociándose á las manifestaciones de duelo que las vecinas Repúblicas se proponen realizar para honrar la memoria del ilustre Obis-

po de Trípoli, Monseñor Luis Lasagna, que ha dejado en pos de sí una huella luminosa que señala á las almas justas la senda por donde deben encaminarse, en busca de la perfección impuesta á las criaturas para acercarse á su Creador.

Su muerte fué la más trágica, y la ha encontrado en persecución del bien de los demás que era su único anhelo, legando un ejemplo imperecedero á la gran congregación del pueblo cristiano.

La noticia de su fallecimiento ha cundido con la celeridad del rayo, enlutando á todos los corazones esa irreparable pérdida, y dejando un vacío difícil de llenarse, evocando recuerdos de ternura y de gratitud hacia el benefactor de la humanidad.

Siéndome imposible corresponder dignamente á la honrosa invitación que se ha servido dirigirme, por circunstancias ajenas á mi voluntad, por atenciones públicas que me quitan todo el tiempo de que puedo disponer, para cooperar á la realización de tan elevado pensamiento, de rendir un homenaje póstumo al ilustre extinto, ruego á vd. se sirva darme por disculpado y significar á esa honorable comisión, mi más completa, aunque humilde adhesión.

Aprovecha esta ocasión para saludarlo con su consideración más distinguida.

TOMÁS MATTO.





## Á LA MEMORIA

DEL

ILUSTRE Y BENEMÉRITO OBISPO DE TRÍPOLI

## MONSEÑOR LASAGNA

El Genio del Cristianismo ha perdido una de las más brillantes joyas que engalanaban sus alas.

La civilización, al obrero más entusiasta de la humana perfectibilidad.

El Paraguay, un espíritu ungido de caridad y de filantropía universal: un discípulo verdadero de la Luz resplandeciente de Nazaret.

Obras de misericordia son dar de comer al hambriento, de beber al sediento y vestir al desnudo.

Obras de filantropía son investigar las causas de degeneración y depravación de una gran parte de la humana especie, y extirparla, cual cáncer devorador, y combatirlas, cual implacable enemigo de nuestra felicidad.

Y el malogrado Obispo de Trípoli, Monseñor Lasagna, abría su mano y su corazón magnánimo lo mismo al fetiquista de las selvas ignoradas, como al proletario desvalido de la comunión católica en el Paraguay.

«Amaos los unos á los otros» eran los lemas de su estandarte, clavado entre los rieles de un ferro-carril,

hasta que otro espíritu elevado lo conduzca adelante y siempre adelante.

Trabajad en el arte, en el oficio, en la industria y en la ciencia, eran los otros lemas de su immaculado estandarte: que el trabajo fortifica al hombre y lo dispone, cual sólido edificio de perfección físico-intelectual, á la recepción de las sublimes verdades de la ciencia moral.

Uno de los grandes maestros de la civilización paraguaya subió á la mansión de los justos al explicarle á esta juventud sus primeras lecciones.—Ciudadanos, no las olvidéis nunca: que la semilla sembrada por el Genio del Cristiauismo, es la más perfecta en los fastos de la historia; y merece conservarla íntegra, hasta que dé sus frutos óptimos, todo hombre de bien y de buena voluntad que sea capaz de admirar las virtudes del malogrado Obispo de Trípoli, como las admira y venera

SERAFÍN RIVAS RODRÍGUEZ.

Asunción, Enero 29 de 1896.

---

Todo hombre que en vida ha detestado el vicio, la corrupción, y esmerándose en atesorar méritos y virtudes, purificar su alma y consagrado su voluntad en beneficio de la humanidad, esparciendo en fin la

semilla del bien donde quiera haya puesto sus plantas,—ha cumplido su misión en esta tierra. Su nombre, no sólo remontará á la región de la inmortalidad, sino también será recordado con religioso respeto y cariño por la presente y venideras generaciones.

CIRILO MENDOZA.

### MONSEÑOR LASAGNA, OBISPO DE TRÍPOLI

Cuando para incorporar estos pueblos hispano-americanos al espíritu humano, se mira con interés los problemas y conquistas de educación, destinados á organizarlos, debe aplaudirse la adopción de esos sistemas de enseñanza escolar que persiguen la cultura de la juventud por el trabajo libre y espontáneo de sus fuerzas. Es así que las *excursiones*, el *slojdh*, los *Museos* y las *Escuelas de Artes y Oficios*, tienen ideales verdaderamente humanos, como que dirigen á la sociedad á la civilización, difundiendo las luces en todas las inteligencias. Los trabajos escolares, ya propuestos universalmente para esos fines, interesan especialmente á un pueblo como el Paraguay que va seleccionando sus diversas fuerzas con instituciones nuevas y nuevas actividades.

El cristianismo ha propendido á esto mismo en sus

largas luchas, hasta el día feliz, que alcanzamos, en que reconciliados con él la ciencia y el espíritu humano, representa el ideal de la humanidad.

No tiene él doctrina, ni conquista que no haya contribuído y contribuya aún al progreso humano, porque ellas son las doctrinas y conquistas de Jesucristo que comprenden la libertad y el destino de los pueblos. El cristianismo es la Religión que ha ejercido más vasto imperio en los dominios de la conciencia humana. Nació como todas las ideas de regeneración; un pueblo olvidado allá, en los confines de la tierra, llevó su germen, invadiendo después, cuando tuvo estación propicia, la faz de la tierra toda. El Paganismo le salió al encuentro con las armas de los Césares, y salió victorioso el cristianismo. Las heregías que intentaron torcer su corriente, fueron arrojadas á las playas, rodando siempre la Religión de Jesús por poderoso cauce. Voltaire, con su filosofía protestante tuvo que sostener con el cristianismo batallas peligrosas, terminando sus largas Termópilas por la derrota de sus sarcásticos titanes, mientras el cristianismo continuaba su camino con asombro de la humanidad. La ciencia, dudando de la autoridad de la Biblia, le arrojó soberbia sus teorías acerca del Génesis y del origen de las especies; pero ellas salieron muertas por la espada de la verdad; la ciencia devolvió á los Libros Santos su verdadero carácter de poema de presentimientos y de hermosas visiones de la verdad.

El sacrificio de Cristo adoptó como suya la causa de la humanidad, presidiendo la emancipación de los oprimidos y la deificación de los mártires.

El sublime cristianismo cree en la justicia y la libertad, y las naciones libres son sus verdaderos apóstoles.

El ilustre Prelado Monseñor Luis Lasagna, misionero de esta Religión, vino un día al Paraguay, ofreciendo á sus hijos aquellas fuerzas educativas, que dignifican al hombre y salvan á las naciones.

Felizmente para la dignidad nacional, el Gobierno y el Pueblo supieron estimarlas, dando á sus proyectos todo el valor que tenían, y que supieron descubrir sus nobles sentimientos paraguayos.

Y al morir aquel venerado sacerdote, estos le tributan su gratitud.

Los honores póstumos tributados por la sociedad paraguaya á un apóstol de la civilización, la honran sobre manera, porque indican sus deseos de poner en práctica la enseñanza moral, pedida por el ilustre muerto Monseñor Lasagna.

Esto, por otra parte, es el mejor testimonio de veneración póstuma, que pueda darse al benemérito prelado.

FIDEL S. CAVIA.

Villa del Pilar, Enero 29 de 1896.



## Á LA MEMORIA

DEL

### ILUSTRE EXTINTO OBISPO TITULAR DE TRÍPOLI MONSEÑOR LASAGNA

¿Cómo podré pulsar mi torpe lira  
si el alma desfallece al triste canto?  
¿Cómo, si el numen que á cantar me inspira  
mojar pide la pluma en tierno llanto?

¡Caridad santa! vístete de luto:  
Murió tu protector, tu amante hermano,  
que de las tumbas el espectro enjuto  
hirió al preclaro obispo salesiano.

¿Quién podría trazar el cuadro horrible  
que precedió á tu muerte? ¡Oh santo cielo!  
La vista aparta un corazón sensible  
y á la memoria ofusca un negro velo.

Cual gigantes que fieros se abominan  
dos máquinas se embisten, chocan, rujen,  
y todo en su fatal encuentro arruinan  
mientras sus ruedas embotadas crujen.

Los mutilados cuerpos se estremecen  
dispersos en el campo de la muerte;  
víctimas hacinadas se retuercen  
destinadas á tan siniestra suerte,

Y mirad sobre el duro pavimento. . .  
 (Detén el pensamiento, oh musa mía!)  
 inmolado al furor del cruel invento  
 un gran pontífice. ¡Fortuna impía!

Ferviente apóstol en su vida humana  
 fué fiel trasunto de su fe divina;  
 la caridad fué su primera hermana,  
 que al cielo nuestras almas encamina.

Glorioso timbre de la fe cristiana,  
 protector de las artes y la ciencia,  
 amparándola á la orfandad, se afana,  
 siendo él pobre, en dejarle rica herencia.

Y su misión cumpliendo en esta tierra  
 de lágrimas y penas y dolor,  
 de la cárcel que el espíritu encierra  
 se despoja y encomiéndase al Señor.

Y una nube de nítida blancura,  
 que el astro rey con su hermosa luz baña,  
 se llevó entre sus pliegues la alma pura  
 del clemente y piadoso Luis Lasaña.

FERNANDO GORRITI.

Humaitá, Enero 9 de 1896.



## MONSEÑOR LUIS LASAGNA

Nombre estimado y querido, nombre venerado por todos los que tuvieron la dicha de conocer sus bellas prendas personales. . . .

Monseñor Luis Lasagna, que consagró su vida al bien de la humanidad, llegó al Paraguay un día, con el grandioso y loable propósito de levantar la juventud desheredada, sumida en la orfandad, el abandono y el vicio. Fué su primer pensamiento la implantación de una Escuela de Artes y Oficios. Y hombre práctico para el bien, en breve tiempo preparó y dispuso el lleno de tan plausible objeto. Iba el Paraguay á ver en él al redentor de las clases desheredadas, por la educación práctica en el trabajo. La Escuela de Artes y Oficios daría al país obreros, convirtiendo en ciudadanos útiles para la sociedad y la patria, á jóvenes lastimosamente caídos en el fango del vicio y con riesgos de arrastrar más tarde la cadena del presidiario, que á estefatal sendero conducen la carencia de educación y trabajo, el abandono y el vicio!

Infortunadamente para el Paraguay, ese hombre, ese sacerdote verdaderamente apostólico, ese ilustre y benemérito salesiano que así proponíase regenerar á la desgraciada juventud con el entusiasmo propio

de los grandes bienhechores de la humanidad, perdió su vida trágicamente, en servicio de sus grandiosos ideales.

Una gran desgracia fué su muerte para los pueblos que recibieron sus bendiciones redentoras.

Su memoria, que eternamente será venerada, sea un verdadero lazo de unión entre la sociedad paraguaya y la Sagrada Congregación de los Salesianos!

No desaparezca ni se pierda el grandioso propósito de Monseñor Lasagna.

La Orden de los Salesianos recogiendo las ideas humanitarias del ilustre extinto, venga en socorro de la clase desheredada, huérfana, sin más porvenir que el sombrío aspecto de la miseria!

Sea un hecho la implantación de la Escuela de Artes y Oficios!

Lloro la muerte de Monseñor Lasagna, por sus altas y ejemplares virtudes. Por otros motivos también, que no los ocultaré: porque la primera de mis hijas queridas pertenece á la misma Orden Salesiana, en Montevideo, y otra á la Congregación de las Hijas de María en esta ciudad, recibida también por el mismo virtuoso Salesiano, cuya piadosa alma tenga Dios en su Santa Gloria!

JUSTO P. CANDIA.

## LA VERDADERA DESIGUALDAD

La institución de escuelas públicas, es una necesidad imperiosa, reconocida universalmente, en razón de que por medio de la instrucción se asegura la marcha del progreso intelectual y material de los pueblos, y se garantiza el porvenir de las instituciones patrias.

La ignorancia es la causa progeneradora de todos los males que afligen á la sociedad; provoca y mantiene la discordia y los odios entre los ciudadanos de las diversas capas sociales, y constituye la fuerza de los opresores de pueblos. Por eso los déspotas son adversarios natos de la instrucción y enemigos implacables de todas las instituciones libres, que ponen la instrucción popular al alcance de todos. Así, combatir la ignorancia por medio de la instrucción y de la *educación moral*, pues hay *instrucción* mucho más peligrosa y más temible que la misma ignorancia, es levantar una barrera á la tiranía, á los vicios, á la miseria.

En un país como el Paraguay, cuyas instituciones reposan sobre el pedestal del sufragio popular, todos los ciudadanos debieran saber leer, escribir y contar, de manera que pudieran ejercer libre y conscientemente sus derechos cívicos. Es necesario que el pueblo tenga la suficiente aptitud para ilustrarse por sí

mismo, sobre las condiciones, los fines y resultados de sus votos.

Dos cosas son necesarias para nuestra prosperidad política, económica y social: rectos principios de gobierno y de administración, por una parte, y por la otra, un pueblo inteligente y viril para comprenderlos y sostenerlos.

Si nuestra generación consigue fundar escuelas en todo el país, podrá combatir eficazmente á la ignorancia, llamando al pueblo á la vida intelectual, y abrir al pensamiento nuevos y dilatados horizontes. El día que el pueblo paraguayo pueda pensar en común con aspiraciones á lo bello, y en los brazos de la fraternidad, ese día se borrarán nuestras locas preocupaciones políticas, y desaparecerán nuestros rencores y nuestros estúpidos celos.

No está resuelta aún la gran batalla librada, la decisiva, la gloriosa batalla, la batalla de la educación contra el atraso; la batalla de la civilización contra el salvagismo.

La generación anterior del Paraguay ha nacido y se ha educado bajo otras instituciones, y trajo á la vida activa fuertes sentimientos y tradiciones de respeto por la autoridad establecida, y de veneración por las leyes. Ahora nos queda poco vestigio de la reverencia hacia el pasado. Pero la generación de hombres nuevos que van entrando en el escenario de la vida pública, ha de llevar á cabo sus nobles y patrió-



ticos propósitos con más facilidad, con más amplitud y con más eficacia que los hombres de las pasadas generaciones, si beben en el manantial de las ciencias los principios regeneradores de la sociedad.

La verdadera desigualdad en la sociedad, no consiste ni debiera buscarse en que uno sea rico y otro pobre, uno blanco y otro de color, sino en que uno sea instruido, y otro sin preparación intelectual; pues por más esfuerzos que se hagan, no se conseguirá jamás que el que nada sabe sea igual, en comprender sus destinos, al que posee alguna instrucción.

En nuestro siglo del vapor y de la electricidad todos se ocupan de capitales y de máquinas, y están listos á tomar parte en la explotación de cualquiera mina que se descubra, y que ofrezca un 50 por ciento de beneficio; y sin embargo desquidan el capital más positivo, y el primer elemento de progreso y fortuna, que es el hombre: éste, instruido y bien educado, ofrece beneficios incalculables.

El niño es de cera, pero una vez hecho hombre, es de hierro fundido: se puede hacer pedazos, pero doblar nunca.

GREGORIO BENÍTEZ.

Villa Rica, Febrero 5 de 1893.

Hic est fratrum amator,  
Este fué el amigo de sus hermanos.

(II Mac. XIV, 13).

No sé si debo afligirme, ó si mi corazón debe llenarse de alegría.

¿Haré oír gritos de dolor ó cantos de triunfo?

Por una parte cuando me represento, durmiendo con el sueño de la tumba, aquel corazón tan bueno que palpitaba solamente para la caridad, aquella boca de la cual salían palabras tan consoladoras, aquel rostro tan noble y suave, aquellas manos que se abrían solamente para bendecir y hacer el bien, y pienso que todo esto hoy es solamente polvo frío é inanimado ¿cómo podría quedarme impassible y sin tristeza?

Por otra parte, cuando yo veo la pompa y la belleza de las ceremonias fúnebres, y de tantos recuerdos de gratitud; tantos sacerdotes grandes, y tantos pueblos conmovidos por un mismo sentimiento de agradecimiento, queriendo cada uno mostrar igual gratitud á aquel soldado del cristianismo que murió tan tristemente, después de haber conquista lo varios desiertos del mundo para la civilización, por medio del trabajo y de la religión, yo me digo que el esplendor de estas manifestaciones es á un mismo tiempo el triunfo de la religión y de Monseñor La Laguna.

Por esto mis ideas se olvidan de la muerte y de los

dolores humanos, como los primeros cristianos se olvidaban del martirio ante la eternidad, derramando su sangre generosa para fecundar la tierra de nuevas virtudes y de nuevas aspiraciones.

Todas esas virtudes van personificadas en la caridad, no en esa caridad vulgar que consiste en dar lo que nos sobra al que sufre, sino en aquella caridad que nos enseña amar á nuestro prójimo como á nosotros mismos.

¡Venerable Obispo! vuestra muerte fué un sublime grito de amor á la humanidad, después de haber en vuestra vida amado al prójimo, sacrificándole sin límites vuestra fortuna, vuestro trabajo y poniendo á su servicio vuestra ilustración.

Verdadero apóstol de la religión de amor, vuestros trabajos, vuestras obras, se embebieron en aquellas últimas palabras que el Salvador del mundo dirigió á sus discípulos: *Et nunc erudimini Gentes terræ.*

Idos ahora á enseñar á las naciones de la tierra.

Estas palabras, Monseñor, las tomasteis en su sentido más extenso, y las generaciones futuras de nuestra joven América tributarán justos recuerdos á vuestra memoria, porque si las palabras pasan, los actos quedan dignificando al hombre por la moral y el trabajo.

Del fondo de su tumba, Monseñor La Sagna aunque muerto nos predica: *Defunctus adhuc loquitur.*

De allí, él habla á todas las clases de la sociedad;

á los Sacerdotes les enseña el celo intrépido que ninguna dificultad puede paralizar, la mansedumbre, el olvido de sí mismo, el amor abnegado á los semejantes; que hace al hombre apostólico.

A los cristianos de toda clase él repite aquellas palabras hermosas: «Amaos los unos á los otros».

¡Hombres ávidos de placeres, de riquezas y de honores! aprended de este magnate de la Iglesia, tan humilde, tan mortificado, tan desprendido, que una alma inmortal debe llevar sus vistas más arriba de las cosas que perecen, que la vida presente es solamente un viaje para la eterna.

Que estas lecciones sean entendidas por nosotros; pues si Monseñor Lasagna, que no conocía otra ambición ni otros placeres que los de servir á sus semejantes, puede todavía ser útil después de su muerte, me parece que se regocijará en el lugar de su descanso.

Que los tiempos los más lejanos entiendan estas palabras, y haga el cielo que en las épocas venideras, los padres digan á sus hijos:

«En la segunda mitad del siglo diez y nueve, vivía  
« un apóstol de la Caridad, del cual uno y otro hemis-  
« ferio admiraron las virtudes: él no tuvo otra pasión  
« sino la de la felicidad de sus semejantes. Ha vivido  
« solamente para hacer felices y secar las lágrimas de  
« los desgraciados. Este hombre se llamaba Monse-  
« ñor Lasagna: Sed vosotros buenos como él.»

Que todas las opiniones lleguen frente á su tumba

para confundir sus meditaciones y sus homenajes.

La caridad que domina la movilidad de las cosas humanas, tiene derecho de dar lecciones á todos los partidos, y todas las opiniones deben procurar ser dóciles á su enseñanza.

Que después de la generación presente, las generaciones futuras vengan á admirar é instruírse alrededor de su tumba; y si algún día, el tiempo que destruye todos los trabajos de los hombres, viene á reducir á polvo su tumba queri la ¡Oh nombre de Lasagna! Tus letras las pronunciarán los nietos de nuestros nietos.

Pues tu nombre no se derrumbará como el mármol y la piedra de tu sepulcro; tú no has de perecer ¡Oh nombre bendito! Tú eres inmortal como lo son los mártires; tú periciste en el combate del honor con las armas de la civilización en las manos. Por eso vivirás en los archivos de la religión como un título de gloria para enseñar á sus amigos y á sus enemigos; tú vivirás en la historia de la virtud, de la cual serás una gloriosa y magnífica hoja; tú vivirás en todos los recuerdos como un perfume de dulzura y de gracia, cuyo aroma embalsamará á la Iglesia de Cristo, fecundará las tierras que has visitado, y atraerá la virtud á las almas las más prevenidas, que tuvieren la felicidad de recordarte.

ANDRÉS DE BELMONT.



Al disopra dei codici sanciti dai Legislatori sono i precetti cristiani.

Le leggi, che stanno in rapporto alla civiltá degli uomini, indicano che tutto é relativo; le leggi cristiane col distinguere il dritto e il dovere, il vizio e la virtú, la libertá e la schiavitú affermano che tutto é assoluto.

Quindi ne viene: che il libro delle leggi, che regolano l'armonia degli uomini, appartiene al presente, il Vangelo é il libro del presente e dell'avvenire.

Allorché i popoli, dopo un lungo cammino di civiltá si volteranno a guardare il passato, nel museo della Storia troveranno un archivio di leggi; ma alla testa di tutte le civiltá stará sempre dritto, come la colonna del destino umano, il Vangelo di Cristo.

Precetto cristiano é lottare il vizio, l'odio, l'ignoranza, la schiavitú, tutto quanto viola il dritto dell'uomo, della famiglia, della Umanitá.

Dire Cristianesimo é lo stesso che Umanesimo.

Cosí come divina é la figura del Nazzareno sulla croce del Calvario, grande sará la figura dell'Umanesimo redento sull'altare della virtú.

Il Golgota rappresenta l'Umanitá civile. É dovere quindi dei superstiti l'onorare col cuore gli estinti, che in vita seppero educarsi alle virtú cristiane.

DOTTOR G. DE STEFANO PATERNÓ.

Assunzione, 24 Gennaio 1896.

## Á MONSEÑOR LASAGNA

De icástica bondad no desmentida  
 predicaba la fe, dando el ejemplo,  
 brindando con agrado  
 hermoso alivio á la amargura acerba.  
 ¡Oh! ¿Quién podría, Monseñor Lasagna,  
 loar, como mereces,  
 tus virtudes y tu justicia eximia?  
 ¡Ah! ¿Quién como tú de ánimo de hierro  
 y de corazón tan amante y puro? . . .

En su escasez, el pobre  
 acude presto á tu piedad perpetua,  
 hallando en esa fuente de virtudes  
 un lenitivo siempre á su desgracia.

Predicador divino,  
 sobre tu tumba deberá esculpirse,  
 como ejemplar de tu piedad perenne,  
 este epitafio en testimonio eterno:

«Magnánimo y justo  
 « á la par que clemente en su justicia,  
 « lleno de caridad y de ternura  
 « fué padre amante de los desgraciados.»

EDUARDO ALONSO.

## UN PENSAMIENTO

¿Por qué se cierne el siniestro sobre la obra bienhechora de la humanidad en el plan del Universo?  
¡Abismo insondable al saber del hombre!

Ante esta ley soberana la naturaleza se estremece, el hombre, rey de la creación, se inspira en la idea de la religión, y sumergiéndose en la contemplación de las misteriosas decisiones de la divinidad, sujétase á la Providencia de un Árbitro Supremo.

Monseñor Lasagna, se ha iniciado en la noble y penosa carrera de la protección á los desvalidos, y persiguiendo el ideal de sus ensueños con la abnegación del mártir, se postra en la mitad de su jornada ante la imagen de la eternidad, sucumbiendo en la improvisión, pero con el consuelo que prodiga la religión de que era discípulo y maestro.

¿Cuál es el legado de su breve existencia para los hijos adoptivos?

El ejemplo de abnegación por la filantropía hasta el heroísmo, y la esperanza en la Providencia de que un digno émulo secundará sus grandes designios en los destinos de la humanidad.

¡Llor á su memoria!

JOSÉ M. COLLAR.

## HOMENAJE A MONSEÑOR LASAGNA

No es el espíritu tan sólo el campo donde despliega sus fuerzas un soldado de Cristo; ni es el dogmatismo severo, escueto y siempre místico, area única para su empresa gigantesca.

¡Allá está la tribuna sagrada que inflama el alma, la electriza y la anonada, pero que pasa como la impresión producida por un fenómeno celeste—intensa y rápidamente; allá, el prestigio del incienso que nos contamina con sus sutiles y perezosas espirales, adormeciéndonos; allá, el órgano coral que hace perder la conciencia de la realidad con la solemne voz de sus armonías!

Dejemos el austero solar del templo, y en él dejemos en paz nuestros ritos venerables. Miremos fuera de su muro cual es la acción del sacerdote, ó del hombre de fe religiosa, indicando á la ligera sus beneficios.

Ya el claustro monástico, yunque donde se forjan esos *pilotos* de acero que sirven de puente al progreso en su avance hacia el infinito, tapiado y mudo disciplina legiones de soldados «misioneros» que van por el mundo con su cruz, hacha y arado, á irradiar la luz del Evangelio, á talar el bosque insano, á matar el jaral y la maleza. Catapulta contra el salvagismo,

conquista y domina sin violaciones ni crueldades que acompañan á la conquista civil.

Ésta, ahora mismo, dispara sus cañones con irritable brutalidad, por defender el fruto de su rapacidad;—en Asia, en África, en cualquiera parte se ven ejemplos. «El *misionero*, pierde alguna vez, pero en cuanto clava su tienda, ha echado los cimientos de una ciudad que no desaparece más; no impele al pobre indígena hacia el desierto,—le gana á la civilización y al cristianismo.

Abre nuevos horizontes á las especulaciones de la inteligencia y ancho campo á la aplicación de los brazos sobrantes; sangra la plétórica vida europea, resolviendo su terrible y pavoroso problema social.

Aquí, en hispano-américa las misiones no han dejado sentir menos su grandiosa influencia. El Paraguay atestigua más que ningún otro la verdad de esta aserción; á las misiones jesuíticas se debe el esplendor ¡ay! que un tiempo tuvieron las márgenes del Paraná; edificios soberbios, dispersos aquí y allá,—ahora esqueletos gigantescos,—hablan con elocuencia y defienden las «misiones jesuíticas,» contra la injuria de sus perseguidores.

Y no es sólo en el campo de la conquista pacífica que descuellan, (las misiones en general); no son meramente colonizadoras, son también maestras, y sus enseñanzas científicas marchan con el último adelanto. En la Argentina y el Uruguay, para no salir de



la vecindad, tienen instituciones de primer orden, donde la ciencia y el arte se cultivan con proficuos resultados.

En el Paraguay faltaba aún esta acción civilizadora, científica, de las misiones, cuando llamó á sus puertas el Obispo de Trípoli, encontrando benéfica acogida que auguraban un éxito feliz. Traía á la patria la luz de que tanto ha menester.

Cuando creíamos tener en nuestras manos un eslabón de la cadena que atara nuestros destinos futuros, (permitasenos la figura) á sólido apoyo, un accidente lúgubre vino á tronchar nuestras esperanzas. Hemos levantado el pie para dar un paso y se nos cayó dolorosamente, pero hay que volver á levantarlo y dar el paso.

No es posible que una catástrofe, al fin ordinaria, corriente en la vida, comprometa nuestro porvenir. El mejor modo de honrar la grata memoria de Monseñor Lasagna, sería llevar á la práctica su pensamiento.

Entre tanto el ilustre Obispo, entusiasta del progreso tanto como de su fe de cristiano, quedará en nuestra Historia como el ángel tutelar de nuestro destino, que con el brazo levantado y el índice tenso, señala en el horizonte el camino que conduce á la cima de cada

ENRIQUE A. GIMÉNEZ.

La muerte temprana de una persona ilustre, filantrópica y virtuosa, como la de Monseñor Lasagna, importa una pérdida para la ciencia, la humanidad y la religión.

JOSÉ T. LEGAL.

Asunción, Enero 29 de 1896.

---

## 6 DE NOVIEMBRE DE 1895

---

La horrorosa catástrofe sucedida en esta fecha en Juiz da Fora (Brasil) ha impresionado muy hondamente á cuatro Estados americanos: las Repúblicas del Uruguay, Brasil, Argentina y Paraguay. De lúgubre tristeza se llenaron estos pueblos hermanos, que unísonos como movidos por misterioso resorte, se abatiéron y se inclinaron ante la tumba veneranda de uno de sus bienhechores.

La trágica muerte de Monseñor Luis Lasagna, Obispo de Trípoli, ha constituido un acontecimiento de duelo para varias naciones que juntamente con varias congregaciones han tributado honores fúnebres al malogrado Prelado, á ese apóstol del trabajo.

Luis Lasagna, natural de Montemagno (Italia) consagró sus cuarenta y cinco años de vida, como

San Vicente de Paúl, exclusivamente en bien de la humanidad menesterosa.

Los tres primeros Estados mencionados le deben la fundación de establecimientos píos, escuelas y talleres para niños de ambos sexos, y especialmente, la evangelización de las tribus salvajes del Brasil. El Paraguay, patria de héroes, pero desgraciado, ha perdido con la muerte del Obispo Lasagna sus más bellas esperanzas: la fundación de la escuela de Artes y Oficios y también la reclamada evangelización de sus dóciles indígenas.

Fatal destino!

¿Por qué la traidora é implacable segur de la Parca eligió como víctima la persona de Monseñor Lasagna en momentos que mi querida patria vislumbra en lontananza la luz matinal del progreso? ¿Ó la Providencia ha permitido su muerte para renombre y gloria de la Congregación Salesiana?

¡Misterios!

Respetemos y bendigamos los designios divinos. . . El sacrificio santifica las lágrimas del resignado: así nos los enseña Jesucristo y la escuela que custodia sus doctrinas.

Monseñor Lasagna con su muerte prematura y trágica inmortalizó sus múltiples obras apostólicas, y las naciones al tributarle homenajes póstumo; rinden á uno de los héroes de la humanidad la justa alabanza de la gratitud.

¡Juiz da Fora! Feliz región brasileña, que en tu agreste cementerio, en la falda de tus frondosos montes, guardas las cenizas venerandas del que en su vida fué el ángel tutelar del salvaje y del necesitado: feliz lugareño; tu inmortalidad la debes á Luis Lasagna, como Cerro Corá á López II, como Curupaití al general Díaz, como La Trinidad al general Artigas, como Yapeyú á San Martín.

El Paraguay que bendice hasta á sus futuros bienhechores, honra la memoria de Monseñor Lasagna con modesta, pero significativa demostración de condolencia; pero, creo que el tributo más santo y digno que él debe y puede rendir á la memoria del benemérito extinto, que trabajó en vida por la redención de los salvajes y consagró toda su laboriosa vida en bien de los pobres, creando toda clase de instituciones con *la fe*, perseverancia y amor de los apóstoles; sería, no hay duda, la fundación proyectada de la escuela de Artes y Oficios en la capital, y apoyada por el *Gobierno* de la República á pedidos del extinto, momentos antes de su muerte prematura.

Así el espíritu vivificador de aquel apóstol del progreso volverá por nuestro engrandecimiento; así se cumplirá su postrer anhelo, tal vez, su último pensamiento: la escuela de Artes y Oficios que, como dice *el ilustrado* uruguayo Estruch: «Es el jardín ameno donde extiende su copa el árbol de la Independencia, sobre cuyas ramas cantará el ave de la Libertad, y

en cuyo tronco elaborarán la miel dulcísima de la vida las abejas del trabajo».

MIGUEL TRINIDAD.

Villa del Pilar, Febrero de 1893.



Feliz el pueblo que meció en su cuna al virtuoso y esclarecido Obispo de Trípoli, Monseñor Luis Lasagna, cuya trágica muerte enlutó el corazón de todos; pero, especialmente el de los padres de familia.

Si los vicios del sacerdote excitan más la indignación, á causa de la santidad misma de su vocación y de su carácter; las virtudes de Monseñor Luis Lasagna, fueron y son la apología más victoriosa del clero; debiendo tenerse en consideración que colocado en medio de un mundo perverso, cercado de malos ejemplos y expuesto á mil peligros por la razón de su mismo ministerio, se conservó modelo de sus rebaños con la pureza de su vida, la cual consagró á la instrucción y educación de sus fieles.

Comprendió, que no hay ciertamente un solo paraguayo que no desca con ardor la prosperidad de su país, que no esté dispuesto á regocijarse de ello, así como aflijirse de sus desgracias. Por lo que se propuso establecer en ésta una escuela de Artes y Oficios, para poder con ese medio atraer á mejores pen-

samientos á nuestros jóvenes abandonados á sí mismos, y prepararles un asilo donde manos sabias y puras los acostumbraren al trabajo y á la virtud; convirtiendo así su sacerdocio en un manantial público de donde corrieran sin cesar aguas que llevarán en todas partes la vida y la fecundidad.

La educación, que quiso infundir á nuestros hijos, hubiera asegurado en las familias la autoridad paterna, la piedad filial, la unión de los esposos, la fidelidad de los criados, y todas las virtudes domésticas; lo cual hubiera afianzado en la sociedad civil la estabilidad de las instituciones, el respeto á las leyes, la sumisión á los magistrados, la probidad en todas las clases, la buena fe, el amor al trabajo y por último la paz.

Por eso es que, como he dicho, para nosotros padres de familia es y será mayor el sentimiento de tristeza causado por la pérdida de aquel santo varón, á quien rogamos interceda ante el Omnipotente para la felicidad de nuestros hijos y de la patria de ellos, cuyo engrandecimiento siempre hemos deseado.

P. FRANCOU.

## MONSEÑOR LUIS LASAGNA

La mort qui nous trouve les armes á la main, pour le service de notre divin Maître, est la plus glorieuse et la plus désirable.

(*San Vicente de Paül*).

Monseñor Lasagna: he aquí un nuevo nombre que debe inscribirse en el martirologio de los apóstoles del cristianismo!

El modesto pastor de las almas, el incansable propagandista de la sublime doctrina del crucificado, el infatigable luchador por el mejoramiento de la humanidad desvalida y de la juventud desamparada; ha descendido al sepulcro, arrebatado á su labor fecunda, al aprecio y consideración de todos los que veían en él la personificación de la caridad y de la abnegación evangélicas.

¿Será preciso comparar la vida de Monseñor Lasagna con la de los apóstoles, de los mártires, ó de los misioneros más ardientes del cristianismo,—de esa religión que no es sólo la más elevada expresión de la moral y de la filosofía, sino también el arca santa dentro de la cual se han salvado del naufragio la civilización y las costumbres—para hacer resaltar más sus merecimientos?

Creo que no; pero si así debiera ser dejo esa ta-

rea á inteligencias más vastas y mejor preparadas.

Sus hechos, su entusiasmo por la causa santa que defendía, su constancia en las pruebas, en las adversidades que rodean siempre la realización de aspiraciones nobles, de elevados ministerios, bastan por sí solos para recomendar su nombre á la veneración, respeto y gratitud de toda la humanidad, en aras de cuyo bienestar espiritual y temporal se ha sacrificado hasta rendir su postrer aliento.

Pero, es necesario no ver en el accidente que ha tronchado esa hermosa existencia, un acontecimiento puramente fortuito, sino uno de los inescrutables designios de la Providencia para arrancar la memoria de Monseñor Lasagna del olvido, de la indiferencia, digamos así, en que la exquisita modestia del extinto había rodeado sus grandes obras.

Un escritor moderno ha dicho que, «la apoteosis de los hombres principia con el imperio de la muerte», y este axioma acaba de llenarse cumplida, aunque dolorosamente. El fin prematuro y sensible de la vida material de Monseñor Lasagna, es el principio de su nueva vida inmortal.

Bien merecida tiene la palma del martirio que ha conquistado con largos años de trabajos, con su acendrado celo por atraer al redil del Buen Pastor las ovejas descarriadas y librar á los inocentes corderos de la voracidad insaciable de los lobos mundanos.

Á imitación del Salvador había hecho de la niñez

el objeto predilecto de todos sus desvelos, de todos sus afanes. Por eso, la juventud en general, y en particular la juventud desamparada, esa que desde su más tierna edad se ha visto privada de los cariños paternos, de las solicitudes y cuidados de la familia; en una palabra, esa juventud que sólo escombros y precipicios hallaría en su paso por el mundo sin una mano piadosa que la sostuviera, guiándola por los rectos senderos de la vida, no podrá jamás olvidar el recuerdo de su benefactor, de Monseñor Lasagna.

Grande ha de ser la gloria de que disfruta en la mansión de los elegidos, puesto que, al decir de San Vicente de Paúl, «la muerte que nos sorprende con las armas en la mano y en el servicio de nuestro divino Maestro, es la más gloriosa y la más deseable».

Y ese ha sido el fin del venerable extinto, sorprendido por la muerte en el momento de lucha, en el instante en que con animoso esfuerzo se dirigía á su nuevo pueblo á llevar la simiente de la fe, de la civilización y del progreso.

Ha caído, pues, como un héroe y como un mártir.

¡Que su vida fecunda en bienes, que sus virtudes y sus hechos sirvan de incentivo y de ejempl'o á la nueva generación que se levanta, dispuesta á luchar por la causa santa de que Monseñor Lasagna ha sido uno de los más esforzados paladines!

ADOLFO F. ANTUNES.

## SICUT NUBES . . . QUASI NAVES . . . VELUT UMBRA . . .

Job en su divino libro, compara la vida del hombre á la ligera nube que va á perderse en la inmensidad. Símil hermoso de la efímera existencia de los mortales.

Al soplo del tiempo como pétalos marchitos, se deshojan los días de la vida. La juventud se desflora, succédele la ancianidad, última y doliente faz de la vida, que va á perderse en las sombras de la muerte.

El veloz tiempo en su incansable marcha todo lo va borrando: pasajeras ruinas, rotas estatuas, columnas truncadas y agotadas fuentes, señalan los asientos de las poderosas ciudades. Las inscripciones han sido consumidas, el mármol, el arte condenados á desaparecer; y las cenizas de los preclaros varones confundidas con las de los extraños. Todo pasa, todo muere. *Omnia vanitas.*

Sólo Dios subsiste. Sólo Él desde la eterna mansión ve á sus pies la humanidad en perpetua lucha; los imperios brillar por un momento y extinguirse; las generaciones levantarse y caer.

Todo parece, menos la virtud. Flor humilde, ella perfuma las moradas de los grandes y de los pequeños. Claridad desprendida de lo alto, ella ilumina la senda de los buenos. Por ella los hombres se llama-

ron hermanos. Por ella el alma sube á la mansión celeste, y la memoria del que partió queda bendecida en la tierra. Memoria imperecedera, si es la de un campeón del bien; si es la de un humilde misionero que abandona el suelo patrio, y en pro de excelsa causa, cae en lejana tierra; en fin, si es la de un sér consagrado á sembrar la semilla preciosa de la caridad, como lo fué el que en vida se llamó Monseñor Lasagna.

FERNANDO VALIENTE.



## LASAGNA Y LA JUVENTUD

Para mí siempre ha sido pensamiento predilecto de mis aficiones, la niñez: por eso guardo mucho sentimiento de cariño á las personas que la han comprendido, y con amor la han instruído y educado.

Poco ha, descendió á la mansión del sepulcro una de esas personas para mí beneméritas. El ilustre Luis Lasagna ha devuelto el polvo de su cuerpo á su madre: la tierra; y su alma la ha depositado en el seno del Dios que recompensa los trabajos del buen obrero.

Bien comprendía él su noble misión de educador.

Sabía perfectamente que sembrar la semilla de la instrucción en el alma del niño separadamente de la educación, era sembrar en terreno seco ó sin buena savia, que si frutos llegara á producir, serían frutos áridos ó deletéreos.

Lamentábase al ver á los Gobiernos cimentar la educación en bases negativas, preescindiendo de la única consistente y necesaria para toda beneficiosa sabiduría: la educación religiosa. El que busca el orden social y la felicidad del progreso material, debe, para conseguir esto, procurar con los medios que estén á su mano infiltrar la educación que da vida útil á la instrucción.

Sustentado en alas de su fe, creía con firmeza que sólo lo que se encamina á la gloria de Dios, merece ojos paternales de parte de la Providencia, y que los Estados que en los artículos de sus leyes y enseñanzas no reparan en la glorificación divina, son entidades á quienes el dedo omnipotente del Señor no concede la fuerza de su apoyo: Una nación, como todo individuo, debe ser religiosa, porque no sólo los individuos, sino también las naciones, deben buscar su última razón en el centro de toda autoridad y de toda estabilidad: por consiguiente si el individuo debe educarse en el temor divino, la nación debe hacerlo también, y los que la gobiernan como deber tienen que llevar el procurar que así lo haga.

Instrucción sin educación religiosa es campo sin

vegetación, es piélago de venenosas aguas, es la efímera belleza del cadáver de una persona hermosa, es la vida del fuego fatuo, es la triste llama que rodean las tinieblas y se enciende en las noches sobre una fría losa del cementerio.

Se ha dicho que al sacerdote incumbe la educación religiosa, y al maestro la educación moral y la educación intelectual ó instrucción.

Con esto se ha querido cohonestar á las naciones que no educan religiosamente; pero la deducción es absurda.

El Gobierno en su enseñanza no es maestro ni sacerdote; pero el maestro y el sacerdote deben ser buscados en toda enseñanza, y el Gobierno que no lo hace en la suya, instruyendo por medio del maestro y educando por conducto del sacerdote, no enseñará: hará lo que el necio que quisiera calzarse, no con el calzado, sino con los clavos de él: trabajo inútil y pernicioso . . .

Ideas parecidas, siempre que me recuerdo del extinto, cruzan por mi mente, ideas que acojo con gusto y deposito sobre su tumba como flores que le pertenecen.

E. SILVER.



BOCETO  
(MONSEÑOR LUIS LASAGNA)

Nacer, vivir y morir ¡hé aquí el destino del hombre en la vida mortal! ¡Misterio asombroso! dirigirse continuamente hacia el sepulcro y quedarse después bajo una losa que establece la separación del tiempo y la eternidad.

La muerte en su silencioso curso, pero segura, siempre se adelanta hacia nosotros, y en su carrera arrebató al que encuentra á su paso sin distinción alguna de sexo, condición y rango; sepulta en su abismo las existencias más ignoradas y las más gloriosas; echa en la fosa al pobre labriego y á los grandes pontífices.

El Paraguay ayer se gloriaba de recibir en su seno á uno de estos, que le hacía divisar en el horizonte la sonrisa del progreso, pero esto no tuvo duración: cual un relámpago, la muerte arrebató, destruyó la esperanza acariciada por el pueblo paraguayo, que hoy llora desconsolado el fallecimiento de aquel, que con sus virtudes supo merecerse el respeto y la veneración universal.

La oscura noche del olvido jamás borrar podrá su nombre, ¡nombre que en el transecurso de los tiempos será elogiado por los labios de las generaciones fu-

turas é iluminado con la auréola de la verdadera inmortalidad!

¡Looor al suelo paraguayo por haber mantenido en su corazón los más puros sentimientos de gratitud al Ilustrísimo Monseñor Luís Lasagna, Obispo de Trípoli!

RAMONA FERREIRA.



## CARTA DE PÉSAME

ESCRITA AL SUPERIOR DEL COLEGIO DE VILLA COLÓN EN MONTEVIDEO, POR LAS SEÑORAS CASIANA I. DE EGUZZIQUIZA Y JOSEFINA R. DE ACEVAL.

Asunción, Noviembre 12 de 1895.

*Rdo. P. Ambrosio Turriccia, Director del Colegio Pío IX de Villa Colón de los PP. Salesianos.*

Montevideo

REVERENDO PADRE:

Como cooperadoras salesianas y admiradoras sinceras, como hemos sido siempre del Ilustrísimo Monseñor Lasagna, creemos las infrascriptas cumplir con un sagrado deber al dirijirnos á V. R. para expresarle el sentimiento del más profundo dolor que nos ha causado la infausta noticia de la muerte de tan ilustrado Prelado, arrebatado, de una manera tan tráji-

ca, al amor de sus hijos y al cariño de todos los que tuvieron la dicha de conocerlo de cerca ó de lejos. Sí, Rdo. Padre, la presente carta tiene por objeto no un simple acto de cortesía, sino la manifestación genuína de la honda aflicción, que en estos momentos embarga nuestras almas; lleva la dolorosa misión de depositar á los pies de V. R. el tributo de nuestras lágrimas, para que, confundiéndose con las de los que con más justo título se llaman sus hijos, lloremos con igual dolor al común bienhechor después de su muerte, así como durante su vida, se confundieron nuestros corazones, para amarlo con igual cariño: único homenaje que les es dado á los mortales tributar á los seres queridos, arrancados á su amor por la ley inexorable de la muerte.

Y ¿quién, en efecto, más digno de ser llorado por todos que ese gran Prelado? Si vuestra venerable congregación ha perdido en él á uno de sus miembros más conspicuos, y á un padre los que bajo su sabia dirección trabajabais en estas Repúblicas Sud-Americanas; esos mismos pueblos, en un doloroso, aunque siempre adorable rasgo de los inescrutables juicios de Dios, han visto desaparecer á uno de sus más grandes bienhechores, la Religión un sostén, la virtud un modelo, la caridad á un apóstol, la ciencia á un sabio, las obras humanitarias y progresistas á un agente poderoso, todos á un sincero amigo, á un amigo según Dios, que «se hacía todo para todos á fin de

ganar á todos para Cristo,» como el gran apóstol de las Gentes. Mas el Paraguay, esta nuestra idolatrada patria, ha perdido algo más que todo eso, ha perdido... una esperanza, único consuelo, que suele alentar en la desgracia; ha perdido, acaso, un porvenir de felicidad que ya le sonreía de cerca.

Ya comprende V. R. que aludimos á la esperanza, que alimentábamos, de la próxima apertura de un colegio de Artes y Oficios en esta capital, bajo la competente dirección de los RR. PP. Salesianos, sin mencionar las misiones que proyectaba el Ilustre extinto establecer entre los indios del Chaco y otras obras bienhechoras que su genio fecundo y eminentemente emprendedor le hubiese de seguro inspirado. Nuestro Gobierno comprendiendo bien los inmensos beneficios que reportaría el país, de la realización de tan grandiosos designios, los había secundado poderosamente, cediendo, por lo pronto, á esa congregación un edificio adaptable á la instalación del mencionado colegio. Mas hé aquí que cuando el proyecto estaba en vía de ejecución nos viene á sorprender la noticia de la muerte de su iniciador, sucediendo á la esperanza, que teníamos, de su pronta realización el temor de que llegue á fracasar ó paralizarse la obra.

Pero por otra parte mucho nos alienta el pensamiento de que los dignos hijos de Monseñor Lasagna sabrán hacerse dignos continuadores de sus nobles y civilizadoras empresas y que no permitirán que

queden fallidas las esperanzas de un pueblo eminentemente católico y digno de mejor suerte.

¡Pobre patria nuestra! No parece sino que un destino fatal preside su historia, no reservándole otra gloria que la del heroísmo en las desgracias, ni otra grandeza que la sublimidad de la resignación en el dolor.

Y al permitirnos, Rdo. Padre, expresarle estas nuestras esperanzas al mismo tiempo que nuestro dolor, interpretamos fielmente los deseos de nuestro Gobierno, que ha sentido más que nadie tan fatal acontecimiento y no desea otra cosa sino que la muerte de Monseñor Lasagna no sea un tropiezo para que los RR. PP. Salesianos vengán á instalar su colegio cuanto antes en el Paraguay. Interpretamos los votos unánimes de toda nuestra sociedad, que mal podría resignarse á verse privada por más tiempo de los beneficios que espera de tan útil institución.

Rogándole, Rdo. Padre, se haga el intérprete de nuestros sentimientos así como de nuestras esperanzas, ante sus Superiores y hermanos de congregación, nos es altamente honroso ponernos á sus órdenes saludándolo con nuestra distinguida consideración.

CASIANA I. DE EQUZQUIZA.  
JOSEFINA R. DE ACEVAL.



## DEDICATORIA

DE LA PLACA CON OCASIÓN DE SU ENTREGA AL SUPERIOR  
DE LOS SALESIANOS, EN MONTEVIDEO.

*Al Rdo. Padre José Gamba, Superior de los PP. Salesianos del Paraguay, Uruguay y Brasil, en Villa Colón.*

REVERENDO PADRE:

Esta placa va empapada con nuestras lágrimas, y cubierta con los sentimientos de nuestros corazones agradecidos.

Queremos que adorne la tumba del que lloramos, como muestra de perenne recuerdo.

Queremos que asista en su mausoleo, al sueño de sus huesos, como homenaje de una gratitud, que jamás borrará el destructor trancurso de los años.

Se marchitarán sobre su tumba las flores, instable; como el celaje que oscurece la noche; se deshojarán las guirnaldas funerarias al soplo del viento y azote de las lluvias; pero nuestra placa permanecerá sin las lesiones de las intemperies, como genio inmortal de nuestros inmortales recuerdos y simpatías.

Tal es el destino de ese pedazo de bronce, en que las ruinas, las tristezas de una pálida noche de luna rodean los despojos del Prelado, á quien contempla

melancólicamente un ángel con la antorcha apagada de la vida entre las manos.

Junto al sarcófago vetusto nos representa el estado de nuestra patria, como queriendo significar el extinto que, no unas personas, sino una nación llora.

Hombre grande y humilde, pasó en nuestra sociedad, como pasan todos los beneméritos de ella: sin ostentación ni ruido; atrayéndose todos los corazones, y augurándonos mucha dicha.

Así como en las noches calladas de la estación de las flores, el límpido rocío se desliza, sin estruendo y escondido, en las corolas, para avivar el perfume y dar lozanía al color; así se deslizó él en nuestra patria, para dar perfumes á nuestras esperanzas y vida á nuestros deseos.

No relumbra su nombre como relumbra el nombre del magnate y del guerrero; pero junto á su nombre no se pasean tampoco los enemigos ceñudos, ni corre la sangre de los muertos. Fué la dulzura que ama; fué el sosiego que obra; fué el cariño que atrae; fué la paz que edifica.

Por eso su memoria, para los que lo conocieron, será dulce y apacible así como dulces y apacibles fueron los esbozos de sus obras bienhechoras; y si al borde de su panteón no se esparciere la hoja gloriosa del laurel, bien se hará en esparcir la sauve y aterciopelada del olivo.



En nombre pues de las matronas y doncellas paraguayas, las que suscribimos, le enviamos, Rdo. Padre, la presente placa alegórica para que figure en el futuro mausoleo del Ilustre y llorado Obispo de Trípoli, Luis Lasagna.

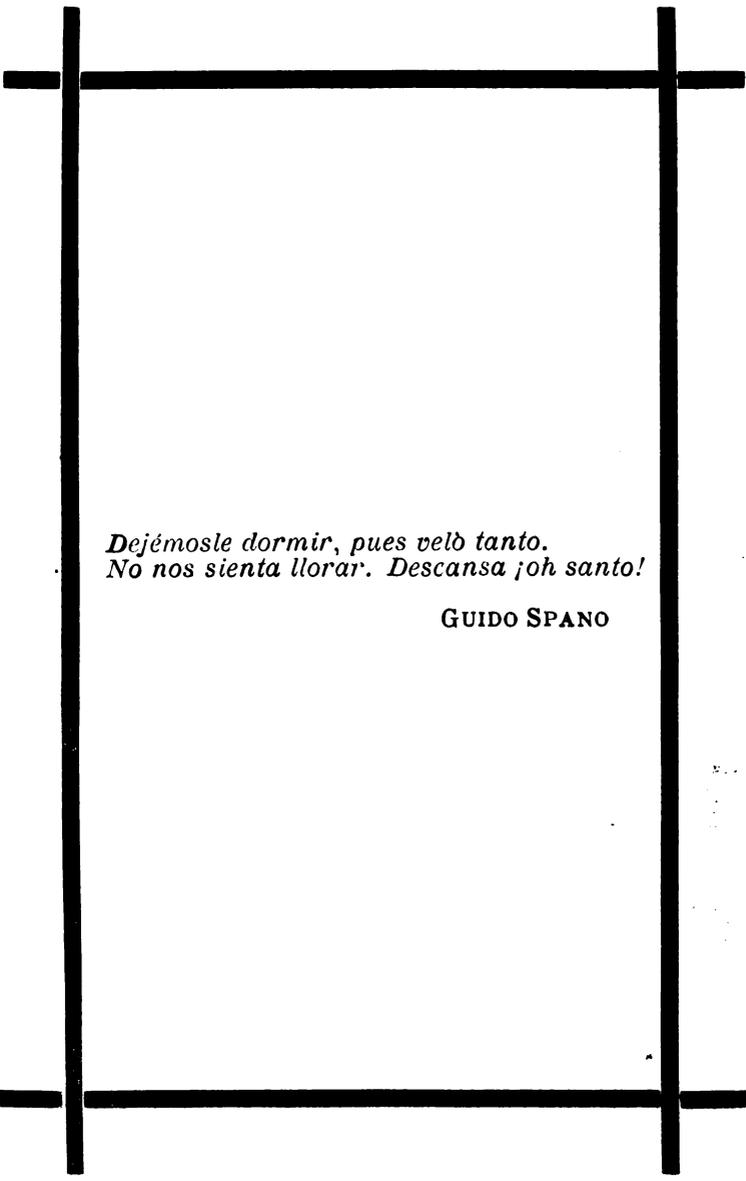
*Casiana I. de Eguzquiza,  
 Maria A. M. de Martinez,  
 Benigna P. de Decoud, Laura  
 F. de Mazó, Juana M. de  
 Aceval, Josefina R. de Ace-  
 ral, Etelvina V. de Uriarte,  
 Mónica Aceval de Appleyard,  
 Elena E. de Peña, María G.  
 de Torres, Natividad S. de  
 Cañete, Estael J. de Ruíz,  
 Juana de Zambonini, Pabla  
 M. de Palacios, Joaquina G.  
 de Feliciangeli, Victoria Fe-  
 liciangeli, Isabel Milleres,  
 Emiliana M. de Riera, Ca-  
 siana E. de Baez, María G.  
 de García, E. Aquino de Mu-  
 ñoz, Teodora G. de Cano,  
 Cármen G. de Cordal, Silvia  
 C. de Soleras, María Silva-  
 na Bogarín, Simona G. de  
 Roa, Serapia de Peña, Cár-  
 men U. de López, Clara J.*

*de Alcorta, Estanislada Estigarribia, Candelaria A. de Mendes, Atanasia E. de Baireiro, Lydia T. de Cotas, Ana Escato, Juana C. de Bobadilla.*

Asunción, Julio 12 de 1896.







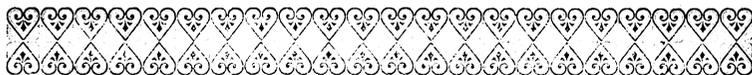
*Dejémosle dormir, pues veló tanto.  
No nos sienta llorar. Descansa ¡oh santo!*

**GUIDO SPANO**



# OPINION DE LA PRENSA NACIONAL





## EL OBISPO DE TRÍPOLI (PADRE LUIS LASAGNA)

---

El telégrafo con su laconismo habitual nos acaba de comunicar la muerte del Ilustre Obispo Lasagna, acaecida de una manera trágica en las proximidades de la ciudad de Río Janeiro, debido á un choque de trenes, en uno de los cuales él viajaba.

Innumerables han sido las víctimas, resultado de este desgraciado accidente y entre ellas, se cuenta la del Obispo Lasagna y su Secretario.

El Obispo Lasagna, no era un desconocido para nosotros; bienhechor infatigable, no se daba un momento de reposo en sus obras grandiosas y humanitarias; su vida la censagró desde su niñez á practicar el bien, y sin embargo, jamás estaba satisfecho.

Delegado principal en las Repúblicas del Plata, Brasil y Paraguay, de la meritoria obra de los Salesianos creada por Don Bosco, fundó colegios de Artes y Oficios en aquellos países y se dirigió última-

mente al nuestro, para recabar de los Poderes de la Nación la venia y ayuda necesarias para fundar en la Asunción el gran colegio Salesiano de Artes y Oficios que tanto bien nos reportaría.

En el momento en que la muerte le ha sorprendido, recorría el Brasil contemplando su obra, para luego pasar al Paraguay á presenciar la apertura de los cimientos de la obra que tanto anhelaba ver concluída.

El Gobierno del Paraguay debe sentir más que nadie esta sensible desgracia, que no es para una familia ni para un pueblo, sino para la humanidad entera.

El Gefe Superior de la Orden, don Rua, reside en Turín, y á él le corresponde, con la aprobación del Papa, designar al sucesor del malogrado Obispo de Trípoli.

Sin embargo de esta irreparable pérdida, creemos firmemente que muy pronto hemos de ver levantarse magestuoso en nuestra ciudad, el edificio que perpetuará en el Paraguay, la obra religiosa más grande del Universo en el siglo presente.

El doctor Roa, secretario de la Curia, envió hoy un telegrama de pésame al Superior del Colegio Pio de Villa Colón, en el departamento de Montevideo. Este colegio, que hace honor á la República Oriental, fué fundado por el padre Lasagna como así mismo el observatorio astronómico que cuenta.

*La Opinión* deplora la irreparable pérdida sufrida por los católicos de la América del Sud, con la muerte del Obispo Lasagna y se aocia al duelo que tan justamente sienten.

(*La Opinión*, Noviembre 8 de 1895).







## EN MEMORIA DE MONSEÑOR LASAGNA

Justamente sentida fué y será por siempre la muerte tan inesperada como trágica de Monseñor Lasagna, acaecida el 6 de Noviembre en Juiz de Fora, pequeña ciudad del Estado de Minas Geraes (Brasil), á consecuencia de un desastre ferroviario.

El telégrafo anunció el día siguiente, por medio de nuestra hoja diaria, la infausta nueva, que importaba para este país una gravísima pérdida. Todos sabían que Monseñor Lasagna estaba en vísperas de fundar en esta capital una Escuela de Artes y Oficios bajo la vigilancia de los padres Salesianos, para la juventud desheredada, sumergida en el abandono y la desgracia.

Monseñor Lasagna era un verdadero consuelo para esta sociedad, una gran esperanza para el país entero.

Su muerte, con razón llorada, no cesa de recordarnos su ejemplar abnegación en servicio del bien y todo el provecho que hubiéramos podido recojer de su valioso y eficaz concurso.

Este sentimiento es general, como lo demuestra patentemente la buena disposición que á todos anima para rendir el merecido tributo de veneración á su ilustre memoria, á su inolvidable nombre.

Á los funerales de mañana, en sufragio de su alma, sencilla, noble y piadosa, todos asistirán, grandes y pequeños, ricos y pobres. Aquel corazón generoso no distinguía clases: era por todos y para todos.

La Curia Eclesiástica y el Gobierno invitan á estos funerales, bien seguros de que nadie será ausente cuando tan espontánea uniformidad de sentimientos se manifiesta, para honrar dignamente las virtudes y los méritos de aquel esclarecido bienhechor de la humanidad.

(*La Democracia*, 12 de Febrero de 1896.)



## MONSEÑOR LASAGNA

---

Mañana es el día fija lo para la celebración de los funerales del malogrado Obispo de Trípoli, Monseñor Lúis Lasagna.

Tan virtuoso prelado, se ha hecho acreedor al más sincero reconocimiento de parte del pueblo paraguayo, por más de un concepto.

Iniciador de la benéfica idea de establecer en ésta una Escuela de Artes y Oficios, que reportaría los mayores beneficios á la juventud y al país, es digno de la consideración póstuma de todos los paraguayos.

El Congreso, reconociendo la importancia de tal proyecto, lo acogió y sancionó sin la menor dilación.

Él también fué quien ciñó la mitra á nuestro joven Obispo, Monseñor Sinforiano Bogarín, honra y prez del clero nacional.

Monseñor Lasagna ha sido el benefactor desinteresado de algunos pueblos sud-americanos, como el Uruguay, la Argentina y Brasil.

Su vida, llena de virtudes, la ha consagrado al

cumplimiento de su sagrada misión, cual es la de promover por todos los medios á su alcance, el progreso de la religión y civilización cristiana.

No es nuestro propósito ni mucho ménos, al escribir estas líneas, hacer la biografía del Obispo Salesiano, sino tributar un humilde homenaje á la memoria del que se interesó por la educación de la juventud paraguaya.

El gobierno por su parte, asociándose al duelo de la Iglesia, y reconocido á la memoria del extinto, ha distribuido con profusión invitaciones oficiales para los funerales de mañana.

Al terminar, hacemos votos porque el proyecto de Monseñor Lasagna [que en paz descanse] sea un hecho en la mayor brevedad.

(*El Pueblo*, 12 de Febrero de 1895.)

—:—



## LOS FUNERALES DE MONSEÑOR LASAGNA

---

En la iglesia metropolitana se han celebrado hoy con gran pompa los solemnes funerales que estaban anunciados, en honor del malogrado Monseñor Lasagna.

La muerte de este ilustre é infatigable soldado de la fe católica ha sido y continúa siendo llorada por la cristiandad, que con tan infausto acontecimiento ha perdido uno de sus más esclarecidos obreros.

El malogrado Obispo de Trípoli ha sido la verdadera Providencia de esta parte del continente. Difundió las luces del Evangelio en él con celo incansable, otorgando su benéfica preferencia á las regiones que más habían menester de tan saludable enseñanza.

Dando á los pueblos la fortaleza para el bien, sembrando así las fecundas semillas de su futura felicidad, no olvidó lo que al lado práctico de la vida atañe; y fundó establecimientos importantísimos en que pudieran elaborarse los gérmenes inapreciables de sólido progreso.

Su paso por todas partes quedaba señalado por el rastro imborrable de sus buenas obras.

El Paraguay no quedó olvidado del genio protector, al alma del cual ha dedicado sus más fervientes sufragios. Y para testimoniarlo, su gobierno, su clero y su pueblo han acudido hoy al templo á orar por el inolvidable y querido extinto.

¿Quién podría fijar el límite á que habrían llegado los beneficios que Monseñor Lasagna conquistaba constantemente para la humanidad?

Su vida la dedicó por entero á esa noble tarea, y poderosos auxiliares de su propósito fueron el privilegiado talento de que Dios le dotó, la abnegada contracción á su misión que le caracterizaba. Predicando con el ejemplo y con la palabra, puso al servicio de su causa todos los altos dones que le distinguían.

Tuvo la honra de investir de la mitra al Ilustrísimo Monseñor Bogarín, quien en aquel acto parece haber recibido también todas las cualidades necesarias para haber llegado á ser, como ha llegado, una esperanza del pueblo paraguayo, que en él contempla el más seguro baluarte de sus creencias religiosas, el más decidido defensor y propagador de sus doctrinas.

LA OPINIÓN, asociándose al duelo que enluta los corazones paraguayos en esta ocasión, sólo desea y anhela que no se pierda de vista la luminosa estela que ha dejado Monseñor Lasagna; y cree que Mon-

señor Bogarín, nuestro digno prelado y amado pastor debe evitar que los proyectos que aquél acariciaba respecto de este país, sean olvidados.

Llevándolos á la realidad, habrá añadido un título más á los muchos que le han acarreado el acendrado cariño que le profesan sus ovejas.

No dudamos que así será, porque se trata, como es sabido, de obras benéficas, que sin necesidad de estímulo alguno, por sólo lo que son y representan han de adueñarse de la atención predilecta del justo y esclarecido varón á quien las indicamos.

(*La Opinión*, 13 de Febrero de 1896.)







## LOS FUNERALES DE MONSEÑOR LASAGNA

---

Con toda pompa y solemnidad celebráronse esta mañana en la iglesia Catedral los funerales en sufragio del alma de Monseñor Lasagna.

Monseñor Bogarín ofició la misa siendo ayudado por los presbíteros señores Aveiro y Bajac.

Don Antonio Scarella era el preste asistente y diáconos de honor los sacerdotes don Natalicio Rojas y don Miguel Maldonado.

Terminada la misa oficiaron los cinco responsos especiales para Obispo los presbíteros doctor Facundo Bienes y Girón, Antonio Scarella, Francisco Solano Franco y Adolfo Velázquez, rezando el último el señor Obispo.

El coro estaba bajo la dirección de los padres Julio C. Montagne y Graciano Iribarnegaray.

Se cantó la misa compuesta por el salesiano Costamagna, ex-director de la escuela de Artes y Oficios, de Almagro, (Buenos Aires) y recientemente nombrado Obispo del Ecuador.

Se componía el coro de los señores Cantalicio Gue-

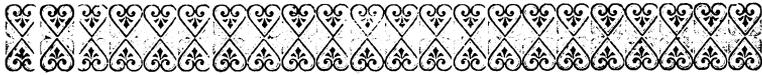
rrero, contrabajo; Carvin, bajo; Canony, contra-alto; Juan Bidondo, tenor, y los niños de la Catedral haciendo de soprano.

Hizo la oración fúnebre el secretario de la curia doctor Roa, cuyo extenso discurso reveló la ilustración de su autor.

Concurrieron al acto el Presidente de la República, los ministros de Estado, todos los miembros del poder judicial, numerosas y distinguidas familias y mucho pueblo.

(*La Democracia*, 13 de Febrero de 1896.)





## ÚLTIMA LÁGRIMA . . . !!!

---

El Prelado, el justo que elevaba al Señor sus manos pidiéndole por los pecados de los hombres y la divina protección para la niñez desvalida, ha volado al seno del Dios único y verdadero, de quien fué digno Ministro en la tierra.

El dolor de los católicos fué inmenso, cuando el 7 de Noviembre de 1895 el telégrafo llevó á los hogares de todos la triste noticia de que había muerto, esa pura, esa limpia, esa nobilísima personificación de la virtud, del talento, de la caridad y trato de gentes, que como representante de la benémerita congregación á que pertenecía, robusteció por el amor á Dios y al trabajo el vínculo de solidaridad que existe entre las naciones del Sud del Continente americano, como hijas de una sola familia é iguales en ideas, en sentimientos y en aspiraciones.

Recorrió estos pueblos nuevos como espíritu viviente de la caridad, prestando servicios notorios á la juventud menesterosa, é infatigable en procurar el bien de los hombres, apoyado por el Poder Supre-

mo, era uno de los destinados á transformar por la fe y la labor estas naciones jóvenes, recibiendo en todas partes los testimonios más expresivos de simpatía y de respeto, las ofertas más sinceras de las autoridades y de los pueblos, á fin de que hiciera sentir la benéfica acción de los Salesianos, fundando instituciones y escuelas.

Embargada el alma por el dolor, turbada la mente por un sentimiento martirizador, en presencia de tan irreparable pérdida, no eran nuestras calezas las que habrían de dictar las ideas que, en confuso montón, se agolpaban en nuestra frente; por eso hemos pedido el concurso de todas las personas de buena voluntad, que quisieran acompañarnos á rendir un homenaje póstumo, en nombre de la sociedad paraguaya, á la memoria de tan magestuosa é interesante figura católica. Vivamente agradecidos por la bondadosa acogida, que ha encontrado ese pensamiento, presentamos como un testimonio de cariño á su recuerdo los acentos de la sinceridad de cuantos trataron y admiraron á Monseñor Lasagna.

Ha dejado la efímera mansión de la tierra para remontarse á la inmortal morada de la suprema eternidad.—Polvo era y en polvo había de convertirse; lo que de él era mortal, ha muerto. Su memoria, sin embargo, vivirá en todos los corazones, su nombre se levantará como modelo de constancia y la gratitud y la veneración y el amor de los que conocieron la his-

toria de su sublime vida, serán el modesto, pero justo galardón que este mundo pasajero tributa á aquél que supo olvidarse así mismo, en su amor á Dios y al mundo.

Lloremos su pérdida, mas lloremosla como hijos que somos del *Varón de dolores*, coronado de espinas y pronto en espíritu para cumplir la voluntad de su Padre.

Lamentamos la muerte de uno de los Obispos dignos de encomio que han contribuído á ilustrar y extender la esfera de acción de la Iglesia Americana, pero confiando en la palabra de la Verdad infinita, que ha prometido que *las puertas del infierno no prevalecerán nunca contra ella*.

VENANCIO V. LÓPEZ,

Presidente de la Comisión de honores.

*Ezequiel Giménez,*

Secretario,

*Feliciano Orué, Juan B. Bidondo,*

Vocales.



